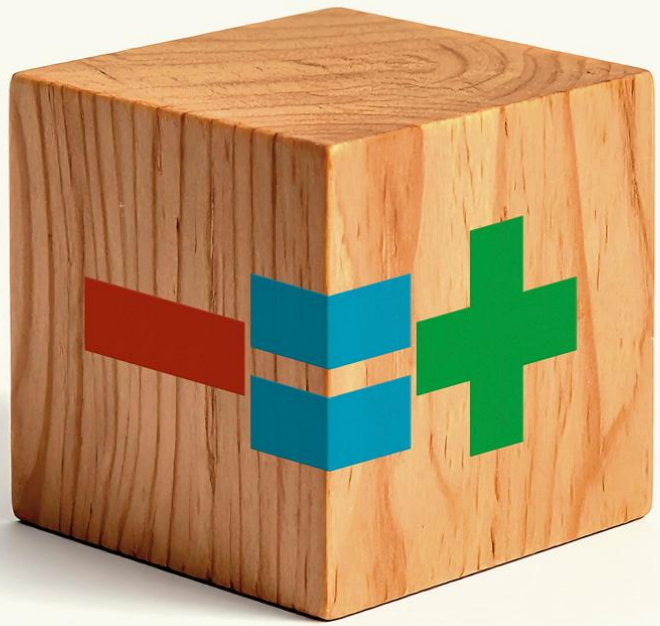
¿QUÉ ES EL DECRECIMIENTO?

−−−−−−−−−=+++++++++

CARLOS TAIBO

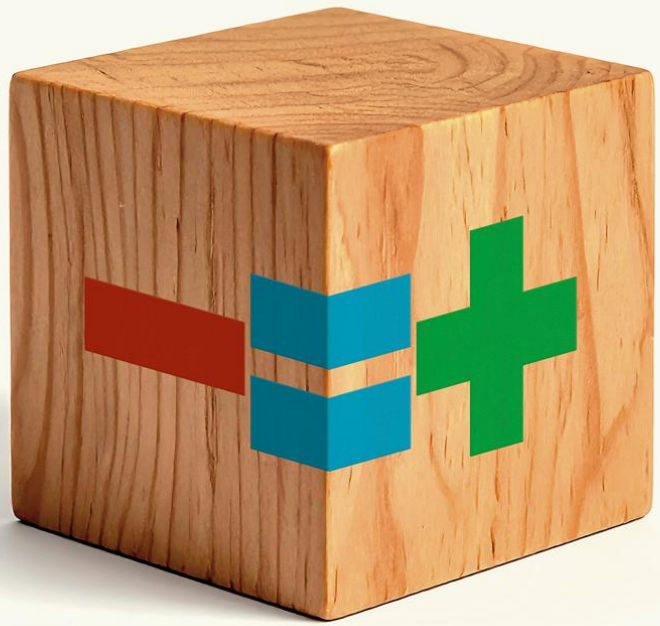


CATARATA

¿QUÉ ES EL DECRECIMIENTO?

−−−−−−−−−=+++++++++

CARLOS TAIBO

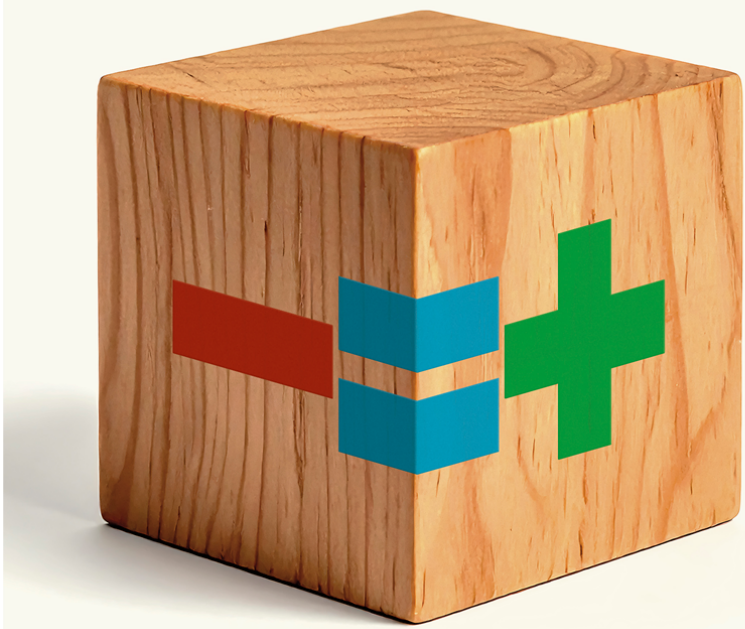


CATARATA

¿QUÉ ES EL DECRECIMIENTO?

−−−−−−−−−=+++++++++

CARLOS TAIBO



CATARATA

Índice

PRÓLOGO

¿TAN BUENO Y SALUDABLE ES EL CRECIMIENTO ECONÓMICO?

EL PESCADOR MEXICANO

EL HECHIZO DE LAS GRANDES CIFRAS

LAS MISERIAS DEL PRODUCTO INTERIOR BRUTO

LOS GRANDES PROBLEMAS DEL SIGLO XXI

LA HUELLA ECOLÓGICA

LOS LIMITES MEDIOAMBIENTALES Y DE RECURSOS

CRECIMIENTO Y BIENESTAR

LOS MITOS DEL CONSUMO

LA PROPUESTA DEL DECRECIMIENTO

OTROS PRINCIPIOS Y VALORES

EL ARRAIGO DE LOS PRINCIPIOS DEL CRECIMIENTO

MENOS COMPLEJOS

MENOS URBANOS

ACTUAR SOBRE LAS CIUDADES

DECRECIMIENTO Y DEMOGRAFÍA

EL ECOFEMINISMO

¿QUÉ PODEMOS HACER?

DECRECIMIENTO Y PAÍSES DEL SUR

APRENDER DE LOS DESHERADDOS

SALIR DEL CAPITALISMO

UNA CAOTIZACIÓN CRECIENTE

LAS MISERIAS DE LA AGENDA 2030

LAS CRÍTICAS VERTIDAS CONTRA EL DECRECIMIENTO

LA TECNOLOGÍA SALVADORA

LOS ORÍGENES DE LA PERSPECTIVA DECRECENTISTA

LOS MOVIMIENTOS POR EL DECRECIMIENTO

LOS ENENMIGOS DEL DECRECIMIENTO

DECRECIMIENTO Y MUNDO LIBERTARIO

DECRECIMIENTO Y GENERACIONES

MOVIMIENTOS PRÓXIMOS

LOS JÓVENES

LA EDUCACIÓN

LOS ANIMALES

LOS MEDIOS

SEIS EJEMPLOS DE AHORA

EL CONCEPTO DE COLAPSO

LOS RASGOS DE LA SOCIEDAD POSCOLAPSISTA

LOS SIETE VERBOS

LAS PERCEPCIONES POPULARES SOBRE EL COLAPSO

EL COLAPSO: PROBABILIDADES MÁS QUE CERTEZAS

RESPUESTAS ANTE EL COLAPSO

CONSTRUIR LA SOCIEDAD POSCOLAPSISTA

UN OPTIMISMO MODERADO

DECRECIMIENTO Y PANDEMIA

UNA VISIBLE ACELERACIÓN

EL ECOFASCISMO

EL ESCENARIO DEL ECOFASCISMO

¿ECOFASCISMO O ECOFASCISMOS?

DISPUTAS TERMINOLÓGICAS

TRES CONSEJOS

LAS CRISIS DEL CAPITALISMO TERMINAL

SOBRE EL TÉRMINO DECRECIMIENTO

DEFENSA DE LOS LIBROS

BIBLIOGRAFÍA, EN CASTELLANO, SOBRE DECRECIMIENTO Y MATERIAS AFINES

Hitos

Cover

Página de título

Página de copyright

Prólogo

Bibliografía

Índice de contenido

CARLOS TAIBO

Ha sido durante treinta años profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid. Entre sus obras sobre decrecimiento y materias afines se cuentan En defensa del decrecimiento (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2009), Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2016), Ante el colapso (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2019) y Decrecimiento: una propuesta razonada (Alianza, Madrid, 2021).

Carlos Taibo

¿Qué es el decrecimiento?

Ilustraciones de Pepe Medina

CATARATA

© carlos taibo, 2026

© ilustraciones de pepe medina

© Los libros de la Catarata, 2026

ZURBANO, 76

28010 MADRID

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

¿Qué es el decrecimiento?

isbne: 978-84-1067-517-9

ISBN: 978-84-1067-515-5

DEPÓSITO LEGAL: M-264-2026

thema: RNA

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: se deberá respetar la autoría del texto. Siempre habrá de constar el nombre del autor.

No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones solo se podrán alterar con el permiso expreso del autor. Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: http:// creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta.

Prólogo

Si así se quiere, esta es la séptima edición, muy remozada y actualizada, de una obra que inicialmente estaba previsto que se titulase El decrecimiento explicado a los jóvenes. Ya señalé entonces mi sospecha de que los trabajos que se orientan —o al menos esto es lo que se nos dice— a permitir que los jóvenes mejoren sus conocimientos sobre una materia precisa algo tienen de trampa. En realidad, las más de las veces su objetivo, satisfecho o no, es otro: ofrecer en un lenguaje razonablemente hacedero algo que en la expresión más frecuente aparece con trazos complejos y poco asequibles. En tal sentido, los libros en cuestión tanto pueden servir a los jóvenes —a los que se supone más bien ignorantes y despreocupados— como a los adultos que estiman que la materia estudiada es demasiado compleja e impenetrable.

Poco importa, al cabo, lo anterior, como poco importa si quienes se acercan a este librito son jóvenes o adultos. Baste con decir que el propósito principal del autor de estas líneas no ha sido otro que ofrecer una introducción rápida y comprensible al decrecimiento y, con ella, de manera más general, contribuir a la difusión de muchos de los elementos que configuran la visión crítica del mundo contemporáneo que nace del ecologismo que me voy a permitir calificar de consecuente. Para deshacer posibles malentendidos, aclararé que la explicación del proyecto del decrecimiento que aquí se recoge parte de la certeza de que ese proyecto exige, por necesidad, salir del capitalismo. Se asienta, por añadidura, en la intuición de que, junto a cambios imprescindibles en nuestra conducta individual, hay que perfilar movimientos que peleen por modificar radicalmente muchas de las reglas del juego imperantes en nuestras sociedades. Y hay que hacerlo para escapar de nuestra condición de estas horas, la de genuinos esclavos de los tiempos modernos, subyugados por los mitos del crecimiento, el consumo, la productividad, la competitividad y las tecnologías liberadoras.

Hace unos años coincidí en una mesa redonda en Madrid con una periodista que trabajaba en uno de nuestros lamentables canales de televisión. En el debate me quejé del silencio con que los medios de

incomunicación del sistema —tan propicios a acoger horas y horas de publicidad— obsequian a iniciativas como la del decrecimiento. La periodista en cuestión se comprometió a garantizar que en su medio —olvidemos los nombres— ese silencio sería pronto cosa del pasado. Vaya por delante que no volvimos a saber nada de su ofrecimiento. Recuerdo perfectamente, sin embargo, qué fue lo que mi compañera de mesa redonda me preguntó cuando, un rato después, nos despedíamos. "Eso del decrecimiento", dijo, "¿no será una cosa un poco revolucionaria, verdad, Carlos?". Acogí con perplejidad la pregunta, y lo hice entre otras razones por una: tenía al alcance de la mano dos respuestas, ambas perfectamente legítimas, de corte muy distinto. La primera me hubiera invitado a reconocer, sin más, que una percepción de los hechos, la del decrecimiento, que a mi entender tiene por fuerza que reivindicar la primacía de la vida social, la democracia directa y la autogestión —bebe del designio, en otras palabras, de dirigir nuestras vidas de manera autónoma—, por fuerza tiene que resultar revolucionaria en un escenario, el nuestro, marcado infelizmente por otros valores. La segunda me hubiera sugerido, en cambio, la conveniencia de señalar que el del decrecimiento es un movimiento tan tranquilo como radicalmente preocupado por el porvenir de la especie humana —también por el de las demás especies que nos acompañan en el planeta Tierra—, y en ese sentido genuinamente conservador. Claro es que en este caso el último adjetivo utilizado nos sitúa en un lugar muy diferente del ocupado por nuestros conservadores oficiales, empeñados en negar que el cambio climático sea una realidad sobre la base de las opiniones del primo sevillano del señor Rajoy… Si en el Norte rico no somos capaces de decrecer en virtud de un proyecto consciente, racional, ecológico, social y solidario, acabaremos por hacerlo —ya estamos en ello— de la mano del hundimiento inevitable del frágil edificio que el capitalismo mantiene en estas horas.

Me permito agregar, en esta nueva versión del libro, dos apostillas. La primera me aconseja recordar que a mi entender lo del decrecimiento aporta una perspectiva, y no una teoría y, menos aún, una ideología. Lo que quiero señalar al respecto es que conviene rebajar las ínfulas en lo que hace a las capacidades inherentes a la propuesta decrecentista. Esta última debe configurar un agregado, cierto es que importante, a otras cosmovisiones, que

de resultas se verán vivificadas por su influencia. Muchas veces he señalado que quien escribe estas líneas es un libertario decrecentista, y no un decrecentista libertario. El meollo de mi visión del mundo, y de mi manera de intervenir en él, lo ofrece la propuesta libertaria de la mano de una apuesta por la autogestión, la democracia y la acción directas, y el apoyo mutuo. Lo que deseo subrayar es que en su despliegue material esos conceptos ganarán en calidad e intensidad si incorporan una perspectiva decrecentista. Claro es que esta última no constituye el único agregado imaginable del que hay que echar mano. Cuantas veces he tenido la oportunidad he subrayado que a mi entender cualquier contestación del capitalismo en el momento en que estamos tiene que ser por definición decrecentista, autogestionaria, antipatriarcal e internacionalista. ¿Por qué? Porque si falta alguno de estos adjetivos es muy sencillo que esa contestación esté moviendo, acaso muy a su pesar, el carro del sistema que quiere, o que dice, contestar. Mi condición de decrecentista solo puede entenderse, hablando en plenitud, en el marco general de la propuesta libertaria.

La segunda apostilla que anunciaba me aconseja señalar que algo ha cambiado, con el paso de los años, en mi percepción de para qué sirve, o para qué debe servir, la perspectiva del decrecimiento. Hace tres lustros entendía que una de las virtudes mayores de esta debía ser la de permitirnos esquivar el doloroso colapso general que tantos datos anunciaban. Hoy creo que las herramientas que maneja la perspectiva del decrecimiento siguen siendo útiles, en el buen entendido de que se vuelcan en provecho de un horizonte diferente: el de permitir que nos movamos con alguna soltura —ojalá sea así — en el escenario de ese colapso, que se anuncia cada vez más probable. O, lo que es lo mismo, el de guiar muchas de nuestras acciones en la tarea de construir la sociedad que en su caso emergerá después del colapso.

Como el lector, o la lectora, ya habrá apreciado, el texto de este libro se halla felizmente acompañado por una docena de viñetas dibujadas por Pepe Medina. Permítaseme la ironía de señalar que no es una buena noticia para mí: las viñetas son tan gráficas y tan contundentes que por fuerza dejan en un segundo plano las ideas que he tenido a bien volcar en estas páginas. Aun con ello, no me

queda más remedio que agradecerle a Medina su plena disponibilidad para colocar su talento al servicio de estas causas, como no me queda sino esperar que esta colaboración se repita.

Termino. Este libro es una versión revisada en sus diferentes trechos, y puesta al día de la mano de numerosos cambios, de la sexta edición de El decrecimiento explicado con sencillez. Los cambios en cuestión, que en algunos casos tienen su origen en un curso de verano celebrado en Cádiz en julio de 2025, afectan a la corrección de errores y al subsanamiento de imprecisiones, al añadido de consideraciones nuevas, a la actualización de datos y argumentos —no se olvide que la primera edición de esa obra data de 2011— y, en suma, a la integración en el texto matriz de muchas de las observaciones que en las ediciones anteriores habían engordando un epílogo cada vez más voluminoso.

Carlos Taibo

¿Tan bueno y saludable

es el crecimiento económico?

En todo el planeta parece darse por descontado, desde mucho tiempo atrás, que el crecimiento económico es un hecho saludable que no tiene sino consecuencias positivas. Tan es así que la abrumadora mayoría de los dirigentes políticos, de los economistas y de los propios sindicalistas piensan que si el crecimiento falta será imposible resolver muchos de los problemas que nos acosan. Estiman, por decirlo de otra manera, que allí donde hay crecimiento económico hay también cohesión social, los servicios públicos se hallan razonablemente asentados, la pobreza desaparece y, en fin, la igualdad gana terreno.

No se trata de negar que en muchos momentos se han derivado consecuencias positivas del crecimiento económico. Lo que hay que hacer es preguntarse si lo que pudo ser verdad en el pasado sigue siéndolo en el presente o, más aún, si el crecimiento del que hablo no es hoy explicación principal de muchos de nuestros problemas. Para perfilar esta última idea bueno será que anote media docena de hechos que invitan a recelar de las virtudes que tantas veces se atribuyen al crecimiento económico.

1. Lo primero que hay que señalar es que el crecimiento económico no genera, o no genera de manera necesaria, cohesión social. Bastará con proponer al respecto un ejemplo. Sabido es que China ha crecido espectacularmente durante los últimos decenios. Nadie se atreverá a sostener en serio, sin embargo, que ese milenario país muestra hoy una mayor cohesión social que la que exhibía treinta años atrás. Sobran las razones para afirmar, muy al contrario, que China registra en estas horas tensiones sociales cada vez más agudas que, en una clave importante, nacen de un escenario marcado por una mayor desigualdad. Al fin y al cabo, a un hecho parecido se han referido en un sinfín de ocasiones los críticos de la globalización, empeñados en subrayar que esta última, aunque ha permitido en

ocasiones niveles altos de crecimiento, en modo alguno se ha traducido en una mayor igualdad.

2. Tampoco es en modo alguno evidente que el crecimiento económico se vincule con la creación de puestos de trabajo y, de resultas, permita reducir el desempleo. Las últimas décadas de las economías capitalistas desarrolladas —de los países del Norte, para decirlo de forma rápida— se han traducido en un significativo crecimiento económico que se ha visto acompañado, sin embargo, de la destrucción de muchos puestos de trabajo. El hecho es tanto más llamativo cuanto que, en paralelo, el capitalismo que padecemos ha pasado a aplicar medidas que, al propiciar los contratos temporales y la precariedad, deberían haber permitido un rápido, aunque un tanto ficticio, incremento del empleo. La realidad cotidiana de nuestros países obliga, pues, a rechazar esa imagen, demasiado fácil, que identifica sin más crecimiento y empleo.

Algo similar hay que decir, por cierto, de otra afirmación mil veces repetida: la que señala que el incremento de los beneficios empresariales es saludable por cuanto se traduce en un incremento paralelo de las inversiones productivas que reduce, inevitablemente, el paro. La experiencia más reciente obliga a identificar, sin embargo, otro destino para esos beneficios: una omnipresente especulación que nada tiene que ver ni con las inversiones productivas ni con la creación de empleo. A la especulación se ha sumado, por lo demás, la búsqueda de una mayor productividad a través de una mayor explotación de los trabajadores, algo que, una vez más, ningún efecto saludable ha tenido en materia de empleo.

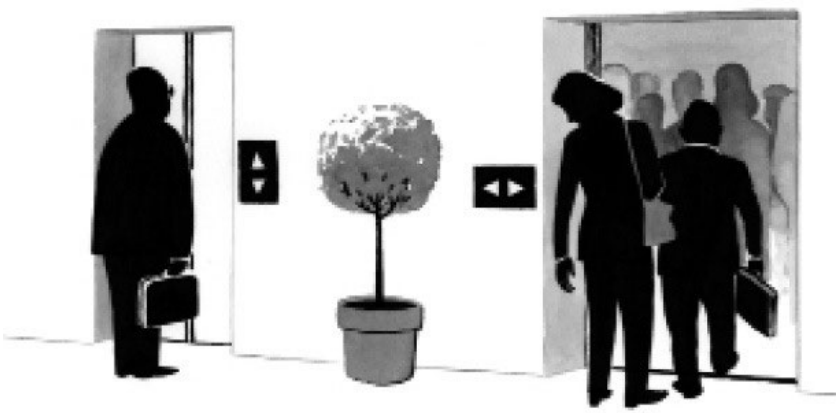
3. Un tercer hecho relevante, e inquietante, es que el crecimiento económico se ha traducido muy a menudo en agresiones medioambientales literalmente irreversibles. Es verdad que, aunque no falten, los efectos de esos ataques no son particularmente visibles en los países ricos. Lo común es que la preservación del nivel de vida de estos últimos haya exigido, desde hace tiempo, poderosas agresiones contra el medio natural asestadas ante todo en los países del Sur.

4. Otra consecuencia delicada del crecimiento económico es la que nos habla del progresivo agotamiento de recursos que sabemos no van a estar a disposición de las generaciones venideras. El debate mayor al respecto es, sin duda, el que afecta a las materias primas energéticas. Ese agotamiento es singularmente grave, siquiera solo sea porque nos emplaza ante una situación moral delicada: no vaya a ser que nuestro bienestar de hoy, aparente o real, se asiente en una reducción sensible en las posibilidades al alcance de quienes nos han de suceder en el planeta Tierra. Aunque las disputas relativas al agotamiento que ahora me ocupa afectan ante todo a las materias primas energéticas, alcanzan también —conviene subrayarlo cuantas veces sea preciso— a las no energéticas.

5. Varios de los elementos que he manejado hasta aquí nos emplazan de lleno en los entresijos de la relación Norte-Sur. Me contentaré con señalar que en buena medida el crecimiento de los países ricos depende del expolio de los recursos humanos y materiales de los países del Sur. Lo que ahora tenemos entre manos nos sitúa ante otro dilema moral: bien puede suceder que el aparente bienestar de los primeros nazca de una dramática reducción de las posibilidades al alcance de los habitantes de los segundos.

6. No está de más que agregue una sexta, y última, observación que nos habla de algo importante que ocurre en nuestra vida cotidiana. Somos a menudo víctimas de lo que con alguna frecuencia se ha descrito como un modo de vida esclavo. En virtud de este último, tendemos a pensar que seremos más felices cuantas más horas trabajemos, más dinero ganemos y, sobre todo, más bienes consigamos consumir. En un capítulo posterior me referiré al hecho de que la identificación entre consumo, por un lado, y felicidad y bienestar, por el otro, es un formidable engaño. Serge Latouche ha apuntado que en la trastienda de ese engaño hay tres grandes procesos que se antojan vitales para explicar por qué se ha asentado ese modo de vida esclavo del que hablo. El primero es la

publicidad, un conjunto de técnicas, muy eficaces, que nos obligan a comprar lo que las más de las veces no necesitamos y, llegado el caso, aquello que objetivamente nos repugna. El segundo es el crédito, que nos permite, o nos permitía, conseguir dinero para adquirir eso que no precisamos. El tercero, en fin, es la caducidad: los bienes son producidos de tal manera que en un período de tiempo muy breve dejan de funcionar, con lo cual nos vemos en la obligación, o poco menos, de comprar otros nuevos.



El pescador mexicano

Una historia muchas veces relatada refleja bien a las claras lo que es el modo de vida esclavo. En una de sus versiones está ambientada en un pequeño pueblo de la costa mexicana. Un estadounidense se acerca a un pescador medio adormilado y le pregunta: "¿Por qué no dedica usted más tiempo a pescar?". El mexicano responde que su trabajo cotidiano le permite atender de manera suficiente a las necesidades de su familia. El norteamericano pregunta entonces: "¿Qué hace usted el resto del tiempo?". "Me levanto tarde, pesco un poco, juego con mis hijos, echo la siesta con mi mujer, por la tarde quedo con mis amigos. Bebemos vino y tocamos la guitarra. Tengo una vida plena". El norteamericano lo interrumpe: "Siga mi consejo: dedique más tiempo a la pesca. Con los beneficios podrá comprar un barco más grande y abrir su propia factoría. Se trasladará a la Ciudad de México, y luego a Nueva York, desde donde dirigirá sus negocios". "¿Y después?", pregunta el mexicano. "Después su empresa cotizará en bolsa y usted ganará mucho dinero". "¿Y después?", replica el pescador. "Después podrá jubilarse, vivir en un pequeño pueblo de la costa, levantarse tarde, jugar con sus hijos, pescar un poco, echar la siesta con su mujer y pasar la tarde con los amigos, bebiendo vino y tocando la guitarra…".

Una historia de aliento parecido la relataba, en España, Rafael Azcona. Contaba este que en la década de 1950 hizo un viaje, en automóvil, entre Madrid y Zaragoza. En un momento determinado se detuvo en un pueblo para descansar. Entró en una venta y pidió un café con leche. Observó que en la barra había unas magdalenas. Probó una de ellas y resultó ser la más sabrosa que había tomado nunca. Conocedor de que unos amigos iban a realizar el mismo viaje, les recomendó que se detuviesen en el pueblo, buscasen la venta y probasen las magdalenas. Al cabo de un tiempo quedó con ellos y preguntó por su experiencia. No habían tenido mayor problema en encontrar el pueblo y la venta, pero resultó que no había magdalenas. Comoquiera que preguntasen al camarero, este respondió: "Ya no las hacemos; las pedían mucho"… Supongo que no es preciso explicar el porqué de la frase del camarero. Acaso pasaba 14 horas al día de pie trabajando y, hablando en propiedad,

no mantenía conversación con nadie. Había decidido recuperar sus hábitos anteriores, trabajar muchas menos horas y mantener una vida social mucho más activa, aun a costa de no recibir los ingresos derivados de la venta de magdalenas.

Me interesa muy mucho subrayar que ni el pescador mexicano ni el camarero aragonés eran unos revolucionarios. Se trataba, sin más, de gentes que habían decidido resistir ante las imposiciones del capital.

El hechizo de las grandes cifras

Con frecuencia somos víctimas de las grandes cifras que se nos imponen. Hay que prestar atención a esas grandes cifras porque muy a menudo son la fuente de interesados engaños y manipulaciones. Propondré dos ejemplos de lo que quiero decir y lo haré con el propósito de identificar las numerosas trampas que rodean a los indicadores económicos que el sistema que padecemos se empeña en aplicar.

El primero de esos ejemplos nos retrotrae al decenio de 1970. Fue entonces cuando un premio Nobel de Economía, Wassily Leontieff, acometió una comparación entre los sistemas de transporte de Estados Unidos y de China. A primera vista tal comparación se antojaba un tanto fuera de lugar a tenor de las disparidades alarmantes que exhibían una y otra realidad. Mientras Estados Unidos contaba con el que parecía ser el sistema de transporte más desarrollado del mundo, resultado de la disposición de muchos miles de kilómetros de autopistas, de millones de automóviles y de un consumo muy alto de gasolina por habitante, China —hablo, no se olvide, de unas cuantas décadas atrás— no se asomaba siquiera a los anuarios estadísticos: en su territorio apenas había autopistas, el número de automóviles de uso privado era muy reducido y el consumo de gasolina irrisorio.

Y, pese a ello, cuando llegaba el momento de calibrar cómo esos dos sistemas de transporte satisfacían muchas de las necesidades de la población, saltaba la sorpresa. El norteamericano necesitaba invertir casi una hora de viaje en automóvil para desplazarse a su trabajo y se veía comúnmente inmerso en formidables atascos que dañaban sus nervios y el medio natural, para, en fin, llegar muchas veces tarde. El chino, en cambio, residía a cinco minutos en bicicleta de su puesto de trabajo, podía dormir más, no padecía los efectos de atascos gigantescos y, en suma, llegaba en hora a trabajar. Leontieff se preguntaba cuál de esos dos sistemas de transporte satisfacía de manera más razonable las necesidades de la población, no sin considerar, claro, que era más que posible que el chino medio no ingiriese el número de calorías necesario para llevar adelante una

vida digna.

Vayamos a por el segundo ejemplo, que nos recuerda que en 2005 el gasto sanitario anual per cápita en Cuba ascendió a 236 dólares, frente a los 5.274 que se empleaban por persona en el mismo año en Estados Unidos. Traduciré estas dos cifras —los guarismos actuales remiten a una realidad similar— para hacerlas más comprensibles: por cada dólar per cápita que se destinaba a sanidad en Cuba se desembolsaban algo más de 20 en Estados Unidos. Pese a ello, y de manera muy llamativa, las cifras cubanas en materia de esperanza de vida al nacer y mortalidad infantil resultaban ser muy similares a las norteamericanas. No solo eso: la Organización Mundial de la Salud elabora cada año una lista que pretende clasificar a los diferentes países en virtud de la satisfacción que sus sistemas sanitarios provocan entre los ciudadanos. En el año mencionado, y en esa lista, Cuba ocupaba el puesto 36 frente al lugar 72 que correspondía a Estados Unidos.

Es fácil intuir a dónde quiero llegar: en nuestro conocimiento económico convencional damos por descontado que si yo dedico veinte veces más recursos que tú a determinada actividad por lógica obtendré prestaciones sensiblemente superiores. El ejemplo que acabo de proponer desmiente el valor universal de esa norma. Hay que prestar atención, con todo, a una dimensión subterránea de lo que he apuntado. Aunque los mejores resultados generales de la sanidad cubana con certeza algo le deberían, o le debieron, a las capacidades propias de esta, a buen seguro que también estaban vinculados con algunas de las consecuencias paradójicas de la escasez. ¿En qué estoy pensando? El hecho de que, de resultas de esa escasez, la dieta alimenticia cubana registre —o registrase en el pasado— una presencia significativa de frutas y de verduras —mucho mayor, en cualquier caso, de la que se verificaba en Estados Unidos— tiene, o tenía, efectos positivos sobre la salud general. Otro tanto cabe decir de la precariedad del sistema de transportes en la isla, que obligaba a los habitantes de esta a caminar o a utilizar la bicicleta, con consecuencias de nuevo positivas en términos del estado de salud general.

Las miserias del producto interior bruto

Los ejemplos reseñados me sitúan en el camino de plantear crudamente las deficiencias extremas que exhiben, y los intereses que esconden, los principales indicadores económicos que el sistema de hoy en día maneja. Pienso, en singular, en el producto interior bruto (PIB). Un célebre economista norteamericano, John Kenneth Galbraith, se permitió afirmar, cargado de razón, que "el nivel, la composición y la extrema importancia del producto interior bruto están en el origen de una de las formas de mentira social más extendidas".

Si se trata de analizar críticamente los indicadores económicos que el sistema emplea, lo primero que hay que subrayar es que contabilizan como crecimiento, y como bienestar, todo aquello que supone producción y gasto. Dentro de ese todo aquello se incluyen, llamativamente, las propias agresiones medioambientales y los procedimientos que se proponen frenarlas o corregirlas —las agresiones generan riqueza, entonces, a través de dos caminos distintos—, los fármacos y las drogas que permiten afrontar el estrés característico de la vida en los países del Norte, los accidentes de tráfico —tiran del PIB hacia arriba las actividades relativas a vehículos remolcados, reparaciones, transfusiones de sangre, médicos y abogados—, la producción de cigarrillos o, por cerrar aquí una lista que podría ser más larga, el gasto militar.

Los indicadores que me ocupan nada nos dicen, en cambio, de elementos centrales para entender lo que sucede en nuestras sociedades. Es el caso, por encima de todo, del trabajo doméstico protagonizado mayoritariamente por mujeres. Christine Delphy nos ha recordado al respecto que "si cultivar una pera es producción, prepararla en la cocina también lo es". Maurizio Pallante, por su parte, ha subrayado cómo, pese a no computar en los cálculos estadísticos oficiales, el cuidado amoroso de niños y de ancianos es cualitativamente muy superior a lo que pueda hacer el trabajo asalariado. En términos generales se minusvalora el trabajo de las mujeres, y ello pese a que se halla claramente vinculado con la sostenibilidad de una vida amenazada por el capital y sus reglas.

Pero hay que hablar también de lo que ocurre con la preservación del medio ambiente. Muchas veces se ha señalado que un bosque transformado en papel acrecienta el PIB, en tanto en cuanto ese mismo bosque intocado, decisivo para garantizar la vida, no se considera riqueza. Esto aparte, muchos de los elementos que incrementan el PIB exigen, sin que esto sea tomado en consideración, el consumo de recursos escasos. De resultas, las estadísticas que empleamos solo suelen interesarse por los costos de extracción de los recursos naturales, y en modo alguno por los de reposición. Esas estadísticas rara vez prestan atención, por otra parte, a la calidad de los sistemas educativo y sanitario, y en general a las actividades que acrecientan el bienestar aun cuando no impliquen producción y gasto. En los indicadores oficiales, que tampoco se preocupan por el incremento del tiempo libre, se da por supuesto que la distribución de la riqueza es equitativa, de tal forma que, de manera impresentable, se identifica en el PIB per cápita un termómetro decisivo para evaluar los niveles de vida de todo el mundo.

Bueno será que proponga dos ejemplos que retratan fidedignamente lo que acabo de adelantar. El primero nos dice que si un país paga al 10 por ciento de sus habitantes para que destruyan bienes, hagan socavones en las carreteras y dañen los automóviles, y a otro 10 por ciento para que reparen esos bienes, carreteras y automóviles, dispondrá del mismo PIB que un país en el que el 20 por ciento de los empleos se dedique a acrecentar la esperanza de vida y a mejorar la sanidad, la educación y el ocio. El segundo nos recuerda que hoy en día se hacen valer auténticos vicios del progreso que se nos presentan como aparentes fuentes de bienestar: mientras un tercio de la población norteamericana padece obesidad, se trabaja antes en la perspectiva de encontrar el gen correspondiente que en la de procurar un régimen alimenticio más adecuado. La obesidad provoca, sin embargo, unas 300.000 muertes anuales en Estados Unidos y genera cada año un formidable gasto sanitario que acrecienta sensiblemente, claro, el PIB…

Es inevitable que, a la luz de lo que acabo de relatar, hayan proliferado los instrumentos de medición alternativos, que toman en consideración los aspectos olvidados por los indicadores oficiales. Un ejemplo es el índice de bienestar económico sostenible

(IBES), que recoge una veintena de dimensiones ignoradas por los instrumentos de medición al uso y estima que carece de sentido calibrar el bienestar sobre la base, en exclusiva, de los bienes y servicios producidos en virtud de la lógica del mercado. En consecuencia, se interesa por el trabajo realizado en el hogar y en el terreno social, calcula los costos del desempleo no incluidos en las contabilidades nacionales, descuenta los gastos vinculados con el sector militar y considera el agotamiento de los recursos naturales y el deterioro del medio.

François Flahault ha anotado que la ciencia económica dominante solo se interesa por las mercancías —lo que se tiene o no se tiene—, y no por los bienes que hacen que alguien sea algo. No se trata de negar —entiéndase bien— que los bienes materiales son importantes: se trata de colocarlos en un escenario que permita otorgarles su justo relieve y de cuestionar, en paralelo, la bondad de los principios —más, mayor, más deprisa, más lejos— que marcan la mayoría de las relaciones en nuestras sociedades.

Los grandes problemas del siglo XXI

Siempre es tarea delicada asumir una descripción de los que parece que son los fenómenos más relevantes que se manifiestan en el planeta. Aun a sabiendas de que me dejo en el tintero cuestiones importantes —no hablaré aquí, y ahora, por ejemplo, de la secular marginación de las mujeres, de los efectos de la hegemonía norteamericana o de la irrupción de gigantes económicos como China o la India—, a efectos de perfilar cuál es el entorno de la propuesta del decrecimiento bueno será que me refiera a media docena de grandes cuestiones: el endurecimiento general de las condiciones de trabajo, la pervivencia de la relación Norte-Sur, el agotamiento de las principales materias primas energéticas, el que padecen también las no energéticas, el cambio climático y, en fin, el hecho de que estemos dejando atrás muchos de los límites planetarios más delicados.

1. Al calor de la globalización capitalista se ha registrado en todo el planeta, en el Norte como en el Sur, un visible endurecimiento de las condiciones laborales. Las consecuencias son fáciles de apreciar en un escenario en el que los beneficios empresariales se han multiplicado y, con ellos, lo han hecho también las prácticas especulativas. Esas consecuencias asumen la forma de salarios cada vez más bajos, jornadas laborales más prolongadas, derechos sociales que retroceden y, en suma, precariedad que se extiende por doquier. Semejante conjunto de circunstancias es tanto más llamativo cuanto que las organizaciones que debían hacer frente a estas agresiones —los sindicatos— en la mayor parte de los casos han preferido acatar, mal que bien, el nuevo escenario. Detrás del endurecimiento de las condiciones laborales es fácil apreciar la influencia de dos grandes mitos mil veces invocados: tanto la productividad como la competitividad obedecen a una visión de los hechos económicos claramente marcada por los intereses empresariales y son fundamentos principales de un orden, el de la mencionada globalización, que se desentiende manifiestamente de los problemas sociales y medioambientales.

2. Herencia principal de siglos de expolio de los recursos de los países pobres, la relación Norte-Sur sigue marcando hoy, y poderosamente, la vida del planeta. Su efecto mayor es la existencia de enormes diferencias entre esas dos partes enfrentadas. Recuérdese que más de 3.000 millones de personas —casi la mitad de la población de la Tierra— se ven obligadas a malvivir con menos de dos dólares cada día, en tanto 1.300 millones de esas personas deben hacerlo, en situación de pobreza extrema, con menos de un dólar diario. El 70 por ciento de estos pobres —de los primeros como de los segundos— son mujeres, dato que por sí solo obliga a otorgar el relieve que corresponde a eso que llamamos feminización de la pobreza. Más de 800 millones de seres humanos padecen problemas de hambre crónica, saldados con esa cifra espeluznante que nos recuerda que cada día mueren por efecto del hambre, o de enfermedades generadas por el hambre, unas 40.000 personas. Mientras todo lo anterior ocurre, las tres mayores fortunas personales equivalen a la riqueza conjunta de los 48 países más pobres. Recordaré, en paralelo, que el 20 por ciento de la población del planeta tiene a su disposición el 86 por ciento de los recursos; al 2 por ciento de los seres humanos le corresponde la mitad de la riqueza, en tanto a un 50 por ciento le toca tan solo el 1 por ciento de aquella.

Hechos como los que acabo de invocar remiten de forma directa a la existencia de un orden internacional profundamente injusto, asentado en el intercambio desigual y en la dependencia del Sur con respecto a los intereses de las grandes empresas transnacionales radicadas en el Norte (y en su caso, e incipientemente, en las llamadas economías emergentes). Ello es así por mucho que estemos en la obligación de recordar que en modo alguno faltan los pobres, también, en los países del Norte opulento. Si alguien se pregunta si, desde la perspectiva del decrecimiento que expondré más adelante, reivindicamos que reduzca sus niveles de consumo una viuda que cobra una pensión de 400 euros mensuales, la respuesta es, obviamente, no. Cualquier proyecto de decrecimiento sensato tiene que ser, por lógica, y al tiempo, un proyecto de redistribución radical de los recursos.

3. Muchas de las materias primas energéticas más importantes se hallan en rápido proceso de agotamiento; de resultas es evidente que han empezado a escasear y que sus precios inevitablemente subirán. Parece innegable, en particular, que en virtud de las condiciones geológicas el volumen de petróleo que puede extraerse está irrevocablemente llamado a reducirse en los años venideros, y ello con independencia de los avances técnicos que puedan cobrar cuerpo. Según Antonio Turiel, el pico conjunto del petróleo, el gas natural y el carbón se produjo en 2018. En lenguaje más llano, y a tono con lo que ya he adelantado, la producción se reducirá y los precios, por el contrario, subirán. La especie humana ha consumido hasta hoy cerca de un billón —un millón de millones— de barriles de petróleo, sobre un total de entre dos y tres billones que parece haber generado el planeta a lo largo de su historia.

El propio Turiel entiende que, pese a lo dicho, no hay ningún esfuerzo serio orientado a descarbonizar nuestras sociedades: seguimos consumiendo grandes cantidades de combustibles sólidos. Ello es así pese a que desde 2014 se revela un proceso de caída de las inversiones encaminadas a encontrar nuevos yacimientos petrolíferos, derivado del hecho de que esas inversiones son cada vez menos rentables. El panorama se cierra con el hecho de que las energías renovables, que deberían operar como sustituto de las fósiles, a menudo necesitan, paradójicamente, de estas para ser viables. El escenario se ve psicológicamente marcado, en fin, por una circunstancia importante: estamos mal acostumbrados a las reglas del petróleo, que es una energía excepcionalmente productiva.

No se olvide el relieve que, en todos los ámbitos, corresponde a estas materias primas, tanto más llamativo cuanto que nuestros excesos en términos de producción y de consumo nos emplazan ante horizontes delicados. Piénsese, por ejemplo, que alimentar a 5.000 millones de seres humanos conforme a las pautas hoy comunes en el mundo rico reclamaría destinar a ello todas las reservas de petróleo existentes. Esto aparte, la cadena alimentaria norteamericana consume veinte veces más energía que la que aporta en forma de alimentos y no es muy diferente lo que ocurre

en Europa.

4. Fuera del ámbito de las materias primas energéticas los problemas tampoco faltan. Recuérdese, por citar un ejemplo, que según un pronóstico los niveles de agua potable por habitante se reducirán en un tercio en los próximos veinte años y caerán a la mitad de los actuales luego de cuatro decenios; de resultas, 2.500 millones de personas entrarán en una situación crítica o la verán ratificada. Pero no se trata solo de eso. Por lo pronto, muchos de los sectores tecnológicos de despliegue reciente precisan materias primas que son manifiestamente escasas. Otro tanto sucede con la mayoría de las energías llamadas renovables en un escenario en el que, por añadidura, las posibilidades de reciclaje de los dispositivos anticuados son muy reducidas. Alicia Valero ha subrayado cómo las mismas empresas que son capaces de ensamblar un automóvil se muestran incapaces, en cambio, de separar los diferentes ingredientes de este último. En lo que se refiere a muchas de las materias primas que ahora me ocupan se revela, por lo demás, una visible dependencia planetaria con respecto a China.

5. Otro de los grandes problemas es el cambio climático, consecuencia ante todo de la emisión, en los dos últimos siglos, de enormes cantidades de gases que fortalecen el llamado efecto invernadero. Los signos del cambio climático son varios. El primero es un ascenso planetario de las temperaturas. Existe en la comunidad científica internacional un consenso abrumador en lo que hace a la idea de que es inevitable que la temperatura media del planeta suba al menos dos grados centígrados en comparación con los niveles propios de la era preindustrial. Es verdad, con todo, que aunque en la mayoría de los casos lo que se anuncia es un incremento de las temperaturas, en algunas regiones podría registrarse el fenómeno contrario.

Un segundo efecto previsible del cambio climático es una subida en el nivel del mar. En este caso los pronósticos anuncian un ascenso de este de entre 20 y 88 cm en el siglo XXI, de tal suerte que algunos Estados-isla podrían desaparecer, al tiempo que se

revelarían problemas graves para las poblaciones que residen en los deltas de grandes ríos y en muchas ciudades que se hallan en el litoral. Pero el cambio climático genera también otros fenómenos, como es el caso del deshielo en los polos, alteraciones significativas en la naturaleza de las corrientes marinas, olas de calor, sequías e inundaciones. Otras secuelas importantes son las alteraciones en el ciclo de las estaciones, una mayor dificultad para hacer frente a la desertización, problemas notables en lo que se refiere al despliegue de la agricultura y la ganadería, y la mutación y desaparición de muchas especies. En lo que a esto último respecta, hemos entrado en una nueva etapa de extinción. Afectará, de aquí a mediados de siglo, a entre un 15 y un 37 por ciento de las especies vegetales y animales, que, si nada lo evita, desaparecerán. Se hallan en grave peligro uno de cada cuatro mamíferos, uno de cada tres anfibios y peces, y una de cada ocho aves. José Luis Yela ha señalado que la pérdida de biodiversidad se traduce en una cada vez mayor simplificación estructural, funcional y evolutiva que es resultado de factores varios entre los que se cuentan los cambios en el hábitat, la sobreexplotación de los recursos, la introducción de especies foráneas y el propio cambio climático.

Un informe encargado por el Pentágono norteamericano, que considera que un cambio climático rápido y brutal es mucho más probable de lo que se preveía, identifica con crudeza las consecuencias esperables: escasez de alimentos, descenso de la cantidad y de la calidad del agua dulce, y acceso limitado, debido al hielo y a las tempestades, a las materias primas estratégicas. Las migraciones que muchos de estos procesos pueden generar serán singularmente delicadas. Sobran los argumentos para afirmar, en fin, que la lógica de la economía de mercado a duras penas tiene utilidad alguna para frenar amenazas tan graves como las que proceden del cambio climático.

6. Una manera de trazar un balance de buena parte de lo anterior consiste en acogernos a las nueve dimensiones críticas enunciadas por Johan Rockström. Permiten valorar el momento en el que estamos. De esas nueve dimensiones, de esos nueve límites, parece que en siete nos hallamos ya en un punto de no retorno. Hablo de la

acidificación de los océanos, los cambios en el uso de los suelos, el empleo global del agua dulce, el propio cambio climático, los ciclos del nitrógeno y del fósforo, la contaminación química y las pérdidas en materia de biodiversidad. En la percepción de Antonio Aretxabala, solo en lo que respecta a la capa de ozono y a la carga de aerosoles no han sido superados todavía los límites establecidos. En este escenario es difícil imaginar que pueda darse una marcha atrás, tanto más cuanto que parece faltar la voluntad firme de acometerla. Muy al contrario, el crecimiento que sigue afectando a las economías, a la población y a las ciudades anuncia la ratificación de las peores tendencias.

La huella ecológica

Detrás de varios de los problemas que acabo de identificar se revela un concepto central para entender lo que ocurre en el planeta: la llamada huella ecológica mide en sustancia la superficie, terrestre como marítima, que precisamos para mantener las actividades económicas hoy existentes. Todos los estudios concluyen que hemos dejado muy atrás —en particular los habitantes del Norte rico— las posibilidades medioambientales y de recursos que la Tierra nos ofrece o, lo que es lo mismo, que estamos consumiendo riquezas que no van a estar a disposición de las generaciones venideras. El crecimiento imparable de la huella ecológica, y el riesgo de colapso consiguiente, mucho le debe a un hecho fácilmente palpable: en el Norte opulento vivimos —unos más que otros, ciertamente— por encima de nuestras posibilidades. Si el nivel de vida de los europeos se generalizase a toda la población de la Tierra, precisaríamos tres planetas, y necesitaríamos siete si hiciéramos lo mismo con el de estadounidenses y canadienses.

No se olvide que disponemos en total de 51.000 millones de hectáreas, de las cuales solo 12.000 millones son bioproductivas (1,8 hectáreas por persona). El espacio efectivamente consumido por habitante del planeta es, sin embargo, de 2,2 hectáreas, por encima, pues, de las 1,8 que la Tierra pone a nuestra disposición. Un norteamericano precisa 9,6 hectáreas, un canadiense 7,2 y un español 5,7, por solo 0,8 un habitante de la India. Desde el siglo XVIII estamos acrecentando sin pausa nuestra deuda ecológica. Si en 1960 empleábamos el 70 por ciento del planeta, en 1999 hacíamos lo propio con un 120 por ciento y muchos pronósticos anuncian que en 2050 nos emplazaremos, si ello es imaginable, en un 200 por ciento.

Los límites medioambientales y de recursos

La huella ecológica remite directamente a un problema central que acabo de apuntar: los límites medioambientales y de recursos del planeta. Ese problema se puede describir de la mano de varias metáforas que dan cuenta —creo— de sus diferentes dimensiones.

1. Imaginemos que tenemos un amigo que lleva años gastando sus ahorros sin aportar, entre tanto, ningún ingreso nuevo. Parece evidente que, a menos que nuestro amigo sea inmensamente rico, su economía entrará antes o después en quiebra. Nuestra relación con la naturaleza se ajusta, sin embargo, a un esquema similar: aquella se ha tomado millones de años para entregarnos unas materias primas que estamos dilapidando, rápidamente, en unos pocos decenios.

2. Supongamos que entramos en casa y nos encontramos con que el cuarto de baño se halla inundado. La única respuesta razonable a ese problema consistirá en acudir presurosos a cerrar el grifo, o a tapar la tubería, culpable de la inundación. No será, en cambio, una respuesta adecuada la que nos invite, sin más, a llenar el suelo con toallas. Y, sin embargo, y de nuevo, esto es lo que estamos haciendo: en lugar de cerrar el grifo del crecimiento, preferimos recurrir a subterfugios que no resuelven el problema principal.

3. Estamos en un barco que se mueve a una velocidad de 25 nudos camino de un acantilado con el que, si no modificamos el rumbo, inevitablemente vamos a chocar. ¿Qué es lo que hemos conseguido en las últimas décadas al calor, por ejemplo, del protocolo de Kioto, que pretendía limitar nuestras emisiones contaminantes? Hemos reducido un poco la velocidad del barco, de tal manera que ahora nos movemos a 23 nudos. Comoquiera que no hemos modificado el

rumbo, y aunque el choque se producirá algo más tarde, no conseguiremos sortear el acantilado.

4. ¿Por qué murió tanta gente en el Titanic, el barco que se hundió en 1912 y que ha sido protagonista de varias sonadas películas? La respuesta es sencilla: porque los botes salvavidas no permitían acoger al número, muy alto, de pasajeros y de tripulantes que se hallaban a bordo del buque. Eso, en términos de nuestro relato, ¿tenía remedio? La respuesta es afirmativa: el remedio hubiera consistido en desmantelar los camarotes de lujo para utilizar la madera en la construcción de nuevos botes salvavidas. Importa subrayar lo que está por detrás de esta metáfora: aunque el discurso dominante reclama que nadie pierda de resultas de la catástrofe ecológica, lo razonable es concluir que la solución de nuestros problemas mayores exige, inexorablemente, que quienes nos han conducido al borde del abismo social y ecológico pierdan aquello de lo que hasta ahora han disfrutado.

5. Imaginemos un lago en el que hay un nenúfar. Sabemos que este se multiplica al ritmo de dos por uno cada día: si el lunes hay un nenúfar, el martes habrá dos. Con arreglo a ese ritmo, sabemos también que el lago estará repleto de nenúfares al cabo de veinte días, con lo cual las plantas, faltas de espacio vital, morirán. ¿En cuál de esos veinte días estará ocupado en su mitad por los nenúfares? Aunque un razonamiento rápido y espontáneo invita a aseverar que será el día 10, la respuesta correcta es el 19: ese día la mitad del lago se hallará cubierta de nenúfares, de tal manera que, al multiplicarse estos por dos, la jornada siguiente las plantas abarcarán toda la superficie. El día 18 ocuparán una cuarta parte del lago, el 17 una octava y el 16 una dieciseisava. Pongamos por caso que estamos en el día 16. Aunque se podrá aducir que no es tan grave lo que hemos hecho, habida cuenta de que solo una pequeña parte del lago estará cubierta de nenúfares, habrá que replicar inmediatamente que el ritmo frenético de las agresiones desencadenadas nos coloca a solo cuatro días del final.

Ante un escenario tan delicado como el que invocan estas cinco

metáforas, bueno será rescatar dos opiniones formuladas por el fallecido filósofo grecofrancés Cornelius Castoriadis. En virtud de la primera, Castoriadis confesó su perplejidad ante un hecho: quienes entre nosotros reclaman transformaciones políticas, económicas y sociales radicales son tildados inmediatamente de soñadores incorregibles, en tanto en cuanto, y en cambio, nuestros dirigentes políticos, que en el mejor de los casos razonan a unos pocos años vista —las próximas elecciones—, se nos presentan sorprendentemente como personas ecuánimes que tienen respuestas objetivas a todos los problemas importantes. Castoriadis agregó que ante una situación tan preocupante como la que se nos viene encima deberíamos actuar como lo haría lo que llamaba el padre de familia diligente. Admitamos que el ejemplo que el filósofo proponía para explicar la condición de ese padre era un poco truculento. Supongamos que a un padre, o a una madre, le dicen que es muy posible que su hijo tenga una gravísima enfermedad. Ese padre, o esa madre, solo podrá reaccionar —parece— de una manera: colocando a su hijo en manos de los mejores médicos para que determinen si el diagnóstico se ajusta o no a la realidad. Lo que no deberá hacer, en cambio, será quedarse cruzado de brazos conforme a la idea de que, si es posible que su hijo tenga una gravísima enfermedad, también es posible que no la tenga… Esta segunda actitud es, sin embargo, la común entre nosotros ante la catástrofe ecológica que con toda probabilidad se avecina.

Crecimiento y bienestar

La renta per cápita en Estados Unidos es hoy, en términos reales, casi cuatro veces superior a la que se registraba al terminar la Segunda Guerra Mundial. Y, sin embargo, en un país que ha experimentado un notable crecimiento económico en los tres últimos cuartos de siglo, y que ha diseñado y desplegado formidables tecnologías que debían hacer la vida más placentera, el porcentaje de norteamericanos que confiesa ser cada vez menos feliz ha ascendido claramente. Una encuesta realizada en 2005 —me interesa esa fecha por cuanto antecede a la manifestación de la crisis financiera de 2008, con lo cual no pueden invocarse los efectos derivados de esta— concluía, sin ir más lejos, que un 49 por ciento de los estadounidenses declaraba ser cada vez menos feliz, frente a solo un 26 por ciento que afirmaba lo contrario.

Estamos obligados a escarbar en las razones que permiten explicar un hecho tan sorprendente como ese. Hemos escuchado muchas veces el dicho que reza que el dinero no hace la felicidad. Manejémoslo con mucha prudencia. Es verdad que en los estadios inferiores del desarrollo la posibilidad de contar con unos u otros recursos tiene una relación palpable con el bienestar. Si alguien se está muriendo de hambre y empieza a comer, hay, claro, un cambio sustancial, y para bien, en su estilo de vida. Parece demostrable, sin embargo, que dejados atrás esos estadios iniciales del desarrollo el consumo, visiblemente excesivo, al que a menudo nos entregamos en las sociedades del Norte es antes un indicador de infelicidad manifiesta que una señal de bienestar exultante.

Echaré mano de otra consideración que nos ayudará a explicar una realidad tan singular como la de hoy en día. Desde mucho tiempo atrás damos por descontado que cada nueva generación que entra vive mejor que las anteriores. Si esa percepción ha tenido su fundamento durante decenios, parece que se acumulan los argumentos para concluir que ha dejado de servirnos. Quienes empiezan a buscar hoy su primer puesto de trabajo, y me muevo ahora dentro de la lógica del sistema que padecemos, ¿deben dar por seguro que encontrarán un empleo decente, que cobrarán en su

caso un subsidio de paro y que dentro de cuarenta o cincuenta años se beneficiarán de una pensión? Nadie está en condiciones de responder de manera claramente afirmativa, sin margen para la duda, a estas preguntas.

En un terreno parecido, cada vez son más numerosas las personas que empiezan a añorar la vida económica y social que conocieron hace varios decenios y que consideran, entonces, que no hay ningún motivo para idolatrar el crecimiento económico y las maravillosas tecnologías que lo han acompañado. Más bien parece que uno y otras han acabado por dar alas a procesos que atentan, y gravemente, contra el bienestar general. No solo estoy hablando del deterioro de la vida social experimentado en las sociedades ricas en las últimas décadas. Hay que tomar en consideración también las secuelas, a menudo dramáticas, derivadas de la contaminación, del estrés generalizado, de las depresiones y de la extensión de la obesidad. Más de la mitad de los cánceres parece guardar relación con la contaminación en un escenario en el que la extensión de otras enfermedades —así, el Alzheimer— está vinculada, también, con aquella.

No vienen a ayudarnos
porque la voluntad
les sale cara.

Los mitos del consumo

La discusión que tengo entre manos guarda una relación estrechísima con otra que se interesa por el consumo. Si Sócrates repetía incansable que le gustaba visitar el mercado para comprobar de cuántos bienes no tenía necesidad, en tiempos mucho más recientes Edward Bernays ha retratado cabalmente la situación: "Las personas no tienen necesidad de lo que desean y no desean lo que necesitan". Aunque en realidad cada vez se habla menos de personas. Si hace cien años nuestro lenguaje nos invitaba a identificar obreros y campesinos, hoy que parece que se imponía, para retratar tantas realidades, la aparentemente neutra palabra ciudadanos empiezan a despuntar dos términos patéticos: hemos quedado convertidos en meros consumidores y usuarios que, en una paradoja más, no otorgan mayor valor, permanentemente insatisfechos, a aquello que compran y consumen. Qué diferencia —volveré sobre ello— con la actitud con la que nuestros ancianos siguen mirando y manoseando unos alimentos que en un momento determinado les faltaron.

Porque en los últimos decenios hemos asistido a la consolidación de una singularísima situación social caracterizada por dos hechos. Recordaré, por lo pronto, que muchos de los obreros/proletarios de antaño se han transformado en algo muy diferente de lo que fueron: aunque con frecuencia siguen presumiendo de blandir un franco rechazo del capitalismo y sus reglas, prefieren ignorar que sus prácticas de consumo pretenden ser iguales a las de la burguesía, pequeña o grande. Y señalaré, en segundo lugar, que mientras los niveles de consumo han sido durante un tiempo formalmente altos, la pobreza, no sin paradoja, se ha ido extendiendo. Ahí están, para testimoniarlo, esos jóvenes que, tras abandonar prematuramente los estudios y padecer trabajos lamentables y mal pagados, visitan las hamburgueserías mientras escuchan música en un móvil de alta gama y parecen condenados a morir pronto en un escenario de general precariedad de las prestaciones sociales. Tal y como lo han señalado muchos expertos, si a lo largo del siglo XX en las sociedades ricas ganó terreno la clase media, hoy parece que esta última ha empezado a perder peso. Y es que disponer de un trabajo

ya no es en modo alguno una garantía de salir de la pobreza.

Así las cosas, asumir una crítica del consumo y sus miserias no es una injustificable intromisión en derechos sagrados del individuo: la preservación de estos últimos en los países ricos se asienta con claridad en la cancelación de los derechos de muchos de los habitantes de los países pobres y de muchos de los integrantes de las generaciones venideras. No solo se trata, pues —como reivindico en varias partes de este libro—, de reducir el tiempo de trabajo: también hay que reducir el tiempo de consumo y rechazar la dictadura que este ejerce sobre nuestras vidas de la mano de una fraudulenta identificación con el bienestar y la felicidad. “De todo lo que tienen, los enemigos dicen siempre: es útil, es cómodo, sirve. Y ello aunque hasta hace bien poco no lo tenían y no habían sentido nunca la necesidad de tenerlo” (Sonia Savioli).

La propuesta del decrecimiento

Para explicar un aspecto central de la propuesta del decrecimiento nada mejor que recordar una disputa que mantuvieron entre nosotros, hace varios decenios, un movimiento pacifista y antimilitarista que empezaba a sacar la cabeza y lo que hoy llamamos sindicatos mayoritarios. La disputa afectaba al futuro de la industria militar: mientras pacifistas y militaristas reclamaban el cierre de las fábricas correspondientes, los sindicatos exigían, sin más, que se mantuviesen los puestos de trabajo.

Lo que los defensores del decrecimiento vienen a pedir es que un debate de naturaleza similar cobre cuerpo en los próximos años en el Norte rico, claro que ampliado a otros muchos segmentos de la economía, y no solo centrado en la industria militar. Se trataría, en otras palabras, de que sectores como los del automóvil, la aeronáutica, la construcción y la publicidad —por proponer cuatro ejemplos— redujesen sensiblemente su actividad y, en su caso, la llevasen a cero.

Hay quien aducirá, con un argumento lógico, que de actuar de esta manera se disparará inmediatamente el número de desempleados existente en la Unión Europea. ¿Qué respuesta merece, desde la perspectiva del decrecimiento, semejante posibilidad? Esa respuesta es doble. En primer lugar, propiciaremos el desarrollo de aquellas actividades económicas que guardan relación con la atención de las necesidades sociales insatisfechas y con el respeto del medio natural; no se olvide que un programa de decrecimiento implicaría la creación de numerosos puestos de trabajo en ámbitos como los del transporte colectivo, las energías renovables o la agricultura ecológica. En segundo término, en fin, repartiremos el trabajo en los sectores económicos convencionales que inevitablemente seguirán existiendo. El resultado de la combinación de estas dos medidas, en términos casi individuales, es fácil de describir: trabajaremos menos horas, quienes más ganan obtendrán menores ingresos, reduciremos nuestros niveles de consumo, con frecuencia desbocados, dispondremos de mucho más tiempo libre y acrecentaremos nuestra a menudo alicaída vida social. Parece fácil concluir que este

horizonte es claramente preferible al del modo de vida esclavo del que ya he hablado.

Es importante, con todo, en relación con esta propuesta, formular dos precisiones. La primera recuerda que no se trata, claro, de llevar a cero los niveles de producción y de consumo: la tarea principal, antes bien, estriba en restaurar los equilibrios con el medio natural que la industrialización, la urbanización y la colonización han roto. Un estudio realizado no hace mucho en Francia concluía, por ejemplo, que habría que llevar los niveles de consumo energético para situarlos en los propios de la década de 1980: no se trata, por consiguiente, y como a menudo se mal interpreta, de regresar a la edad de la piedra (aunque acaso la edad de la piedra tiene más ventajas de lo que una primera lectura invitaría a concluir). La segunda precisión subraya que el proyecto del decrecimiento no es, o no es necesariamente, un proyecto triste y sombrío. Su referente icónico no lo aportan unos lamas que viven aislados en un monasterio en las cimas del Himalaya, y ello por respetable que pueda resultar semejante opción. En la propuesta del decrecimiento lo que destaca es una clara y alegre reivindicación de la vida social frente al horizonte obsesivamente marcado por el consumo, la productividad y la competitividad que nos ofrecen hoy, interesadamente, por todas partes. Si alguien se pregunta, por ejemplo, qué es lo que los teóricos del decrecimiento reivindican en materia de intercambio sexual, responderé que lo que reclaman es un incremento sustancial de las relaciones correspondientes, que justifican precisamente sobre la base de la necesidad de otorgar una clara primacía a la vida social.

Otros principios y valores

Hay que señalar, sin embargo, que la propuesta del decrecimiento no se agota en la demanda de reducciones en los niveles de producción y de consumo en el Norte rico. Implica la defensa paralela de principios y valores muy diferentes de los hoy imperantes. Enunciaré someramente cuáles son esos principios y valores.

1. La primacía de la vida social —acabo de señalarlo— frente a la lógica frenética de la producción, el consumo y la competitividad. Es difícil imaginar que esa primacía se consolide si antes no hemos conseguido salir, y con claridad, del capitalismo.

2. El ocio creativo, frente a las formas de ocio, siempre vinculadas con el dinero y con el consumo, que se nos ofrecen por doquier. En tal sentido, el decrecimiento acarrea una crítica radical de la mayoría de las formas que ha acabado por asumir la industria cultural que nos acosa por todas partes.

3. El reparto del trabajo —lo he mencionado ya también—, una vieja y clásica demanda sindical que infelizmente fue perdiendo fuelle con el paso del tiempo, como si el sálvese quien pueda hubiese penetrado de lleno en la práctica cotidiana de los sindicatos. Aunque, en realidad, mejor sería hablar de reparto de los trabajos, incluyendo al efecto también los de carácter doméstico que recaen mayoritariamente, como es sabido, sobre las mujeres.

4. La reducción del tamaño de muchas de las infraestructuras productivas, administrativas y de transporte que hoy empleamos. La globalización capitalista, en su dimensión de proyecto claramente

centralizador y mastodóntico, ha hecho posible un irracional crecimiento del tamaño de las infraestructuras, subvencionadas con recursos públicos en provecho de los intereses y de los beneficios de una minoría.

5. La recuperación de muchos de los elementos de la vida local frente a la lógica, una vez más, de la globalización en curso. Esa recuperación debe asentarse en lugar central en una demanda de descentralización y descomplejización, y debe traducirse en un renacer de la vida rural frente a las megalópolis —las grandes ciudades— forjadas en los últimos decenios. Entre las consecuencias de este proceso se hallará, por fuerza, la reaparición de fórmulas de democracia directa y autogestión.

6. En el terreno individual, la sobriedad y la sencillez voluntarias, dos elementos característicos de la vida de muchos de nuestros ancestros que han sido literalmente arrasados por la sinrazón del capitalismo y de sus reglas. No está de más incluir en este terreno la defensa de proyectos que hacen de la lentitud —la educación lenta, la comida lenta— un aspecto poderosa y saludablemente articulador de la vida social recuperada. “La velocidad es la cara oculta de la riqueza” (Paul Virilio).

SE TRASPASA

El arraigo de los principios del decrecimiento

Alguien podría pensar que principios y valores como esa media docena que acabo de enunciar nos sitúan fuera del mundo. Esto es: que nada tienen que ver con la organización pasada o presente de las sociedades humanas. Visiblemente no es así. Hay al menos cuatro terrenos importantes, importantísimos, en los cuales parece fácil apreciar la influencia, pasada y presente, de esos principios y valores. Examinémoslos con algún detalle.

La huella se ve con claridad, por lo pronto, en muchas de las prácticas históricas del movimiento obrero de siempre. Ello es así por mucho que hayan perdido terreno en virtud de la lamentable aceptación, por sectores enteros de ese movimiento, de buena parte de la lógica del capitalismo. Me parece, por lo demás, que la presencia de percepciones decrecentistas resulta más sólida en la tradición libertaria que en las restantes manifestaciones del movimiento obrero, en las que, con todo, no faltan esas percepciones.

Un segundo terreno de reflejo práctico, cotidiano y poderoso de la filosofía del decrecimiento es el que aporta lo que de un tiempo a esta parte se llama trabajo de cuidados. Este último, protagonizado fundamentalmente por mujeres, se manifiesta ante todo a través del cuidado amoroso de niños y de ancianos. Ese cuidado, comúnmente alejado del dinero y de sus reglas, se asienta casi siempre en la gratuidad y en la entrega, y tiene una honda dimensión ecológica. De resultas, parece que puede afirmarse que en el caso de muchas mujeres hay una comprensión espontánea de lo que significa el decrecimiento, comprensión que vendría a explicar por qué los movimientos correspondientes registran una notable presencia femenina. No conviene olvidar, aun con todo, que el hecho de que el trabajo de cuidados recaiga de manera abrumadoramente mayoritaria sobre las mujeres conduce a un escenario, muy poco saludable, de sobreexplotación y discriminación.

La propia institución familiar, en términos más generales, y no sin paradoja, refleja la influencia de principios y valores como los que

aquí me interesan. Esas gentes que todo dicen fiarlo en la mano invisible del mercado, y que creen a pies juntillas en las bondades del capitalismo, a buen seguro que no aplican las reglas correspondientes en el interior de sus familias. Lo común es que en la institución familiar impere, de nuevo, la lógica del don, del regalo y de la gratuidad. Para entendernos: cuando los padres costean los estudios de sus hijos, comúnmente no lo hacen esperando obtener con el paso del tiempo alguna suerte de contraprestación económica.

Muchos de nuestros abuelos y abuelas, y en singular los que vivían —o viven— en zonas rurales, han hecho gala de siempre de una austeridad y de una búsqueda serena del buen vivir que por desgracia hoy nos faltan en los medios urbanos. No solo eso: han demostrado históricamente un conocimiento cierto en lo que se refiere a lo que hay que hacer para mantener una relación equilibrada con el medio natural. Otro tanto cabe decir de esos pueblos que, radicados en el Sur del planeta, nos empeñamos en descalificar —eso es al fin y al cabo lo que hacemos— como si se tratase de gentes primitivas y atrasadas. Tal y como subrayaré más adelante, su primitivismo y su atraso los sitúan a menudo muy por encima en lo que hace al despliegue de una vida que merezca en serio el adjetivo de social y en lo que atañe, una vez más, al respeto del medio natural.

Menos complejos

Detrás de la propuesta del decrecimiento es fácil apreciar la influencia de dos grandes proyectos: si el primero apunta a buscar sociedades menos complejas que las hoy existentes, el segundo, estrechamente relacionado con el anterior, cuestiona abiertamente las virtudes que desde mucho tiempo atrás se atribuyen a las ciudades y reclama, en consecuencia, una recuperación de la vida rural.

Empezaré por lo de la descomplejización y lo haré subrayando cómo la lógica del capitalismo ha tendido inexorablemente a perfilar sociedades cada vez más complejas. En estas, la dependencia con respecto a factores externos —pensemos, por ejemplo, en la energía— ha sido cada vez más notable y la posibilidad de sortear esos factores ha resultado ser cada vez más reducida. John Zerzan, un norteamericano que pasa por ser el principal teórico del anarcoprimitivismo, ha puesto un singular énfasis en subrayar que si nos empeñamos en mantener esas complejísimas sociedades que se nos ofrecen, al final, y para resolver muchos problemas —o para aparentar que lo hacemos—, tendremos que desplegar mecanismos que recordarán poderosamente al capitalismo y, con él, al Estado. Zerzan se sitúa en la estela de antropólogos como Pierre Clastres o Marshall Sahlins, que han concluido que el ser humano era más feliz en la edad de la piedra, varios milenios atrás: su vida social resultaba ser mucho más honda, trabajaba menos en la medida en que solo se sentía obligado a producir para satisfacer sus necesidades, y no para acumular riqueza, y mantenía, en suma, una relación equilibrada con el medio. De resultas, el activista estadounidense reivindica un retorno a pequeñas comunidades humanas —un centenar de miembros— en las cuales, por añadidura, la no delegación del poder y, con ella, la democracia directa encontrarían cabida. Menos radical, y sin duda más realizable, es la propuesta de Takis Fotopoulos, quien defiende comunidades de un máximo de 30.000 habitantes cada una, una dimensión que recuerda a la característica de muchos pueblos y a la de los barrios de tantas ciudades. Poco importa ahora la discusión relativa a cuál ha de ser el tamaño ideal

de una comunidad humana: lo que tiene relieve —parece— es el recordatorio de que, en todos los ámbitos, debemos trabajar para perfilar sociedades menos complejas y más independientes que las que hoy existen.

Menos urbanos

Ya he señalado que lo anterior se asocia inevitablemente con una contestación de lo que la vida ha acabado por significar en las ciudades en general, y en las megalópolis en particular. Y ello es así hasta el punto de que puede afirmarse, sin mucha exageración, que "lo del capitalismo no es sino otro nombre que le damos a la ciudad. A quien no intercambia, no acoge, no disfruta de lo que tiene, no comparte. A quien acumula e 'invierte' y 'consume'. A quien se apropia y conquista y adquiere, y en todo, incluso en aquello que adquiere y devora y ostenta, busca el poder y el predominio" (Sonia Savioli). Porque la ciudad es un escenario difícilmente vivible. Comemos alimentos intragables, recibimos una educación cada vez más lamentable, padecemos manipuladores medios de incomunicación, mantenemos relaciones humanas extremadamente pobres, vivimos en casas inhabitables y compramos productos que no necesitamos. Los niños, que no saben los nombres de los árboles, conocen, sin embargo, un sinfín de marcas comerciales y están a menudo al día de los últimos avances tecnológicos en materia de juegos, reproductores de música o Internet.

Parece como si, en otras palabras, hubiera empezado a desvanecerse todo aquello que atrajo a las ciudades a tantas gentes del campo. En este último, en cambio —y utilizo el presente con alguna cautela—, lo común es que los campesinos no se sientan solos. Habitan un universo conocido, gustan de la conversación y de la vida social, y mantienen con el medio natural una relación respetuosa mutuamente enriquecedora. La ciudad, por el contrario, "ha nacido para dominar. Cerrada entre sus muros, que excluyen al resto del mundo y ven con absoluta indiferencia cómo este sufre y muere, los ciudadanos consumen, despilfarran, se atontan borrachos, mandan sus milicias para que se entreguen a vejaciones y saqueen el campo. Y esperan, inconscientes y bebidos, la próxima peste que los exterminará. Siempre ha sido así. En la antigüedad, en la edad media, en la época moderna. Solo que ahora la ciudad domina el mundo entero, y la próxima peste podría ser la última" (Sonia Savioli).

Actuar sobre las ciudades

Aunque la respuesta a muchos de nuestros problemas pasa inequívocamente por rerruralizar buena parte de la condición de nuestras sociedades, sería absurdo dejar a su suerte, sin más, a las ciudades. Tenemos que repensar, antes bien, la condición de estas, en el buen entendido de que debemos hacerlo desde la certeza de que hay que reducir su población —en muchos lugares esta se ha ido visiblemente de las manos— y de que hay que actuar en defensa de una activa ruralización, de nuevo, de las propias ciudades. No está de más recordar que, según una estimación, a principios del siglo XX el 90 por ciento de las verduras que se consumían en París procedía de la propia ciudad o de su entorno más inmediato. ¿Cuál es el porcentaje de las verduras que se consumen hoy en Madrid o en Barcelona que procede de sus alrededores? ¿Un 1 por ciento, por invocar una cifra?

Con la misma vocación, hay que trabajar para difuminar los límites, hoy casi siempre muy evidentes, que separan las ciudades y el mundo rural. Al respecto bueno será que invoque el ejemplo de las dos grandes ciudades portuguesas: mientras en Lisboa esos límites son muy evidentes —abandonar la ciudad es adentrarse en el desierto—, en Oporto, en cambio, presentan perfiles mucho menos claros, con pequeñas plantaciones que se revelan en el propio centro de la villa. Dentro de los espacios urbanos hay que postular, por otra parte, una activa descentralización que privilegie con rotundidad la vida de los barrios y, con ella, la democracia directa y la autogestión. Y hay que apostar por fórmulas de colectivización que afecten a muchas de las actividades industriales y comerciales que puedan pervivir. Al respecto el modelo de lo ocurrido en Cataluña, y en otros lugares, durante la guerra civil española sigue siendo estimulante.

Decrecimiento y demografía

Debemos preguntarnos por la dimensión demográfica del proyecto del decrecimiento. Si en términos generales hay que afirmar que, comoquiera que vivimos en un planeta con recursos limitados, no tiene sentido imaginar que podemos crecer ilimitadamente, el mismo argumento debe aplicarse en el terreno de la población: la Tierra impone topes obvios al crecimiento de esta.

Conviene recordar, eso sí, que en el discurso oficial se nos repite una y otra vez que el problema demográfico se halla en afortunada vía de solución. Ese discurso identifica desde tiempo atrás una reducción en el ritmo de crecimiento de la población mundial que acaso conducirá, en la segunda mitad del siglo XXI, a una estabilización de aquella en torno a los 10.000-12.000 millones de habitantes. Subrayaré que el argumento no es, pese a las apariencias, de gran consuelo: si hoy, con algo más de 8.000 millones de habitantes, los problemas son hondos y numerosos, qué no ocurrirá dentro de unos pocos decenios, cuando la población se haya incrementado en 3.000 o 4.000 millones de seres humanos y cuando, en virtud del cambio climático y del agotamiento de muchas materias primas, los problemas de escasez sean, por añadidura, aún mayores que los del momento presente.

Parece preciso señalar, con todo, que el problema que me interesa ahora no es estrictamente demográfico. Remite, antes bien, a las grandes claves políticas, económicas, sociales y ecológicas de construcción de nuestras sociedades. A la pregunta relativa a cuántos seres humanos puede mantener el planeta hay que responder con un depende: depende de cuál sea el modelo de ser humano que tomemos en consideración. Si estamos pensando en los niveles de consumo de un habitante de Burkina Faso o de Mali, la Tierra quizá pueda mantener a 23.000 millones de seres humanos. Si pensamos, en cambio, en un madrileño o en un barcelonés que viaja una vez al año a Cancún y otra a las islas Seychelles, la Tierra no da para mantener a 800 millones de personas. Las cosas como fueren, y en relación con el momento actual, parece que puede afirmarse que lo que sobran no son seres humanos, sino aviones y

automóviles.

Más allá de todo lo anterior, resulta evidente que la propuesta del decrecimiento tiene que traducirse en activas políticas de control de la natalidad, cimentadas en la idea que antes manejé: la población no puede crecer incontenidamente en un planeta con recursos limitados. Es importante, aun así, que subraye que esas políticas ninguna relación deben guardar con un proyecto que alientan, sin duda, determinados circuitos de poder: el que conduce a la exclusión, y en su caso al exterminio, de una buena parte de la población planetaria. Más adelante hablaré de él.

Tampoco está de más que en este punto recuerde que la pregunta que he formulado unas líneas más arriba —la relativa a cuántos seres humanos puede mantener la Tierra— arrastra más de un equívoco. Alguien dirá, cargado de razón, que no solo debemos preguntarnos por los miembros de nuestra especie: tenemos que garantizar en plenitud, en paralelo, los derechos de las otras muchas especies que comparten con nosotros —voy a suponer que es así— el planeta.

El ecofeminismo

Una de las perspectivas, y uno de los movimientos, cuyo despliegue se ha realizado en paralelo con el del decrecimiento es el ecofeminismo. Si así se quiere, este último plantea dos discusiones fundamentales. La primera remite a la relación entre las mujeres y la naturaleza, y lo hace sobre la base de la percepción de que hay un nexo significativo entre la dominación que padecen las mujeres y la que se hace valer sobre el medio natural. En este orden de cosas, y por añadidura, a menudo se ha subrayado que la biología femenina sitúa a las mujeres más cerca de la naturaleza: las mujeres son, al fin y al cabo, creadoras de vida. Las agresiones que padece el medio guardan una relación estrecha con la dominación patriarcal, merced al concurso paralelo de un abrumador control masculino sobre la agricultura y sobre la reproducción. De resultas, la obtención de beneficios se impone una y otra vez sobre la vida y sus demandas.

En un segundo escalón, el ecofeminismo se interesa por subrayar de qué manera el capitalismo necesita una permanente invisibilización del trabajo de las mujeres. Este último se ve menospreciado por cuanto, y al menos en su dimensión de cuidados, no genera comúnmente un valor monetario. Y, sin embargo, sobran los motivos para concluir que las mujeres son vitales a efectos de crear y mantener la fuerza de trabajo a través de la crianza, del encaramiento de las necesidades básicas o del apoyo en el terreno emocional. Aunque una y otra vez se olvide, el cuidado amoroso de niños y de ancianos es al respecto decisivo para el mantenimiento de la vida humana y, con él, para el del propio sistema económico.

No faltan, con todo, dentro del ecofeminismo corrientes que muestran un empeño singular en recordar que la lucha de las mujeres debe trascender el objetivo, muy caro al feminismo vinculado con las instituciones, de alentar sin más la igualdad en el terreno político y social. De lo que se trataría, antes bien, es de acabar con aquellas instancias que, hoy manifiestamente masculinas, promueven la desigualdad, y no de incorporarse a ellas. En este ámbito son muchas las ecofeministas entregadas a la tarea

de estudiar las complejas relaciones existentes entre género, clase, raza, colonización y naturaleza. Buena parte de esas reflexiones bebe de la certificación del papel decisivo que, en los cinco continentes, han desempeñado las mujeres en muchas luchas populares, con frecuencia en defensa, por cierto, de la propia naturaleza. Y muchas de ellas recuerdan cómo en las últimas décadas, y en las sociedades opulentas, han sido mujeres inmigrantes las que han asumido el trabajo de cuidados, mientras dejaban en manos de otras mujeres, en sus lugares de origen, las tareas correspondientes.

Por encima de todo, el ecofeminismo subraya el papel decisivo de las mujeres en la preservación de la especie humana. Camille Paglia, una provocadora feminista norteamericana, contaba que un día contempló, desde la ventana de su casa, un gigantesco camión que era portador de una no menos gigantesca grúa. Le vino a la memoria entonces la capacidad tecnológica de los antiguos egipcios y anotó que si las sociedades humanas, en vez de haber sido dirigidas por hombres, lo hubieran sido por mujeres, nunca habríamos alcanzado semejante desarrollo: seguiríamos viviendo en modestísimas chozas de paja. Aunque la reacción, lógica, ante semejante afirmación consiste en negar la mayor, y en afirmar que las sociedades humanas habrían alcanzado el mismo, o mayor, desarrollo tecnológico, Paglia —y con ella el ya mentado Zerzan— invita a llegar a otra conclusión: la principal, e insoslayable, aportación de las mujeres al acervo humano la aportan esas modestísimas chozas de paja, sin las cuales la vida de la especie sería literalmente impensable. Esas chozas, por añadidura, nos serán mucho más útiles que los camiones y las grúas en el escenario de un más que previsible colapso. En el caso del ecofeminismo esta voluntad de apreciar el papel decisivo desempeñado por las mujeres se completa, en fin, tal y como suele recordarlo Alicia Puleo, con el designio de romper con las tradiciones antropocéntricas que consideran que el ser humano es el centro de la vida.

¿Qué podemos hacer?

Son muchos los libros que ofrecen información sobre alternativas prácticas frente a las reglas del sistema que padecemos. Aquí me contentaré con rescatar algunas propuestas generales al respecto, no sin antes adelantar dos ideas centrales. La primera subraya que el decrecimiento es un proyecto que tiene por fuerza que combinar lo individual y lo colectivo. Si, por un lado, carecería de sentido que promoviésemos cambios radicales de la mano de un trabajo organizativo muy audaz cuando en nuestra vida cotidiana no somos capaces de asumir esos cambios, por el otro tampoco tendría sentido que alentásemos transformaciones importantes en nuestras vidas sin pelear de manera organizada, y colectiva, para modificar las reglas del juego hoy imperantes. La tarea, en cualquier caso, no es fácil, toda vez que, al menos en los países ricos, llevamos interiorizadas las reglas del capitalismo, y salir de ellas no es sencillo, ni el terreno individual ni en el colectivo. La segunda de las ideas a las que hay que prestar atención subraya el vigor de la cooperación —el apoyo mutuo— y del ejercicio de compartir, frente a la defensa omnipresente de la individualidad, de la competición, del todo vale y, con ellos, de la intuición de que autocontenerse en algo es propio de los derrotados, nunca de los triunfadores. La propuesta del decrecimiento se enfrenta —no lo olvidemos— a la sociedad de la agresividad y pretende sustituirla por otra basada en la cooperación y la solidaridad.

Si tengo que resumir en unos cuantos enunciados por dónde deberían discurrir muchas de las secuelas prácticas del decrecimiento —y no sin aclarar que el objetivo y el método deben pasar por abolir el dominio ejercido por el capital—, una manera de hacerlo es la que sigue.

1. Hay que reducir los niveles de consumo en muchos ámbitos, al tiempo que debe premiarse el uso razonable de los recursos. De producirse este, y en el escenario del propio capitalismo que ahora me ocupa, la electricidad, el gas o el agua podrían ser gratuitos, de

tal manera que solo los pagasen —y a precios sensiblemente superiores a los actuales— quienes hiciesen un uso inmoderado de esos recursos. A quien deje de utilizar el automóvil, o simplemente no disponga de este último, se le podría premiar, sin ir más lejos, con un transporte público gratuito.

2. Hay que reducir los desplazamientos que implican consumos fuertes de energía. En ese sentido es preferible caminar y moverse en bicicleta que emplear el automóvil, como es preferible compartir este último antes que utilizarlo en solitario. El transporte público debe merecer, por lo demás, una clara prioridad. La de trabajar desde casa es, en suma, una opción cada vez más posible. Y ello aunque conviene recelar de la opinión, muy extendida, de quienes piensan que el teletrabajo es una fórmula siempre benigna que nada tiene que ver con los intereses del capital: salta a la vista su dimensión individualizadora y el designio, paralelo, de establecer cortapisas en lo que hace a la resistencia colectiva, como salta a la vista que los ordenadores muestran consumos muy altos de energía y son responsables, también, de agresiones contra el medio natural.

3. Hay que alejarse de la televisión y de la radio, y con ellas de sus gritos y de la propaganda que incluyen. Al tiempo, hay que huir de las campañas comerciales que nos exhortan a comprar o nos obligan a asumir la lógica de un regalo que debe ser adquirido, nunca autoproducido, en determinadas fechas. Tenemos que sopesar seriamente si precisamos de las últimas tecnologías que nos ofrecen y esquivar los productos que van acompañados de onerosos embalajes. Debemos rehuir las grandes superficies permanentemente abiertas, que lo normal es que asuman regímenes laborales extremadamente duros para los trabajadores.

4. Hay que comprar productos generados en las cercanías del lugar en que vivimos, y ello tras estudiar cómo se producen los bienes y premiar aquellos que reflejan proyectos marcados por la justicia y la igualdad. Frente a la general mcdonalización que se nos ofrece,

debemos pensar en lo que comemos, y dedicar a la comida más tiempo, otorgándole una dimensión social de la que hoy carece. En términos generales hay que procurar que las cosas se hagan con sentido y con calma.

5. Hay que compartir los bienes con los vecinos —una lavadora para un portal, todo tipo de productos culturales—, de la misma forma que hay que comprar bienes usados y reparar aquellos que ya tenemos. Reutilizar y reciclar los bienes es siempre recomendable —resulta mucho más fácil cuando esos bienes son duraderos—, como lo es intercambiarlos y promover su donación en provecho de quienes los precisan.

6. Hay que rehuir el sistema bancario, al tiempo que se buscan iniciativas locales y éticas de financiación y ahorro. Por razones obvias, hay que eludir, también, la bolsa y la especulación.

7. Hay que preguntarse para qué se trabaja tantas horas, como hay que pelear para reducir la jornada laboral y repartir el trabajo. En general, lo que hay que procurar es consumir menos y disponer de más tiempo libre.

8. Hay que abrir nuevos espacios de autonomía que, de la mano de las redes de economía social, reduzcan las dependencias en todos los órdenes. En este ámbito pueden promoverse iniciativas varias, como es el caso, y son ejemplos entre muchos, de las vinculadas con los grupos de consumo, el cooperativismo, los bancos de tiempo —permiten intercambiar servicios sin el concurso del dinero—, las monedas sociales —a menudo alientan el desarrollo del comercio y de la economía locales— o los bancos de alimentos —sin ánimo de lucro, y casi siempre a través de trabajo voluntario, se proponen conseguir los alimentos que sobran en supermercados o restaurantes para hacer frente a necesidades perentorias—.

Decrecimiento y países del Sur

Es frecuente que alguien se pregunte si el proyecto del decrecimiento, que ya sabemos que en una de sus dimensiones demanda reducciones en los niveles de producción y de consumo, debe ser objeto de aplicación también en los países del Sur. A esta pregunta conviene responder con un no, pero. Lo del no parece que se justifica por sí solo: si la renta per cápita en Burkina Faso es treinta veces inferior a la nuestra, no sería razonable reclamar, por motivos obvios, que los habitantes de ese castigado país reduzcan sus niveles de consumo. Hay que justificar, sin embargo, el pero: los habitantes de ese castigado país deben tomar nota de lo que en el Norte opulento hemos hecho mal, siquiera solo sea para no repetir los mismos errores.

El del decrecimiento es, por lo demás, un proyecto que tiene una dimensión ética solidaria en el terreno que ahora me interesa. Para dar cuenta de esa dimensión, nada mejor que rescatar un debate hoy en día muy vivo: el que nace de la conciencia de que, si países como China y la India aspiran a alcanzar los niveles de consumo propios de las sociedades occidentales, pronto se hará evidente que el planeta, con sus recursos, no podrá atender las demandas correspondientes. La reacción ante esa certeza no puede consistir, sin embargo, en negar a chinos e indios el derecho a disfrutar de aquello de lo que nosotros se supone que disfrutamos. Más razonable parece decrecer en cuanto a producción y consumo en el Norte rico para de esta manera disponer de un argumento moral sólido que nos invite a pedir a otros que asuman conductas más autocontenidas y racionales.

Afirmar, en otro orden de cosas, que el crecimiento de los países ricos es vital para que sigan medrando los pobres es ignorar una realidad muy diferente: la del expolio de los recursos humanos y materiales de los segundos en provecho obsceno de los primeros, y la de la dependencia consiguiente de los países pobres con respecto a decisiones que reducen a la nada su soberanía. La sugerencia de que los partidarios del decrecimiento ningún interés tienen por la situación de los países del Sur choca frontalmente, en suma, con el

currículo personal de muchos de aquellos, que muy a menudo han dedicado buena parte de su vida y estudios a la consideración de lo que ocurre en el Tercer Mundo y a una crítica radical de las miserias de la relación Norte-Sur. No son, por lo demás, quienes se han entregado a la solidaridad con los países pobres quienes hoy cuestionan el proyecto del decrecimiento, sino, más bien, aquellos que han propiciado el asentamiento del intercambio desigual y de la dependencia.

Con estos mimbres no puede sorprender que también en el Sur del planeta hayan empezado a manifestarse movimientos que en alguna medida se antojan decrecentistas. Si así se quiere, su origen es triple. Una primera explicación llega de la mano de la condición, muy singular, de países, o de áreas de países, que en los hechos se hallan a mitad de camino entre el mundo opulento y el pobre. En esos lugares, y por razones obvias, se revelan muchas de las secuelas negativas del crecimiento económico y se hace valer la necesidad inexorable de darles respuesta. Una segunda razón se vincula con la existencia de megalópolis en las cuales, de nuevo, se aprecian con singular claridad los efectos nocivos del crecimiento económico más irracional. Muchas de las demandas formuladas por el movimiento de las Transition Towns, las ciudades en transición, son de aplicación vital en el caso de esas megalópolis. Subrayaré, en fin, que en el origen de los movimientos que —haciendo uso del término decrecimiento o vinculándose con visiones más o menos próximas— han surgido en los países pobres hay una clara conciencia en lo que respecta a la necesidad urgente de reavivar muchas tradiciones autóctonas arrinconadas por el imperialismo y el colonialismo occidentales. Ya he señalado que en la realidad cotidiana de esos pueblos que a menudo descalificamos como si fuesen primitivos y atrasados se revelan con frecuencia una mayor vida social, el designio de producir para satisfacer estrictamente las necesidades, y no para obtener beneficios, la búsqueda permanente de un tiempo de trabajo limitado y, en suma, una relación equilibrada con el medio.

Aprender de los desheredados

Bueno será que, a efectos de perfilar lo que acabo de decir, rescate tres historias que nos emplazan de lleno en ese mundo de los pueblos atrasados. La primera de esas historias nos sitúa en un lugar perdido de la Amazonia brasileña, un lugar poblado por una comunidad indígena que se dedicaba ante todo a cortar leña con instrumentos extremadamente primitivos. Unos misioneros que accedieron a esa región, al percatarse del duro trabajo de los indígenas, decidieron regalar a estos unos cuchillos de acero inoxidable de fabricación norteamericana. Un par de años después los misioneros regresaron y uno de ellos preguntó —era inevitable — por los cuchillos. La respuesta fue inmediata: su utilidad era evidente, toda vez que los indígenas tardaban ahora diez veces menos tiempo en cortar la leña. Comoquiera que el misionero diese por descontado que, entonces, estarían produciendo diez veces más leña que antes, recibió inmediatamente una rotunda réplica: obtenían la misma cantidad de leña que antes, en el buen entendido de que ahora disponían de diez veces más tiempo libre para dedicarlo a aquello que objetivamente tenía que ver con su bienestar y su felicidad… Parece evidente —agregaré— que en el Norte rico se ha desvanecido lamentablemente el chip mental que los indígenas conservaban en su cabeza, un chip, dicho sea de paso, perfectamente racional y respetable.

La segunda historia la cuenta el economista ecuatoriano Alberto Acosta y dice así: “Una vez, un padre de una familia acaudalada llevó a su hijo a un viaje por el campo con el firme propósito de que viera cuán pobres eran las gentes. Estuvieron por espacio de un día y una noche, completos, en una granja de una familia campesina muy humilde. Al concluir el viaje, y de regreso a casa, el padre le preguntó a su hijo: ‘¿Qué te pareció el viaje?’. ‘Muy bonito, papi’. ‘¿Viste qué tan pobre puede ser la gente?’. ‘Sí’. ‘¿Y qué aprendiste?’. ‘Vi que nosotros tenemos un perro en casa; ellos tienen cuatro. Nosotros tenemos una piscina que llega de una pared a la mitad del jardín; ellos tienen un riachuelo que no tiene fin. Nosotros tenemos unas lámparas importadas en el patio; ellos tienen las estrellas. El patio llega hasta la pared de la casa del vecino; ellos tienen todo un

horizonte de patio. Ellos tienen tiempo para conversar y estar en familia; tú y mamá tenéis que trabajar todo el tiempo y casi nunca os veo'. Al terminar el relato, el padre se quedó mudo… y su hijo agregó: 'Gracias, papi, por enseñarme lo ricos que podemos llegar a ser'". Concluiré que salta a la vista que las gentes, en el Norte y en el Sur, muestran a menudo diferencias abismales en lo que se refiere a la determinación de qué es la riqueza y qué la felicidad.

Rescataré, en fin, una reflexión que se revela con frecuencia en los escritos de uno de los principales teóricos del decrecimiento, Serge Latouche, quien ha trabajado durante años sobre África. Latouche nos recuerda que es frecuente que en la Europa occidental se revele mala conciencia en relación con África. Esa mala conciencia nace de un recuerdo preciso: el del expolio de los recursos humanos y materiales del continente acometido por el hombre blanco occidental desde hace siglos. Y se concreta muy a menudo en la idea de que hay que ayudar, como recompensa, a los africanos. Latouche responde provocadoramente que hay que sopesar una perspectiva muy diferente: la de dejarnos ayudar por ellos. ¿En qué sentido? Muchas sociedades africanas han demostrado, en condiciones de penuria extrema, una formidable capacidad para resolver sobriamente los problemas de la mano de redes marcadas por la solidaridad y el apoyo mutuo. Es esa una capacidad que los habitantes del Norte rico hemos perdido, lamentablemente, y que haríamos bien en recuperar de la mano de una consideración concienzuda de lo que ocurre en tantas sociedades africanas. Latouche concluye, en un argumento visiblemente provocador, que la mejor manera de ayudar a los africanos es la que pasa, literalmente, por dejarlos tranquilos, al margen de nuestras tramas comerciales, de nuestras maravillosas tecnologías, de nuestras populosas ciudades, de nuestros ejércitos y de nuestro dinero.

— ¡Era cierto lo de "consumo, luego existo"!

Salir del capitalismo

Importa, y mucho, explicar qué es lo que desde la perspectiva del decrecimiento se piensa en relación con el capitalismo y su futuro. A menudo se ha discutido, en particular, si es imaginable un programa de decrecimiento dentro del capitalismo. Admitiré que responder a esta cuestión es delicado: hay suficientes diferencias entre las distintas propuestas del decrecimiento como para que cualquier respuesta rotunda esté de más. Si concibiésemos el decrecimiento, por ejemplo, como un mero proyecto de cambio individual o desplegásemos solo alguno de los principios y valores de los que antes he hablado, la lógica de fondo del capitalismo apenas se resentiría.

Pero, dicho esto, conviene agregar que la mayoría de las versiones del decrecimiento señalan que hay que salir con urgencia del capitalismo. Más aún, reivindican una especie de síntesis entre muchas de las luchas del movimiento obrero de siempre y las derivadas de la conciencia de lo que significa la crisis ecológica. Si se trata de volcar este argumento en una consideración sobre la obra de Marx, lo que esas versiones del decrecimiento nos dicen son dos cosas. Por un lado sugieren que hay que corregir las innegables carencias que esa obra arrastra, toda vez que en la segunda mitad del siglo XIX Marx no fue comúnmente consciente de la hondura de un problema, ya mencionado, que hoy, por razones obvias, nos parece decisivo: los límites medioambientales y de recursos del planeta. Pero, por el otro, señalan que hay que preservar la crítica que Marx realizó de la mayoría de los elementos propios del capitalismo y de la explotación, del trabajo asalariado, de la mercancía y de la plusvalía.

La urgencia de salir del capitalismo no nace solo de consecuencias ineludibles en el marco de la propuesta del decrecimiento. Tiene en nuestros días un fundamento adicional en la visible corrosión que acosa al propio capitalismo. Si este último ha demostrado históricamente una formidable capacidad de adaptación a los retos más dispares, esa capacidad está hoy en entredicho de la mano de un sistema que, llevado del deseo de multiplicar espectacularmente

sus beneficios en un período de tiempo extremadamente breve, acaso está cavando su tumba. En un sentido paralelo, la eficacia innegable que el capitalismo demostró en el pasado —era un sistema injusto, explotador y excluyente, pero las más de las veces permitía alcanzar los resultados esperados— parece haberse diluido rápidamente en el presente en un momento en el que, luego de rechazar orgullosamente todo tipo de intervención pública en la economía, los grandes empresarios han acabado por acogerse a ayudas estatales que anuncian, por cierto, la reaparición de muchos de los elementos que nos han conducido a la crisis actual.

Más allá de lo anterior, sobran las razones para afirmar que el capitalismo —si dejamos de lado el horizonte ecofascista al que más adelante me referiré— es manifiestamente incapaz de encarar el problema de los límites medioambientales y de recursos, de tal forma que, al amparo de la pervivencia del propio capitalismo, todo invita a concluir que la crisis ecológica se ahondará. En este terreno hay que recelar, en particular, de las propuestas que apuntan a perfilar un capitalismo verde empeñado en mantener la esencia del sistema actual, esto es, empeñado en garantizar que es la vida de los seres humanos la que debe seguir adaptándose a las necesidades del capital. También hay que desconfiar, por cierto, de esas empresas que nos intentan vender su presunto respeto por el medio ambiente y por los derechos sociales. ¿Qué habrán hecho antes para que precisen de semejante forma de autopropaganda?

Una caotización creciente

A tono con lo que acabo de señalar, conviene prestar atención al activo proceso de caotización planetaria al que asistimos. En él se dan cita el cambio climático, el agotamiento de las materias primas, las agresiones contra la biodiversidad, un delicadísimo escenario social y, en fin, la proliferación de conflictos bélicos que se antojan cada vez más intensos. Tiene sentido preguntarse si ese caos en ascenso es el producto de una operación tramada, premeditada y consciente por parte del capital, encaminada a mejorar las posiciones de este, o por el contrario es la consecuencia de la incapacidad de ese mismo capital para resolver —retomo el argumento— sus problemas más elementales.

No estoy en condiciones de responder cabalmente a esa pregunta. Me limitaré a señalar que sobran los motivos para concluir que el capitalismo no es un sistema omnipotente, omnipresente y omnisciente. Un libro bien fundamentado, La doctrina shock, de Naomi Klein, ha demostrado de manera convincente que en muchos casos el capital ha respondido de forma inteligente a catástrofes que cabe entender son mayormente naturales. Tal es lo que ocurrió en la costa oriental de Ceilán al amparo del tsunami del sudeste asiático en 2004 o con el huracán Katrina en Nueva Orleans, en Estados Unidos, el año siguiente. Si en el primer caso la catástrofe permitió levantar un sinfín de resorts turísticos, en el segundo abrió el camino al despliegue de políticas obscenamente neoliberales. Pero de esos dos casos no cabe deducir que el capitalismo es siempre tan hábil y concienzudo. Menudean los ejemplos que invitan a afirmar lo contrario en un escenario en el que la competición interna entre las distintas modulaciones del capital ha dejado también una huella indeleble.

Las miserias de la Agenda 2030

La llamada Agenda 2030 se antoja un reflejo cabal de ese capitalismo verde que ya he invocado. Así las cosas, pese a las numerosas críticas que ha suscitado desde posiciones conservadoras, se impone cuestionar lo que significa desde la trinchera contestataria que supone el decrecimiento.

Como tantas propuestas que han surgido del sistema de Naciones Unidas, la Agenda 2030 en modo alguno se enfrenta a la trama general del capitalismo contemporáneo. Trae a la memoria aquellos programas que, urdidos también desde la máxima organización internacional, décadas atrás se proponían acabar con el hambre en el mundo sin poner en cuestión en modo alguno, sin embargo, los programas de ajuste del Fondo Monetario. En el caso que ahora me interesa, pareciera como si la Agenda 2030 se propusiese hacer frente a la crisis ecológica sin encarar lo que significa el crecimiento económico. No se busque en la propuesta que ahora me atrae ningún guiño que apunte a un imaginable programa de decrecimiento.

Por detrás despunta ese genuino mito contemporáneo que es la sostenibilidad, un término que con el paso de las décadas ha ido perdiendo la radicalidad de su sentido primigenio. Téngase presente que en origen el concepto de sostenibilidad señalaba que cada generación debía entregar a la siguiente al menos el mismo capital natural que heredó de la anterior. Hoy en día, y sin embargo, son muchos los políticos y analistas que vinculan ese concepto con un crecimiento sostenible, esto es, un crecimiento que se mantiene en el tiempo… A duras penas sorprenderá que en semejante escenario la Agenda 2030 tampoco cuestione, en suma, los cimientos de un orden internacional extremadamente injusto. Razonable es que, por añadidura, ratifiquemos una observación que Margarita Mediavilla ha formulado una y otra vez. Hablo de la que nos recuerda que para tomar en serio lo de la sostenibilidad hay que concebir esta, insorteablemente, en el largo plazo.

Las críticas vertidas contra el decrecimiento

No son muchas las críticas que el proyecto del decrecimiento ha suscitado hasta ahora. Si así lo queremos, y aun con todo, pueden organizarse en tres grandes posiciones.

1. La primera de ellas nace de los circuitos oficiales de los sistemas que padecemos. Lo común es que en esos circuitos se ignore sin más lo que los decrecentistas dicen y reivindican, acaso por estimar que la propuesta correspondiente es una extravagancia que no merece sino desprecio. Por detrás de este juicio es fácil apreciar la influencia de los economistas que trabajan para el sistema en cuestión, incapaces de someter a revisión los fundamentos de su disciplina.

Es verdad, con todo, que en algunos casos se reconoce a los decrecentistas una buena intención que se toparía, sin embargo, y siempre desde el discurso oficial, con tres obstáculos. El primero sería la presunta condición catastrofista —y digo presunta porque cada vez es mayor el consenso científico en lo que respecta a las delicadísimas secuelas de la crisis ecológica— del diagnóstico decrecentista; al respecto se recuerda a menudo cómo en el pasado muchos diagnósticos más o menos similares demostraron no ajustarse a la realidad. El segundo lo aportaría la posibilidad de que la aparición de nuevas tecnologías —a ella dedicaré el epígrafe siguiente— permita resolver problemas que hoy nos parecen inabordables, una confianza muy común en el discurso de quienes defienden los sistemas hoy imperantes. El tercer y último obstáculo lo plantearía, de forma un tanto sorprendente, la afirmación de que lo del decrecimiento, saludable o no, es literalmente irrealizable, con lo que no queda otro remedio que dejarlo en el olvido. En la trastienda parece que, conforme a una conclusión bien conocida, se está diciendo que se prefiere aceptar una eventual extinción de la especie por cuanto las medidas que habría que asumir para evitarla no son rentables. Es muy importante subrayar cómo esta última visión, muy extendida, parece considerar que lo mejor que podemos

hacer es encaminarnos orgullosa y felizmente hacia el abismo, un poco a la manera de lo que hicieron algunos pasajeros del Titanic que, cuando el barco se hundía con ellos a bordo, prefirieron seguir bebiendo champán mientras bailaban al son de un vals. Sonia Savioli retrata bien esta locura: "Los enemigos dicen siempre que 'no se puede dar marcha atrás'. Es curioso que los habitantes de un planeta esférico que da vueltas sobre sí mismo y en torno al sol hablen siempre de 'ir hacia delante'. Como si esperasen salir de ese planeta. ¿Para lanzarse al abismo?".

2. Una segunda posición crítica ha nacido en el marco de determinados segmentos de la izquierda que se vinculan, con razón o sin ella, con el pensamiento de Marx. En realidad, las contestaciones del decrecimiento que han surgido en ese ámbito no son propiamente tales: la mayoría de las veces lo que hacen es ignorar, sin más, la existencia de la crisis ecológica. Si es verdad que en determinados círculos del ecologismo radical se ha abusado del concepto de huella ecológica —como si sirviese para fundamentarlo todo—, no lo es menos que en las posiciones que ahora me interesan lo que destaca es una ignorancia supina en lo que se refiere al significado de ese concepto y, con ella, la superstición de que el final del capitalismo resolverá mágicamente los problemas. Al margen de lo anterior, estas posiciones abusan a menudo de la multiplicación de citas de Marx —como si, para asentar lo que decimos, precisásemos siempre del pensador alemán — y olvidan que este último no fue particularmente consciente de los límites medioambientales y de recursos del planeta. Llegado el caso, esquivan los textos de Marx —no faltan, ante todo, los redactados en los años postreros de la vida de este— que revelan de su lado una incipiente conciencia ecológica. Agregaré, en suma, que de manera llamativa algunos de estos críticos del decrecimiento no parecieron observar en su momento mayores problemas en la realidad política, económica, social y ecológica, nada estimulante, de los sistemas de tipo soviético que se hundieron en 1989-1991.

3. La tercera posición bebe de lo que llamaré izquierda insurreccionalista. En este caso lo que destaca no es, como en el

anterior, la voluntad de ignorar el relieve de la crisis ecológica que se nos echa encima, sino, antes bien, el propósito de subrayar que el del decrecimiento es un proyecto reformista que en los hechos no aspiraría a otra cosa que a permitir que el capitalismo adelgace para que recupere su buen tipo de antaño. No se trata de negar que determinadas modulaciones de la propuesta del decrecimiento bien pueden justificar ese temor; bastará con que mencione aquellas que contemplan en exclusiva cambios en la conducta individual y apenas asumen críticas del sistema imperante. Tomar la parte por el todo es, sin embargo, distorsionar la realidad, y en este caso supone ignorar que la mayoría de las gentes que pelean por el decrecimiento lo hacen desde perspectivas manifiestamente anticapitalistas.

Es verdad que por detrás de estas disputas hay otra: mientras los sectores insurreccionalistas parecen esperarlo todo de un colapso general del sistema que se verá acompañado de una inevitable revolución —o aguardan una revolución que acelerará el colapso del sistema—, la mayoría de las posiciones decrecentistas, sin descartar lo anterior, consideran que hay que poner manos a la tarea de abrir espacios de autonomía con respecto al capitalismo, tanto por lo que implican de construcción de un mundo nuevo como por lo que tienen de acumulación de fuerzas y de difusión de visiones alternativas y contestatarias. El insurreccionalismo que ignora este horizonte corre el riesgo, por lo demás, de quedarse en el vacío. “Sentado en espera de la revolución, la silla no es mía; es del patrón”, decía una canción de Sérgio Godinho.

No está de más que añada que, en el caso de muchas de las personas que asumen las dos últimas posiciones críticas que he mencionado, es muy frecuente que, pese a todo, acepten el buen sentido de la mayoría de las propuestas precisas que nacen del decrecimiento y, con ellas, una parte significativa del diagnóstico general que este promueve. A lo mejor es, sin más, cuestión de tiempo.

La tecnología salvadora

Acabo de señalar que cuando el discurso oficial se enfrenta con la propuesta del decrecimiento es muy común que sugiera que los innegables problemas que esta última identifica se resolverán una vez aparezcan tecnologías de muy diverso cariz. A menudo se ha señalado, por ejemplo, que el progresivo agotamiento, y el encarecimiento, del petróleo encontrará remedio de la mano del hallazgo de nuevas fuentes de energía.

No se trata de negar que tal cosa puede suceder: de lo que se trata es de asumir un elemental ejercicio de prudencia que nos permita garantizar que, en caso de que esas tecnologías no aparezcan, o no sean tan eficientes como algunos intuyen, podamos salir razonablemente bien parados. Se trata, en otras palabras, de operar como lo haría el padre de familia diligente del que hablé en su momento. No parece, sin ir más lejos, que la posibilidad, cierta, de que el ser humano venza, antes o después, a la ley de la gravedad aconseje que hoy empecemos a construir edificios sin escaleras ni ascensores… Esto al margen, tenemos que preguntarnos si nuestro estilo de vida hiperconsumista y despilfarrador nos hace realmente felices y justifica que decidamos arriesgarnos aun a costa de poder perderlo todo.

Pero, más allá de lo dicho, conviene llamar la atención sobre varias circunstancias importantes que aderezan el debate sobre la tecnología. La primera da cuenta de una experiencia por la que ya hemos pasado muchas veces: la del desarrollo y despliegue de tecnologías visiblemente dañinas. A menudo ocurre que no es el ser humano quien controla esas tecnologías, sino estas las que limitan las posibilidades de aquel. En paralelo, no está de más que subraye que con enorme frecuencia se invierte en tecnologías cuya dimensión social es nula. Ello ha resultado muy común, en particular, en el terreno de la medicina, en el que han cobrado cuerpo especializadísimos dispositivos que están al servicio de una escueta minoría de la población mientras se abandonan las tareas más básicas de prevención, con los resultados esperables. Para que nada falte, hay que preguntarse si el disfrute contemporáneo de

determinadas tecnologías no trabará, y sensiblemente, la posibilidad de su empleo por las generaciones venideras. Por no hablar, en fin, de la dimensión política vertical y autoritaria que acompaña a muchas tecnologías que se despliegan visiblemente al margen de todo lo que pueda oler a control popular. Para ilustrar este horizonte ahí está el caso de la energía nuclear.

Conviene agregar una observación más, que en este caso nos obliga a rescatar una opinión muy frecuente en los escritos de un pensador a quien ya he citado: John Zerzan. Para este último seríamos muy ingenuos si concluyésemos que las tecnologías que el capitalismo ha ido creando son neutras y pueden utilizarse en provecho de los proyectos más dispares, incluidos los más saludables. Zerzan señala, antes bien, que esas tecnologías llevan las más de las veces la huella del propio capitalismo, esto es, la de la jerarquía, la de la explotación y la de la división del trabajo. Y añade que, en esas condiciones, su empleo en provecho de proyectos de emancipación e igualdad parece extremadamente difícil.

Ferran Puig Vilar ha llamado la atención sobre el hecho de que estamos empeñados en transformar una sociedad basada en la energía fósil y en sustituirla por otra asentada en energías renovables sin cambiar, sin embargo, la base de esa sociedad. Las transformaciones tecnológicas que se contemplan siguen teniendo las más de las veces costes energéticos muy altos en un escenario en el que la energía determina las dimensiones del producto interior bruto y las propias emisiones de CO2. Así las cosas, las emisiones no pueden reducirse si se mantiene del crecimiento de ese producto, y ello por mucho que se empeñen los economistas.

– Algún día
todo este CO2
será tuyo.

Los orígenes de la perspectiva decrecentista

Aunque antecedentes de la perspectiva decrecentista los hay desde bastante antes —baste con mencionar los nombres de Nicholas Georgescu-Roegen, Ivan Illich o André Gorz—, lo cierto es que aquella se perfiló, allá por el cambio de milenio, de forma simultánea en Francia y en Italia. Si bien es cierto que la mayoría de las teorizaciones decrecentistas han seguido llegando de esos dos países, no parece que ni Francia ni Italia hayan destacado en particular en el despliegue de las prácticas correspondientes. Entre tanto, y no sin paradoja, pareciera como si en el mundo anglosajón faltasen las teorizaciones mientras, en cambio, se ha progresado en la aplicación de algunos de los cimientos de la perspectiva del decrecimiento. Baste con recordar al respecto, una vez más, el ascendiente del movimiento de las Transition Towns, las ciudades en transición. En él se han dado cita varios centenares de ciudades estadounidenses, canadienses, irlandesas, inglesas, australianas y neozelandesas que en esencia han procurado la aplicación de dos criterios fundamentales: estimular la economía local y reducir la dependencia energética. Aunque, hablando en propiedad, y por sí solos, esos dos objetivos no son sino una parte de la propuesta decrecentista, no cabe duda de que configuran elementos importantes de esta última. En realidad —y vuelvo a una cuestión anterior— no se trata de que en el mundo anglosajón falten las teorizaciones de corte decrecentista: lo que falta es un elemento unificador de esas teorizaciones como el que en otros escenarios aportan la palabra decrecimiento y sus réplicas en las diferentes lenguas románicas (décroissance, decrescita, decreixement, decrescimento o decreştere).

Por lo que al Estado español se refiere, las primeras manifestaciones de la perspectiva decrecentista entendida en sentido preciso llegaron de la mano, ante todo, de la traducción de algunas de las obras de Serge Latouche. Esas manifestaciones medio se solaparon con el estallido de la crisis financiera internacional de 2008, sin que los expertos se hayan puesto de acuerdo en lo que hace a si semejante solapamiento favoreció o, por el contrario, obstaculizó la expansión de la propuesta. Si los partidarios de la primera opción

subrayaron la singularidad y originalidad de la percepción decrecentista de la crisis y del futuro, los segundos pusieron empeño en señalar la dificultad de sacar adelante un horizonte de austeridad consecuente en el escenario de la crisis. No se olvide al respecto de esto último que, con innegable y malévolo talento, nuestros gobernantes robaron esa palabra, austeridad, de contenido visiblemente respetable y compartible, para ocultar lo que en los hechos eran políticas de recorte del gasto social.

Los movimientos por el decrecimiento

A tono con lo ya señalado, los primeros movimientos que defendieron el decrecimiento y se sirvieron de manera expresa de este término surgieron a caballo entre los siglos XX y XXI en Francia y en Italia. Es importante subrayar, eso sí, que en los decenios anteriores buena parte de lo que llamaré ecologismo radical había abrazado —ya lo he sugerido— ideas muy similares. Lo del decrecimiento, en otras palabras, no ha surgido de la nada: es en buena medida el producto de formas de pensar y de actuar que se han ido labrando poco a poco.

En lo que se refiere a lo que nos es más cercano, hay que señalar que existe desde hace años un activo movimiento por el decrecimiento en Cataluña; en los últimos tiempos han ido proliferando iniciativas similares, no obstante, en lugares como Andalucía, Galicia —vinculadas también con Portugal—, Madrid, Navarra o el País Vasco. Es verdad, con todo, que, siendo importante el surgimiento de movimientos específicamente dedicados a defender el decrecimiento, no lo es menos que organizaciones que trabajan en ámbitos más generales hayan decidido imprimir un enfoque decrecentista al grueso de sus actividades. En un sentido paralelo, y conforme a algo que he adelantado unas líneas más arriba, son muchas las redes del mundo ecologista, de la economía social o del sindicalismo alternativo que en los hechos trabajan desde hace años en perspectivas muy próximas a la del decrecimiento.

Si alguien se pregunta quiénes son las personas que suelen optar, en su vida cotidiana y en sus opciones asociativas, por el decrecimiento, bien puedo responder identificando al respecto cuatro grupos humanos de perfiles más o menos diferenciados. Uno de ellos lo configuran —me he interesado ya por esta sintonía— segmentos enteros del movimiento ecologista, y en particular aquellos que son conscientes de la necesidad de contestar el capitalismo tanto desde el punto de vista social como desde el ecológico. Otro grupo importante lo aportan los libertarios, en la medida en que sus posiciones se alejan claramente del

cortoplacismo vinculado con las elecciones y en la medida en que hay corrientes importantes del pensamiento anarquista que han postulado de siempre principios afines a los del decrecimiento. También hay que referirse a la presencia en los movimientos decrecentistas de muchos cristianos de base —en general de creyentes de las más diversas adscripciones— marcados por las reglas de lo que en su momento he llamado sobriedad y sencillez voluntarias; la figura de Francisco de Asís es al respecto de reivindicación muy común. Dejaré constancia una vez más, en fin, y en un orden de cosas ciertamente distinto, de la común sintonía de tantas mujeres con redes que se vinculan estrechamente con muchas de las prácticas del trabajo de cuidados al que me referí en su momento.

Es importante subrayar, aun con todo, que las prácticas decrecentistas no son en modo alguno exclusivas de movimientos sociales —y de activistas— con perfiles más o menos asentados. Sobran los ejemplos de cómo personas que no mantienen vinculación alguna con esos movimientos, y que no es fácil incluir en ninguna de las tres primeras categorías humanas que acabo de mencionar —o en alguna otra más o menos cercana—, han acabado por asumir conductas decrecentistas. Clive Hamilton se ha referido a cómo en el mundo escandinavo se ha hecho relativamente común la figura de gentes de cierta edad que, tras perder su puesto de trabajo y toparse con enormes problemas para encontrar otro nuevo, descubren que viven mucho mejor con un subsidio público, o con una pensión, que equivale a un porcentaje reducido del salario que recibían cuando estaban insertos en lo que describí en su momento como un modo de vida esclavo. Pareciera como si la multiplicación de las crisis, en otras palabras, abriese los ojos de muchas personas comunes. Así las cosas, aunque es lógico que, cuando se habla de decrecimiento, inmediatamente venga a la memoria la imagen de activistas hiperconscientes vinculados con movimientos sociales críticos, no desdeñemos la posibilidad de que gentes que en principio no parece se vayan a acercar a esos movimientos asuman, en virtud de su experiencia cotidiana, posiciones y conductas como las defendidas desde la perspectiva del decrecimiento.

Los enemigos del decrecimiento

En el otro lado de la trinchera, el grueso de los partidos —y con ellos el grueso de los Gobiernos— y de los sindicatos parece mantenerse alejado de posiciones decrecentistas. En lo que se refiere a los primeros, pesan por igual su general aceptación de las reglas del orden existente, por un lado, y sus visiones casi siempre cortoplacistas, por el otro. Estas últimas tienen su origen comúnmente en la clara opción de los partidos en provecho del juego de las elecciones y, en este marco, en su temor a asumir mensajes que puedan surtir efectos electorales adversos.

La mayoría de los sindicatos parece incapaz, por otra parte, de interesarse por algo más que los salarios y el empleo (aunque en realidad a menudo sucede que sus concesiones en estos terrenos obligan a concluir que ni siquiera eso les interesa). Son tres, en estas circunstancias, y a mi entender, las preguntas principales que los trabajadores deberían hacerse. La primera es la relativa a cómo trabajamos. Las palabras explotación y alienación han desaparecido casi siempre, de forma dramática, del lenguaje de los sindicatos, cuando retratan dos condiciones vitales para entender lo que ocurre desde mucho tiempo atrás en el mundo del trabajo; han sido sustituidas por la productividad y la competitividad, que instauran el todo vale y una rotunda primacía de los intereses individuales (en primer lugar, claro, los de los empresarios). La segunda pregunta plantea para quién trabajamos. Era la cuestión mayor que atraía al sindicalismo de combate de antaño. Hoy lo que parece imperar, sin embargo, es la idea de que no hay otro horizonte que el del capitalismo, de tal suerte que lo suyo es acatar las diferencias de clase correspondientes y el orden jerárquico que las acompaña. La tercera y última pregunta se refiere, en suma, a qué es lo que producimos, no vaya a ser que al amparo de esa producción estemos ratificando la explotación de muchos y la cancelación de los derechos de las generaciones venideras.

Que las cosas van mal en este terreno lo ilustra bien a las claras el hecho de que los trabajadores han ido perdiendo llamativamente su conciencia de clase en un escenario en el que se supone que los

incrementos salariales permiten resolver todos los problemas. Ello es una dramática superstición. La afirmación de que resolveremos algunos de nuestros problemas si, con el dinero que ganamos, accedemos a una enseñanza y a una sanidad privadas, de presunta mayor calidad que las públicas, es de nuevo una superstición que se asienta en el sálvese quien pueda y prefiere ignorar a quienes, y son mayoría, no pueden acceder a esos servicios.

Tal y como ya he señalado, y en relación con estas disputas, hay que prestar atención a un hecho importante: la posibilidad de que la crisis en curso, y el riesgo de un colapso venidero, con sus consecuencias a menudo letales en términos de agresiones en toda regla contra derechos y libertades, haga al cabo que sectores importantes de la población empiecen a formular las preguntas pertinentes. Más aún: asuman en su conducta cotidiana cambios que se muevan, de manera inconsciente o premeditada, en la línea del decrecimiento.

Decrecimiento y mundo libertario

Una visión de los hechos relativamente extendida sugiere que de un tiempo a esta parte han ido ganando terreno las prácticas decrecentistas de corte libertario, vinculadas expresamente con la autogestión, con la democracia y la acción directas, y con el apoyo mutuo antes mencionados. Carezco de elementos de juicio sólidos para valorar si ello es así. Me limitaré a señalar de nuevo que parece existir una sintonía cierta entre las herramientas que maneja la propuesta libertaria y las que nacen del decrecimiento. Esto al margen, una y otra perspectiva tienen por definición un carácter no cortoplacista, circunstancia que, una vez más, propicia la aproximación y, en su caso, la fusión.

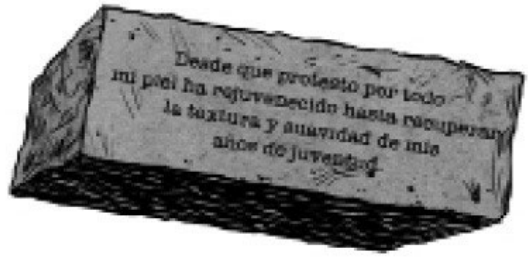
Importa subrayar, aun con todo, el relieve de otro fenómeno que acaso está ganando terreno. Me refiero al progresivo alejamiento entre muchos movimientos, y activistas de base, por un lado, y el estamento académico y de investigación vinculado con el decrecimiento, por el otro. En este orden de cosas no está de más que recuerde que tiempo atrás vio la luz una carta abierta suscrita por varias docenas de docentes e investigadores que, muy alejados de cualquier horizonte libertario o libertarizante, demandaban unas u otras actitudes de las instituciones europeas y reclamaban de los Estados miembros de la UE la creación de ministerios de transición ecológica. No parece que sea esa la perspectiva que abrazan, sin embargo, muchos de los movimientos y activistas de base recién mencionados.

Aunque, tal y como lo he sugerido, hay herramientas importantes que, comunes a ambas realidades, explicarían la sintonía entre el decrecimiento y el mundo libertario, no conviene desdeñar el influjo de otro factor. Me refiero al hecho de que, de arriba, de las instituciones, no llegan precisamente buenas noticias en lo que respecta a la manifestación de una conciencia clara en lo que se refiere a las demandas planteadas desde la perspectiva del decrecimiento.

Y no estoy pensando ahora, o no estoy pensando solo, en las

instituciones como tales, sino, antes bien, en las fuerzas políticas de izquierda que en ellas han decidido instalarse. Bastará con que recuerde el respecto que hace años se difundió entre nosotros un manifiesto, el titulado "Última llamada", que retrataba de manera fidedigna el lugar al que hemos llegado. Ese manifiesto fue significativamente suscrito por algunos de los principales líderes de los partidos de la izquierda española. No consta, sin embargo, que, con posterioridad, esas personas hayan mostrado ningún compromiso con la causa que entonces dijeron defender.

Mucho me temo que en estas condiciones estoy obligado a hilvanar dos conclusiones. La primera me recuerda que las fuerzas políticas que acabo de invocar, y algunas más, plantean discusiones interesantes en lo que hace a la condición del régimen que padecemos, pero poco o nada nos dicen sobre la naturaleza del sistema que se encuentra por detrás. Cuando hablo del régimen estoy pensando en el bipartidismo, en la corrupción, en los problemas en materia de división de poderes o en la propia disputa relativa a la república o a la monarquía. Cuando me refiero, en cambio, al sistema, lo que tengo en mente es todo aquello de lo que, significativamente, no hablan, con su lamentable cortoplacismo, los tertulianos de radios y televisiones: el capitalismo, el trabajo asalariado, la mercancía, la explotación, la alienación, la plusvalía, la sociedad patriarcal, las guerras imperiales, la crisis ecológica, el colapso… ¿Cuánto tiempo dedicamos a hablar sobre la corrupción y cuánto asignamos, en cambio, a la plusvalía, un concepto central para explicar la explotación cotidiana, todos los días del año, de miles de millones de seres humanos? La segunda de las conclusiones me obliga a subrayar que no conozco ningún ejemplo consistente y prolongado de cómo desde las instituciones se ha apoyado el asentamiento de espacios autónomos autogestionados. Sí los conozco, en cambio, y muchos, de cómo iniciativas que tenían una vocación rompedora se han diluido en la nada de esas instituciones.


Desde que probasto por todo
mi piel ha rejuvenecido hasta recuperar
la textura y suavidad de mis
años de juventud

Decrecimiento y generaciones

Muchos de los conceptos que emplea la perspectiva del decrecimiento exhiben una dimensión generacional que obliga a concluir que, de resultas, adquieren significados eventualmente diferentes. Me parece evidente, por ejemplo, que los conceptos de sobriedad y sencillez voluntaria muestran significados distintos a los ojos de alguien que nació en 1940, de alguien que lo hizo en 1970 o de alguien que tiene hoy veinte años de edad.

Permítaseme que rescate algunos ejemplos que ilustran lo que quiero decir. El primero nos habla de una figura que ha medio desaparecido: la de un anciano, o una anciana, que procedía a comer en el tren y que, al efecto, sacaba un bocadillo y una pieza de fruta. El arrobo con que manoseaban y con que contemplaban esos alimentos —me he referido ya a ello— solo podía explicarse porque en algún momento de su vida les habían faltado. Quienes nacimos después tenemos una relación mucho más fría con los alimentos. Parece como si diésemos por descontado que están ahí, a nuestra disposición, de tal suerte que nada hay que hacer para conseguirlos. Y que no hay motivo alguno para preguntar cómo han llegado a nuestras manos. Creo que la actitud de ese anciano, o de esa anciana, es, visiblemente, más serena y más lúcida que la nuestra.

Voy a por un segundo ejemplo que, de sentido contrario, me retrotrae a los últimos años de mi actividad académica. El despliegue del llamado plan de Bolonia en las universidades de los Estados miembros de la Unión Europea se ha materializado, en una de sus dimensiones principales, en el desarrollo en el aula de un sinfín de seminarios que, en lo que a mí se refiere, decidí dedicar a la organización de debates. En el transcurso de esos debates me sorprendió, y no precisamente para bien, el eco que sobre la cabeza de la mayoría del alumnado tenía, y supongo sigue teniendo, la idea de que las sociedades solo progresan en virtud de una apuesta rotunda en provecho de la competición, del codazo más descarnado. Y obligado estoy a admitir que desmantelar esa percepción, que innegablemente no sale de la nada, no es tarea fácil. No me quedaba otra posibilidad que recordar —intuyo que con

rendimiento muy liviano— que hay otra dimensión en la vida de la especie humana: la que invoca el peso de la solidaridad y de la cooperación. Para sugerir al tiempo, por qué no, la lectura de un libro maravilloso, como es El apoyo mutuo, entregado a la imprenta por Kropotkin más de un siglo atrás. En él se demuestra empíricamente que hay muy numerosos y muy consistentes ejemplos de especies animales que salen adelante a través de la cooperación, de la solidaridad, y no de resultas de la competición más feroz.

El tercer ejemplo me invita a recordar que durante mucho tiempo, en Madrid, todos los años recibí una llamada de un grupo de mujeres de mucha edad que organizaba cada mes una conferencia. En uno de esos años me preguntaron de qué me gustaría hablarles, y respondí que del decrecimiento. Lo cierto es que el día previsto para mi intervención no tuve tiempo de prepararla y conté a estas buenas señoras lo que suelo relatar cuando hablo de decrecimiento. Confesaré que lo hice inmerso en un sinfín de temores, que al cabo no parecieron justificados. Creo que estas buenas señoras entendieron rápidamente lo del decrecimiento. Especulo al respecto: probablemente volvieron la mirada hacia la década de 1950, al franquismo más oscurantista y ultramontano. El recuerdo que tenían de lo que he llamado sobriedad y sencillez voluntaria era, sin embargo, manifiestamente grato. Estoy hablando, para entendernos, de un momento en el que un jersey tenía que durar ocho años y en el que era literalmente impensable tirar a la basura un mendrugo de pan. Estas buenas señoras, claramente insertas en la rueda de la sociedad de consumo, conservaban en sus cabezas, pese a ello, un espacio razonablemente virgen que convenientemente estimulado podía provocar resultados interesantes.

Movimientos próximos

Cerca de la perspectiva del decrecimiento hay otros muchos movimientos que comparten, en un grado u otro, sus fundamentos. No parece de más que mencione, a guisa de ejemplo, el ascendiente de los ya invocados movimientos por la lentitud. El más connotado de ellos es, sin duda, el vinculado —también me he referido a esto de pasada— con la slow food, con la comida lenta. Sabido es que esa iniciativa reivindica que dediquemos más tiempo al acto de comer, que recuperemos la dimensión social y de conversación que acompañó a ese acto en el pasado y que hagamos por saber cuál es el origen, y cuál el procedimiento de obtención y de transporte, de los alimentos que ingerimos. Para decir toda la verdad, bueno será que recuerde que, como a menudo sucede, algunas de las manifestaciones del movimiento por la comida lenta han sido usurpadas por la lógica del sistema. Recuerdo que años atrás me topé con un folleto de slow food Bilbao que, con toda evidencia, había sido promocionado por algunos de los restaurantes más caros de la capital vasca. Ofrecían comida lenta a quienes de siempre, o casi siempre, han comido lentamente, esto es, a los ricos. No parece que sea esa, claro, la perspectiva de un movimiento que en su definición inicial tenía una dimensión social e igualitaria.

No está de más que subraye que el relativo a la comida no es el único movimiento que reivindica la lentitud. Hay, sin ir más lejos, una muy sugerente propuesta que reclama una educación lenta y que, así las cosas, promueve una educación que se aleje de los ritmos hiperproductivistas y de la obsesión de cumplir puntillosamente un programa preestablecido que hoy impregna todas las actividades en la enseñanza. Creo que no me equivoco cuando afirmo que los maestros de nuestra infancia de los que guardamos mejor recuerdo eran los que actuaban de manera diametralmente diferente. Pero despunta también un movimiento por un periodismo lento que reivindica —sospecho que con éxito muy limitado— un radical alejamiento de las prisas y de las urgencias que marcan indeleblemente la actividad correspondiente.

Los jóvenes

La relación de los jóvenes con la propuesta del decrecimiento, y en general con la crisis ecológica, no deja de ser compleja. Por lo pronto, lo común es que disfruten de un conocimiento cierto en lo que respecta a la condición de esta última, y ello pese a que ese conocimiento se vea marcado por las trampas y simplificaciones que acompañan a la Agenda 2030. No hace mucho, y por otra parte, fueron los jóvenes —muchos de ellos— los que salieron a la calle para denunciar la inoperancia de las medidas oficiales en lo que se refiere al cambio climático. Hoy, y sin embargo, pareciera como si la mayoría de esos jóvenes hubiesen olvidado los compromisos que parecieron abrazar en el pasado.

No sé si una explicación principal de lo último es el peso que entre muchos jóvenes exhibe lo que ha dado en llamarse ecoansiedad, al amparo de la manifestación de problemas psicológicos graves derivados de la conciencia de qué es lo que nos espera en un escenario indeleblemente marcado por la crisis ecológica y un posible colapso. Conforme a una visión de los hechos, esa conciencia se habría traducido en una creciente pasividad y en una general desmovilización. Cierto es que cuando hablamos de movilización nos estamos refiriendo siempre —no lo olvidemos— a minorías de las poblaciones afectadas. Son esas minorías las que a menudo formulan, con todo, una pregunta delicada dirigida a las generaciones anteriores: ¿qué hemos hecho para recibir un planeta lastrado por problemas de muy difícil solución? No sería justo, en cualquier caso, que aceptemos una descripción de los jóvenes que sugiere que estos se hallan inmersos en una permanente orgía de consumo. En un escenario de crisis, y en los países del Norte, muchos de aquellos a duras penas pueden ir más allá de la mera satisfacción de las necesidades básicas. Qué no ocurrirá, entre tanto, en los países del Sur.

La educación

A menudo se enuncia una idea que merece todos los respetos. Me refiero a aquella que señala que difícilmente podremos salir airosos de la crisis ecológica si antes no hemos conseguido cambiar significativamente los conocimientos y valores que se revelan en el sistema educativo. Lo razonable es que esa idea se combine, aun así, con el recordatorio de que lo que llevamos dentro de la cabeza en los países ricos no nos prepara, ni para una transformación radical como la que se antoja necesaria, ni para ese cambio en la condición de lo que difunden los sistemas educativos.

El panorama es tanto más delicado cuanto que, hoy por hoy, esos sistemas educativos se hallan claramente volcados en la tarea de difundir la lógica y los valores dominantes. Ello ocurre también —conviene subrayarlo— en el caso de la enseñanza pública. Solo dando la espalda a la realidad podemos llegar a la conclusión de que esa enseñanza nada tiene que ver con la defensa del consumismo, la productividad y la competitividad. No parece de más echar una ojeada, por cierto, a los programas de estudios que se despliegan en las facultades de Economía, casi siempre dictados por las vulgatas liberal o neoliberal.

Lo anterior al margen, se impone recordar que infelizmente nos empieza a faltar el tiempo. Lo que podríamos plantar en el sistema educativo —creo que mayormente no lo estamos haciendo— tardará en germinar en un escenario en el que los problemas se multiplican de forma espectacular y la amenaza de un colapso general pende ya sobre nosotros. Esta circunstancia, por sí sola, invita a concluir que si nuestra única apuesta pasa por transformar radicalmente —supongamos que podemos hacerlo— el sistema educativo a duras penas podremos salir airosos de los retos que se nos presentan.

Obligado estoy a apostillar, en fin, que la propia naturaleza del concepto de educación obliga a mantener muchas cautelas. No se olvide, para hacer las cosas aún más complicadas, que al cabo la educación es siempre un ejercicio de domesticación y manipulación.

Los animales

En varias ocasiones me he referido en estas páginas a los integrantes de las demás especies con las que, sobre el papel, compartimos el planeta Tierra. A menudo he señalado que por fuerza tenemos que revisar nuestros vínculos con los restantes animales desde un horizonte de paridad y horizontalidad. Eso es lo que reivindica, por lo demás, la propuesta antiespecista, que subraya, tal y como lo hace un manifiesto italiano, que "la mera pertenencia biológica a una especie distinta de la humana no justifica, ni moral ni éticamente, el derecho a disponer de la vida, de la libertad o del trabajo de un ser que siente".

Al respecto se imponen varias tareas. La primera reclama subrayar lo que acarrea el empleo de los animales como alimento, como vestido, como fuente de muchos productos de belleza o, sin más, como distracción. Semejante empleo es tanto más llamativo cuanto que a los ojos de muchos humanos pareciera como si los animales no existiesen. Nuestras percepciones, aberrantemente antropocéntricas, aconsejan dejar de lado lo que significan la tortura y el exterminio de tantos animales. Salta a la vista que la perspectiva del decrecimiento no puede participar de este animalicidio, ni puede permanecer callada al respecto. Nuestra preocupación por el medio natural quedaría entonces en entredicho. La segunda tarea que invocaba no es otra que la que se plantea establecer un estilo de alimentación frugal, respetuoso con los animales y sus derechos. Ello es singularmente urgente, si así se quiere, por cuanto por momentos se hace evidente que existe una estrecha relación entre la industria cárnica y la magnitud del cambio climático en curso. Debo agregar, en suma, que hay que hacer frente a un problema no precisamente menor: para muchos animales se anuncia un futuro delicado al calor de un posible colapso. Aunque es cierto que este último presumiblemente provocará el cierre de muchas de las parafernalias características de la ganadería industrial —las macrogranjas, por ejemplo—, no lo es menos que bien pueden reaparecer formas de explotación de los animales —así, las vinculadas con los usos agrícolas y el transporte — que parecían ancladas en el siglo XIX.

En alguna ocasión me he permitido señalar que lo que ahora me interesa exhibe una dimensión que merece atención singular. Hay quien asevera que en muchas de sus manifestaciones el racismo y el sexismo tienen su origen en las discriminaciones que nacen de nuestro sentimiento de pertenencia a una especie supuestamente superior, un sentimiento que otorgaría el derecho a disfrutar sin límite alguno de los restantes animales. No falta quien ha tenido a bien recordar que etimológicamente el término capitalismo nos habla de las cabezas de ganado que, siglos atrás, servían como valor de cambio…

Los medios

La relación de la propuesta del decrecimiento con los medios de incomunicación del sistema es forzosamente tensa. Las razones principales son dos. La primera la aporta el vínculo que esos medios mantienen con poderosas corporaciones económico-financieras que operan en la trastienda y que, por lógica, no sienten simpatía alguna por lo que preconiza la perspectiva del decrecimiento. La huella de esta última en los periódicos y en los canales de radio y de televisión es muy reducida. La segunda razón parece menos relevante pero tiene, sin embargo, su peso. Me refiero al hecho, palpable, de que la propuesta decrecentista plantea una contestación de lo que significa, en todos los órdenes, la publicidad. Y sabido es que, en un grado u otro, los medios dependen de esta última.

No se ha reflexionado de manera suficiente sobre lo que significa el término, medios, que acabo de emplear. Esas instancias se ofrecen como una herramienta que permite que nos aproximemos a realidades que de otra forma —se nos dice— no estarían a nuestro alcance. Salta a la vista, claro, que las instancias en cuestión no son en modo alguno neutras: responden con rotundidad, y con visible eficacia, a la lógica del sistema. En semejante escenario a duras penas sorprenderá que los críticos de lo que los medios suponen propongan una activa descentralización de la actividad correspondiente, acompañada del propósito de liberar a aquellos de las tutelas externas que pesan sobre ellos.

Un concepto que emplearon con profusión nuestros abuelos y abuelas anarquistas y anarcosindicalistas viene al respecto, por lo demás, como anillo al dedo. Me refiero a aquel que reivindica lo que llamaban propaganda por el hecho. Aunque sé que propongo una lectura singular del significado de ese concepto, entiendo que lo que nos estaban diciendo es que bien está convocar actos, desarrollar manifestaciones y concentraciones, o publicar libros y revistas. Lo más importante que podemos hacer, sin embargo, es intentar trasladar a la realidad económica y social nuestras ideas o, lo que es casi lo mismo, demostrar que es posible hacer las cosas de

otra manera, sin precisar al respecto, entonces, de mediaciones.

Seis ejemplos de ahora

En estas líneas se recogen varios ejemplos que nos sitúan de lleno —al menos eso es lo que me gustaría— en el entorno en el que se produce, entre nosotros, el debate sobre el decrecimiento y en las consecuencias del enfoque defendido por este último.

1. Hace unos años se registró una alarma planetaria vinculada con el riesgo de que el hambre se extendiese rápidamente a amplias regiones hasta poco antes no especialmente afectadas por ella. Cuando los portavoces del Gobierno español se lanzaron a la tarea de explicar por qué se manifestaba ese riesgo, echaron comúnmente mano de argumentos que parecían sugerir que nos encontrábamos ante un proceso inevitable. Esos argumentos hablaban del incremento en la demanda por parte de economías en franco crecimiento como la china o la india, del encarecimiento de los costos de transporte derivado de la subida operada en los precios internacionales de la energía o, en suma, de las secuelas de la aparición de los agrocarburantes, que en muchos países pobres habían sustituido a la agricultura tradicional en numerosos menesteres. Sin negar que todos esos factores tenían su relieve, hay que señalar que había una explicación mucho más certera a la que, llamativamente, no se referían los portavoces gubernamentales: los intereses especulativos de las grandes empresas transnacionales de la alimentación, que luego de acabar con las agriculturas de subsistencia en muchos países, parecían decididas a obtener, rápidamente, los máximos beneficios.

Cuando llegó el momento de buscar soluciones, el Gobierno español decidió acrecentar, al parecer de manera sensible, el dinero entregado a los países afectados para que, de esta manera, pudiesen adquirir alimentos en los mercados internacionales. Importa mucho subrayar lo que se hallaba por detrás: la medida en cuestión no alteraba en forma alguna las reglas del juego de un escenario claramente propicio a los intereses de las grandes empresas del sector. Se transfería dinero a los países pobres para que, sin discutir

los precios prohibitivos establecidos por las transnacionales, y la trama general, siguiesen moviendo el carro del negocio de aquellas. En esas circunstancias parece obligado preguntarse qué es lo que hace falta para que un Gobierno decida intervenir, sin más, un mercado; al parecer, la certificación de que lo que se hallaba en juego eran las vidas de millones de seres humanos no era un argumento suficiente al respecto.

2. A finales de la primera década de este siglo el ministro de Industria español anunció a bombo y platillo que su ministerio se aprestaba a reducir en un 10 por ciento el consumo de energía. Bien está, pero tal vez había que preguntarse por qué el ministro en cuestión no le decía claramente a sus conciudadanos que debían actuar de la misma manera. La respuesta parecía sencilla: porque ello implicaría entrar en confrontación, en un grado u otro, con los intereses de poderosas empresas. En los años anteriores solo en un ámbito preciso, el del agua, nuestros gobernantes nos habían exhortado con claridad a reducir el consumo correspondiente. A duras penas podía ser casualidad que la economía del agua fuese en la mayoría de los lugares, cabe intuir que por poco tiempo, una economía pública: cuando nos demandaban que redujésemos el consumo, nuestros responsables políticos no entraban en confrontación con significativos intereses privados.

Desde hace un tiempo, un puñado de organizaciones promueve una campaña, de carácter fundamentalmente simbólico, orientada a conseguir que una tarde al año reduzcamos a la nada, durante treinta minutos, nuestro consumo de electricidad. En 2007, la entonces ministra española de Medio Ambiente, Cristina Narbona —poco después fue sustituida—, tuvo el gesto de apoyar esa campaña. Al día siguiente escuchamos los agrios comentarios de repulsa formulados por los portavoces de las industrias eléctricas ante lo que entendían que era una injustificable intromisión de los poderes públicos en la lógica sagrada de la economía de mercado. Extraeré una conclusión rápida: lo habitual es que nuestros gobernantes defiendan el bien común… siempre y cuando no entre en colisión con los intereses de poderosas empresas privadas.

3. El a la sazón presidente del Gobierno español, José Luis Rodríguez Zapatero, presentó en su momento en el Congreso de los Diputados, en Madrid, un paquete de medidas contra la crisis que decidió situar bajo la etiqueta general de la sostenibilidad. Una de esas medidas era muy llamativa: un programa de ayudas públicas a la adquisición de automóviles privados. Era difícil encajar ese programa con la defensa de la sostenibilidad, un concepto que se vincula —ya lo he adelantado— con la idea de que cada generación debe entregar a la siguiente como poco lo mismo que heredó de la anterior. Y es que uno de los elementos centrales de insostenibilidad de nuestras sociedades es, precisamente, el que nace del uso generalizado del automóvil privado.

Aunque a buen seguro que hay personas que residen en determinados lugares, o realizan determinados trabajos, que hacen inevitable el empleo del automóvil, sobran las razones para concluir que para la mayoría de nuestros conciudadanos el coche es antes una fuente de problemas. Quienes habitan, en singular, en las ciudades le sacan un provecho mucho mayor al transporte público y, en concreto, al ferrocarril. El transporte público permite —o permitía— garantizar razonablemente que se llega en hora, es ecológicamente mucho más defendible, resulta visiblemente más barato, facilita realizar de forma simultánea otras actividades —a menudo invita, por ejemplo, a la lectura y al reposo— y propicia que se realice un mínimo y deseable ejercicio físico. Los libros sobre decrecimiento están llenos de exhortaciones dirigidas a quienes disponen de un automóvil para que calculen cuál es el porcentaje de las horas trabajadas necesario para mantenerlo (mantenerlo significa comprarlo, pagar los impuestos, las reparaciones, la gasolina, los seguros, las multas…). ¿Cuántas horas de trabajo esclavo son necesarias para disponer de un automóvil y cuántas horas de libertad objetiva —descontemos, claro, el tiempo de los atascos— proporciona ese automóvil?

Por cierto que uno de los debates en ebullición en los últimos tiempos es el que suscita el llamado coche eléctrico, sobre el papel mucho menos contaminante que los automóviles al uso. Aunque está bien que se procure diseñar vehículos menos contaminantes, la primera pregunta que deberíamos hacernos —que, por desgracia, y por razones fáciles de entender, no nos deja hacer la industria

automovilística— es la relativa a si precisamos o no esos coches. Hay razones poderosas para afirmar que en muchos casos podríamos prescindir ventajosamente de ellos. Esto al margen, la fabricación de los coches eléctricos es tan onerosa ecológicamente como la de los convencionales y los primeros, que contaminan menos por el tubo de escape, son a menudo portadores de supuestos adelantos —así, el aire acondicionado— que desmienten su presunta condición ecológicamente limpia.

4. Nada retrata mejor muchas de nuestras miserias que la alta velocidad ferroviaria. Tal vez por eso esta última es un motivo de orgullo para nuestros gobernantes, que presumen de que España es, luego de China, el país del mundo con mayor número de kilómetros de alta velocidad.

Si tengo que enunciar los muchos problemas que rodean a la alta velocidad ferroviaria, el primero es el del destrozo medioambiental que provoca la construcción de las líneas correspondientes. El AVE (Alta Velocidad Española) no es, por lo demás, ninguna bicoca ecológica. No olvidemos que un tren como este, que puede alcanzar los 300 kilómetros por hora, consume entonces nueve veces más energía que otro que se mueve a 100 kilómetros por hora. Los altos precios, durante años, de los billetes del AVE han impedido, en fin, que su surgimiento se tradujese en la anunciada desaparición del tráfico aéreo que comunica las ciudades afectadas. La irrupción del AVE sí que ha coincidido en el tiempo, en cambio, con el cierre de muchas de las líneas del ferrocarril convencional, justificado sobre la base de que tales líneas no eran rentables. Hay que preguntarse qué hubiera ocurrido si los recursos faraónicos asignados a la construcción de nuevas líneas del AVE —y a la de prescindibles autopistas y autovías— se hubiesen destinado, de forma mucho más inteligente y eficiente, a modernizar un sistema ferroviario convencional dejado en el olvido durante decenios.

Agregaré que sobran las razones para afirmar que allí donde aparece un AVE desaparecen todos los trenes convencionales, y baratos, que recorrían el mismo trayecto. El efecto principal es de desertización ferroviaria o, lo que es lo mismo, de deterioro de los servicios prestados a muchas localidades y personas. Aunque las

cosas pueden haber cambiado algo en los últimos años, y por si poco fuera todo lo anterior, la alta velocidad ferroviaria exige la asignación de recursos ingentes para la construcción de líneas y trenes que van a ser disfrutados en exclusiva por la minoría adinerada de la población. Y es que el AVE tiene un carácter visiblemente no igualitario: mientras unos disfrutan de los trenes de alta velocidad, otros deben hacer frente a los efectos del cambio climático. El costo de los primeros se paga sobre la base de los padecimientos de los segundos y de la pesada deuda que se deja a hombros de los integrantes de las generaciones venideras. Tanto más cuanto que, sabido es, el AVE de nada sirve en términos de transporte de mercancías.

5. Una de las soluciones mágicas que se ofrece al delicado panorama energético que nos acosa es la relativa a la energía nuclear. A pesar de la ambiciosa campaña desplegada por las industrias del sector, nada invita a otorgar a esa fuente de energía ningún papel salvador: la construcción de las centrales es muy onerosa en términos de cambio climático, la energía producida resulta siempre cara y reclama subvenciones públicas, nadie sabe qué hacer con los residuos generados y, en fin, las condiciones de seguridad dejan mucho que desear. Más allá de lo anterior, quienes quieren convertir la energía nuclear en nuestra tabla de salvación señalan que hay que multiplicar sensiblemente el número de centrales hoy existente, algo que reduciría inmediatamente nuestras ya exhaustas reservas de uranio. Aunque hay uranio en cantidades importantes en el planeta, para extraerlo son precisos recursos energéticos ingentes, con lo cual el problema reaparece.

En la primavera de 2010, Felipe González, el ex presidente del Gobierno español, preguntado por el delicado panorama energético que se avecinaba, respondió que era preciso asumir al respecto tres medidas simultáneas: desplegar energías limpias y renovables, diversificar las fuentes de suministro y “reabrir mesuradamente” el debate relativo a la energía nuclear. Lo llamativo es que a González, claramente vinculado con los intereses de las grandes empresas del sector, no se le ocurrió mencionar la que parece solución más rápida y eficiente: reducir drásticamente el consumo. Para encarar

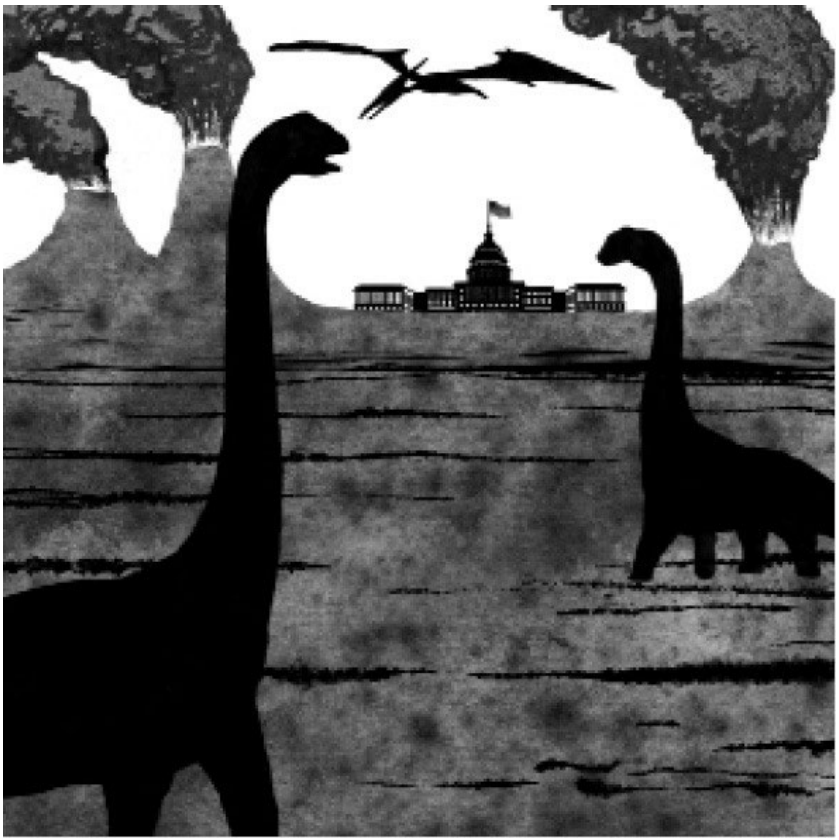
la crisis que en este terreno es ya una realidad hay que acometer dos grandes medidas: desplegar, en efecto, energías renovables, con las salvedades que inmediatamente mencionaré, y reducir sensiblemente, claro, los niveles de consumo.

6. Acabo de mencionar las energías renovables. Conviene subrayar que en modo alguno constituyen una panacea que resuelve todos los males. Si, por un lado, no son plenamente limpias —exigen tecnologías problemáticas, reclaman a su vez el concurso de una energía que a menudo es costosa y generan residuos importantes—, por el otro en modo alguno permiten satisfacer las demandas que llegan de un estilo de vida despilfarrador y depredador como el que caracteriza a nuestras sociedades. A todo ello se agregan los problemas derivados de un hecho preciso: las más de las veces estas energías se hallan en manos de poderosas empresas que no atienden a otros intereses que a los propios.

En los últimos tiempos, y a manera de ilustración de lo anterior, han surgido movimientos muy activos que actúan en oposición a muchos de los parques eólicos. Lo hacen con argumentos sólidos. En numerosos escenarios esos parques constituyen agresiones frontales contra hábitats naturales muy precarios. Reproducen un esquema en virtud del cual, además de operar en provecho de esas empresas que acabo de citar, el mundo rural debe seguir abasteciendo de energía a las grandes industrias y a las grandes ciudades. Apenas dejan beneficios sobre el terreno y, para que nada falte, sus promotores hacen lo imposible por evitar que hagamos una pregunta central: la relativa a cuánta energía precisamos. Si respondiésemos de manera racional a esa pregunta, y optásemos, como es lo lógico, por niveles de consumo sensiblemente menores que los actuales, no tendrían sentido muchas de las parafernalias que rodean a la energía, sea esta convencional o renovable.

Alicia Valero ha subrayado que si todo el planeta asumiese la transición energética que se preconiza en España faltarían visiblemente las materias primas necesarias para acometerla. Faltan, por ejemplo, reservas suficientes de cobre, y ello por mucho que se revelen notables esfuerzos encaminados a abrir nuevas minas o a reabrir las ya cerradas. En semejante escenario, aunque el

reciclaje limite algunas tensiones, no permite sustituir las prestaciones de la minería. Así las cosas, se impone reducir el consumo de muchas materias primas y propiciar en paralelo un reparto radical de recursos escasos. La propia Valero ha tenido a bien subrayar que frente a tantas parafernalias tecnológicas se impone defender lo que supone, material y simbólicamente, un botijo: permite mantener el agua fría, tiene un diseño muy simple, se fabrica sobre la base de materias primas locales y baratas, es robusto y fácil de reparar, y de reciclar, y, en suma, por si todo lo anterior fuese poco, estimula el sentimiento de comunidad.



El concepto de colapso

En más de una ocasión me he topado aquí con la palabra colapso. Entre nosotros la discusión correspondiente a este último apenas se asoma al discurso político al uso y a las consideraciones de los medios de incomunicación. Sí que está presente, en cambio, y de manera llamativa, en la literatura y el cine, en el buen entendido de que en ambos casos esa presencia parece remitir antes a un propósito de ocio y distracción que al designio de articular al respecto un discurso crítico. Ello es fácilmente comprensible en un escenario en el que es el juego del capital el que parece conducir de manera directa a un escenario de catástrofe.

Entenderé por colapso un golpe muy fuerte que trastoca muchas relaciones, la irreversibilidad del proceso consiguiente, profundas alteraciones en lo que se refiere a la satisfacción de las necesidades básicas, reducciones significativas en el tamaño de la población, una general pérdida de complejidad en todos los ámbitos, acompañada de una creciente fragmentación y de un retroceso de los flujos centralizadores, la desaparición de las instituciones previamente existentes y, en fin, la quiebra de las ideologías legitimadoras, y de muchos de los mecanismos de comunicación, del orden antecesor. Cierto es que sobre el concepto que me ocupa pende una discusión importante: la de si estamos hablando de una posible realidad futura o debemos hacerlo, por el contrario, de un fenómeno infelizmente presente, ahora mismo, para muchos seres humanos. Me limitaré a señalar al respecto que se antoja difícil explicar qué es el colapso a una niña nacida en la franja de Gaza…

Dos son las causas mayores que permiten augurar un colapso del sistema que padecemos: el cambio climático —con sus conocidas secuelas, ya mencionadas: incremento general de las temperaturas, subida del nivel del mar, progresivo deshielo de los polos, desaparición de muchas especies, desertización, deforestación, problemas en el despliegue de la agricultura y la ganadería—, por un lado, y el agotamiento de todas las materias primas energéticas, y no energéticas, que hoy empleamos, por el otro. No parece haber sustitutos para estas ni en el corto ni en el medio plazo, y aquellos

que pueden imaginarse reclaman transformaciones onerosísimas que invitan a concluir que también en este terreno llegamos tarde.

Cierto es que junto a estos dos factores principales hay otros que, de relieve aparentemente menor, podrían oficiar, sin embargo, como multiplicadores de las tensiones. Estoy pensando, al amparo de una enunciación casi telegráfica, en la crisis demográfica; en una delicadísima situación social previsiblemente acompañada de una extensión del hambre y de problemas graves de acceso al agua en numerosas regiones; en la expansión de muchas enfermedades; en un entorno cada vez más invivible para las mujeres —aportan el 70 por ciento de las personas pobres y un 78 por ciento de las analfabetas—; en el efecto multiplicador de las crisis financieras, en forma de inestabilidad, pérdida de confianza e incertidumbre; en la proliferación de violencias varias, entre las cuales a buen seguro destacará la que asumirá —asume— la forma de genuinas guerras de rapiña asestadas por las grandes potencias en busca de las materias primas que les faltan, o, en suma, en los efectos negativos que se derivan de la idolatría que siguen mereciendo la tecnología y el propio crecimiento económico.

Los rasgos de la sociedad poscolapsista

Aunque responder a la pregunta correspondiente exige dosis de especulación evidentes, tiene sentido hurgar en la condición previsible de la sociedad poscolapsista. Esta se caracterizará, por lo pronto, por una reducción del tamaño de la población humana que se ajustará, bien es cierto, a patrones distintos según unas u otras regiones geográficas. Otro de sus trazos principales será, a buen seguro, la escasez de energía, que presumiblemente dará al traste con la civilización del automóvil, y con el comercio mundial tal y como hoy los conocemos, al amparo de un proceso de genuina desglobalización. Una tercera dimensión importante la aportará el hecho de que el colapso bien puede ser un golpe muy fuerte para muchas de las estructuras de poder y dominación, hipercentralizadas y dependientes de tecnologías y energías que no serán de fácil disposición. En lenguaje más llano, los Estados, las grandes empresas y las fuerzas armadas habrán de enfrentar problemas graves.

En este orden de cosas es sencillo que quiebren los distintos monopolios que acompañan al Estado: el de la fuerza, el de la elaboración de las leyes, el de los servicios públicos, el de la regulación del dinero y el de la recaudación de impuestos. También es imaginable que cambien de forma notable las reglas que determinan la deuda y la propiedad privada. La trama económica se verá indeleblemente marcada por la reducción del crecimiento, el cierre masivo de empresas, un desempleo generalizado, la desintegración de los ya de por sí maltrechos Estados del bienestar y la subida de los precios de los productos básicos. En ausencia de crecimiento, lo suyo es que se produzca una crisis sin fondo del sistema financiero a la que previsiblemente se sumarán problemas sociales muy agudos, con víctimas principales en las de casi siempre: ancianos, mujeres y niños. Aunque el golpe será, sin duda, más fuerte en el medio urbano, sus efectos se harán valer también en el mundo rural, en donde se manifestarán las secuelas de la mala gestión de los suelos, del monocultivo, de la mecanización y de la mercantilización. Y en donde, con certeza, se revelarán también los problemas derivados de la llegada de muchas gentes que hoy

habitan en las ciudades y que buscarán escenarios más llevaderos.

Los siete verbos

La respuesta ante el riesgo, y ante la realidad, del colapso bien puede organizarse en torno a varios verbos: decrecer, rerruralizar, destecnologizar, despatriarcalizar, descomplejizar y descolonizar nuestras mentes y nuestras sociedades. Esquivaré ahora el primero de esos verbos, que da sentido general a este libro. El segundo, rerruralizar, nos recuerda, por un lado, que muchas de las ciudades han escapado visiblemente de nuestras manos, de tal manera que se impone recuperar un sinfín de elementos de sabiduría popular, y un sinfín de prácticas cotidianas, característicos del medio rural. Las cosas como fueren, quienes son moderadamente conscientes del riesgo de un colapso general del sistema saben que una de las pocas respuestas eficientes de las que disponemos al respecto es la que pasa por recuperar la vida rural que acabo de mencionar.

Admitiré de buen grado que el tercer verbo, destecnologizar, incorpora cierta dimensión provocadora. Si tengo que enunciar el argumento de manera más mesurada, diré que creo que estamos en la obligación de analizar críticamente cuál es la condición de muchas de las tecnologías que el sistema nos regala, no vaya a ser que no exhiban esa naturaleza liberadora y emancipadora que a menudo les atribuimos, o no vaya a ser que no resulten tan neutras como parecen.

Por lo que se refiere al cuarto de los verbos, despatriarcalizar, no está de más que recuerde que los espacios autónomos que reivindico varias veces en esta obra han progresado a menudo notablemente en materia de autogestión y desmercantilización, para conservar, sin embargo, e infelizmente, muchos de los rasgos propios de la sociedad patriarcal. Creo que, a la luz de datos como los que mencioné antes en lo que atañe a la presencia de la pobreza y del analfabetismo entre las mujeres en todo el planeta —agregaré ahora que según una estimación estas realizan el 67 por ciento del trabajo para recibir un escuetísimo 10 por ciento de la renta—, está servida la conclusión de que se equivocan quienes piensan que se halla en afortunado proceso de resolución la atávica marginación, simbólica y material, que padecen la mayoría de las mujeres en

todo el globo.

El quinto verbo invoca la necesidad de descomplejizar —ya me he referido a ello— nuestras sociedades. Hemos aceptado sociedades cada vez más complejas, con un correlato delicado: cada vez somos más dependientes. En virtud de una excelsa paradoja, muchos de los desheredados de los países del Sur se encuentran mejor preparados para afrontar el colapso que se avecina: residen en pequeñas comunidades, han mantenido una vida social más rica que la nuestra, han preservado una relación mucho más fluida con el medio natural y son, al cabo, mucho más independientes. Si queremos recuperar independencia, inevitablemente tendremos que apostar por sociedades menos complejas.

He hablado, en suma, de la urgencia de descolonizar mentes y sociedades. En el Norte rico tenemos que dejar atrás la pretensión de disponer de una civilización superior que debe ser impuesta a los demás, y, con ella, debemos prescindir de los numerosos códigos etnocéntricos que nos acompañan. Lo anterior reclama reflexionar críticamente sobre la historia pasada y subrayar al respecto el vigor de las muy numerosas comunidades indígenas que desde tiempo inmemorial, y en los cinco continentes, han desplegado prácticas de apoyo mutuo y autogestión. Y exige también restituir lo robado, garantizar el derecho de autodeterminación de los afectados y, en muchos ámbitos —lo repito—, aprender de ellos.

En los últimos tiempos, y creo que por razones obvias, he procurado agregar un séptimo verbo: desmilitarizar. La guerra de Ucrania, por un lado, y el auge de un proyecto militarista en Estados Unidos y en la UE —cierto es que China y Rusia no van a la zaga en este terreno — se han traducido en un incremento planetario del gasto en defensa, en negocios prósperos para las industrias de armamentos y en intervenciones que ya no precisan la etiqueta, edulcoradora, de humanitarias. En este contexto se impone recuperar muchos de los criterios majeados por el antimilitarismo y el pacifismo de siempre, prematuramente dejados de lado dos o tres décadas atrás.

Las percepciones populares sobre el colapso

Hay que prestar atención a las percepciones populares en relación con el colapso. La primera de ellas, muy importante, consiste sin más en negar el riesgo de este último; al respecto el discurso negacionista promovido por muchas grandes empresas a buen seguro que ha surtido sus efectos. Una segunda reacción asume la forma de una fe ciega en que los hechos discurrirán de manera razonable, en que los problemas tendrán un relieve limitado y en que disponemos de mecanismos suficientes para afrontarlos. En un tercer escalón, la fórmula anterior se vuelca en el caso preciso de la tecnología, de la mano de la afirmación de que inexorablemente aparecerán nuevas tecnologías que nos permitirán afrontar problemas que hoy se antojan inabordables. La cuarta reacción no es otra que la vinculada con el carpe diem, esto es, con la idea de que, sean cuales sean los problemas que puedan presentarse, la única reacción razonable ante ellos consiste en vivir al día y procurar disfrutar del momento; el carpe diem implica que no debe interesarnos aquello que está, mal que bien, alejado en el tiempo o en el espacio. Hay una quinta respuesta que coloca en el núcleo de la discusión el concepto de culpa, en el buen entendido de que se sirve de él de dos maneras diferentes. La primera tiene cierto carácter escatológico y viene a señalar que la especie humana ha pecado, de tal suerte que el colapso no es sino el castigo que merecemos por nuestra conducta; la segunda sugiere, en cambio, que la resolución de los problemas derivados del colapso debe recaer en quienes de manera expresa son los causantes del fenómeno, esto es, los gobiernos, las fuerzas armadas o las grandes empresas. Esta segunda forma de encarar el concepto de culpa viene a concluir que la gente común no tiene ninguna responsabilidad en la gestación de esos problemas. La sexta y última de las reacciones estima que es previsible que nuestra reacción ante el colapso se ajuste en un grado u otro a la que solemos asumir cuando fallece un ser querido. Al respecto se ha invocado muchas veces la reflexión de Elisabeth Kübler-Ross, quien en su momento identificó cinco fases vinculadas con el duelo derivado de la muerte de los seres queridos: la negación, la angustia, la adaptación, la depresión y, al cabo, la

aceptación.

Las cosas como fueren, parece que hay que extraer dos grandes conclusiones. La primera sugiere que los habitantes de los países ricos mostramos una nula disposición a renunciar a nuestros niveles de consumo y, en su caso, a las señales que dan cuenta de nuestro status social. La segunda apunta que apenas tomamos en consideración los derechos de los integrantes de las generaciones venideras, de muchos de los habitantes de los países del Sur y de los miembros de las demás especies con las que sobre el papel compartimos el planeta.

El colapso: probabilidades más que certezas

La discusión relativa a un posible colapso general es, de cualquier modo muy compleja. Las razones que pueden esgrimirse al respecto son varias. La primera señala que deberíamos ponernos de acuerdo en lo que respecta al significado preciso de la palabra colapso, tarea en modo alguno sencilla. En segundo lugar, aunque es verdad que en el debate correspondiente participan muchos científicos, por definición se trata de expertos en áreas precisas, de tal suerte que aunar sus conocimientos se antoja de nuevo una tarea extremadamente compleja. En un tercer escalón, la discusión correspondiente reclama el empleo de conocimientos prolijos y dispersos que se derivan de materias tan dispares como los desarrollos tecnológicos, la naturaleza de los sistemas financieros o los conflictos bélicos en curso. En cuarto lugar, conviene subrayar que el objeto de estudio tiene un carácter cambiante, de tal forma que lo que hoy puede ser cierto igual dejará de serlo en tres o cuatro años. Para cerrar el panorama, por detrás operan anteojos ideológicos que marcan poderosamente las reflexiones. Si alguien cree en el capitalismo y en sus reglas, tenderá a descartar que ese sistema en el que cree pueda colapsar; si, por el contrario, descree del capital y de sus juegos, la posición correspondiente será mucho más propicia a aceptar el horizonte de un colapso general.

Al margen de todo lo anterior, debo subrayar que se van acumulando los datos que invitan a concluir que las instituciones, de la naturaleza más dispar, no están haciendo los deberes. Propondré un ejemplo al respecto. En la década de 2010 el Panel Intergubernamental de Expertos en el Cambio Climático, esa instancia generada al calor del sistema de Naciones Unidas, señaló que si en el decenio siguiente hacíamos los deberes podríamos esquivar una subida de dos grados, en relación con los niveles característicos de la era preindustrial, en la temperatura media del planeta. En el momento en el que estas líneas se escriben han transcurrido ya casi cinco años de la década afectada, y no parece que lleguen noticias que inviten a concluir que estamos haciendo efectivamente esos deberes. La Unión Europea, que se presenta como el adalid fundamental de las políticas de contestación del

cambio climático, ha decidido privilegiar una vez más el crecimiento económico frente al tratamiento serio de las cuestiones medioambientales. Y el Gobierno español, que se autodescribe como el más progresista de la historia, no duda en seguir empleando el producto interior bruto como baremo fundamental de la deriva de la economía.

Respuestas ante el colapso

En los circuitos alternativos la perspectiva del colapso provoca como poco dos reacciones diferentes. La primera es crudamente realista y nos dice que no nos queda más remedio que aguardar a que llegue el momento del colapso en cuestión. Este —se aduce— permitirá que muchas personas tomen nota de la sinrazón de sus vidas y de los que se antojan sus deberes para el futuro. Semejante respuesta arrastra, claro, sus problemas. Si, por un lado, exhibe cierto carácter desmovilizador, por el otro parece ignorar que el colapso se traducirá, por definición, en una reducción dramática de nuestra capacidad para encarar problemas ingentes.

La segunda reacción sugiere que la mayor prioridad del momento debe consistir en salir con urgencia del capitalismo, y que lo que al respecto hoy está a nuestro alcance es abrir espacios autónomos autogestionados, desmercantilizados y, ojalá, despatriarcalizados. Importa subrayar que esos espacios existen ya. Estoy pensando en lo que significan los grupos de consumo, muchas de las ecoaldeas, las cooperativas integrales, las formas de banca ética y social que han ido germinando o, por dejarlo ahí, las iniciativas que han permitido que los trabajadores se hagan, en régimen autogestionario-cooperativo, con el control de empresas que se hallaban al borde del cierre. Es importante, eso sí, que todos estos proyectos hagan un esfuerzo para federarse, o para confederarse, y que acrecienten al tiempo su dimensión de confrontación con el capital y con el Estado. Pervive, aun con ello, una discusión relativa a para qué van a servir los espacios de los que hablo. Mientras unos, a tono con algo que ya he señalado en lo que hace a la perspectiva del decrecimiento, responden que su cometido fundamental seguirá siendo pelear para evitar el colapso, otros entienden, en cambio, que su sentido mayor será el de configurar escuelas que nos permitan afrontar los retos de la sociedad poscolapsista.

Construir la sociedad poscolapsista

Las cosas como fueren, es difícil eludir una pregunta principal: ¿vamos a esquivar un colapso general? En mi intuición —subrayo que se trata de eso, de una intuición—, la respuesta es no. Lo que está a nuestro alcance es mitigar algunas de las consecuencias más letales de ese colapso y postergar un poco en el tiempo su manifestación. Debo confesar —lo hago siempre— que este segundo horizonte, lo de postergar esa manifestación en el tiempo, no acaba de convencerme. Al respecto lo que me ronda en la cabeza es el título, moderadamente humorístico, de un libro de un norteamericano llamado John Michael Greer. En una imaginable traducción castellana ese título rezaría Colapse ahora y evite aglomeraciones.

Entiendo que lo que hay por detrás de la tesis de Greer es la idea, fundamental, de que, si inexorablemente vamos a colapsar, lo lógico es que pongamos ya manos a la tarea de construir la sociedad poscolapsista, ahora que el cambio climático no ha hecho sentir todavía sus consecuencias más negativas, y ahora que contamos todavía con materias primas en cantidades razonablemente importantes. Al margen de lo anterior, lo suyo es subrayar que la mayoría de los colapsos registrados en el pasado tuvieron consecuencias saludables en lo que hace a desjerarquización, rerruralización y autonomía local. No solo se trata, con todo, de eso: merced al debilitamiento de las instancias de poder tradicional, el colapso puede liberarnos de muchas de las restricciones que hoy operan en lo que respecta a dos materias tan importantes como son la propiedad privada y la deuda.

Un optimismo moderado

Dos grandes razones alimentan lo que describiré como un optimismo moderado. La primera se vincula con las numerosas incógnitas que rodean, en los países del Norte, a la respuesta de la población ante las señales, que cabe intuir serán cada vez más claras, de un colapso general. Los grupos de apoyo mutuo que proliferaron en tantos lugares en los momentos iniciales de los confinamientos de la primavera de 2020, ¿no anuncian, siquiera cautelosamente, que una parte significada de la población es consciente de que ante problemas gravísimos no queda otro horizonte que el que aconseja procurar respuestas colectivas y solidarias? En la mayoría de los casos, y por añadidura, esos grupos no fueron perfilados por activistas de los movimientos sociales críticos. Surgieron, antes bien, de resultas de la iniciativa de gentes de a pie, honestamente preocupadas por los problemas que atenazaban a sus vecinas y vecinos.

La segunda de las razones que anunciaba subraya que en muchos escenarios de los países del Sur perviven con fortaleza culturas precapitalistas que plantean obstáculos serios en el camino de la mercantilización de todas las relaciones, y en el del individualismo extremo, que alienta el sistema hoy existente. En algunos lugares esas culturas han iniciado interesantes procesos de fusión con iniciativas de carácter orgullosamente anticapitalista. Entiendo que eso es lo que ha ocurrido, por rescatar dos ejemplos, en Chiapas, en México, en el último cuarto de siglo, y en Rojava, esa franja de territorio mayoritariamente poblada por kurdos y emplazada en el norte de Siria, en tiempos más recientes. Con las contradicciones y limitaciones que queramos, en ambos casos —el del zapatismo y el del confederalismo democrático— han cobrado cuerpo economías autogestionario-cooperativas que recelan de la institución Estado, que rechazan por igual lo que significan el capitalismo liberal y el socialismo de cuartel, que han colocado a las mujeres en el meollo del proceso de emancipación, que muestran un empeño singular en preservar sabidurías ancestrales y que, en fin, exhiben un respeto puntilloso en lo que hace al medio natural y sus reglas. Haríamos bien —creo— en mirarnos en el espejo de esas gentes.

Decrecimiento y pandemia

Permítaseme que recoja aquí algunas apreciaciones vinculadas, en un grado u otro, con la relación presumiblemente existente entre la perspectiva del decrecimiento y la pandemia que se abrió camino en la primavera de 2020. Lo primero que quiero subrayar es que pareciera como si en esa primavera se hubiese verificado una inversión del peso de los dos tipos de factores que he vinculado con el horizonte del colapso: mientras, por un lado, el cambio climático y el agotamiento de las materias primas perdieron peso, lo ganaron, en cambio, los fenómenos que tildé unas líneas más arriba de secundarios, aun cuando en relación con estos últimos me permitiese anunciar, eso sí, que podían oficiar como multiplicadores de las tensiones. Debo recordar, en relación con los dos grandes factores invocados, que en esa primavera se redujo de manera sensible la contaminación planetaria, menguó el consumo de combustibles fósiles y experimentó un freno manifiesto el activo proceso de turistificación que había cobrado cuerpo en las dos o tres décadas anteriores.

En paralelo, y sin embargo, asistimos a un engrosamiento de una bola en la que se daban cita la crisis demográfica, la social, la de los cuidados, la financiera y la sanitaria, con secuelas que parecían situarnos en la antesala del colapso. No está de más que recuerde, aun con todo, que en la primavera citada corrió por ahí una llamativa estimación que concluía que la reducción de la contaminación operada en China de resultas del freno experimentado por el crecimiento económico del país estaba llamada a salvar 77.000 vidas, una cifra que casi multiplicaba por veinte la de las víctimas oficialmente reconocidas, cierto que polémicas, en ese país por efecto del coronavirus.

Pero la pandemia dio alas a otro debate que alguna relación guarda con la perspectiva del decrecimiento. Me refiero al que se nutrió de la idea de que la condición de las sociedades comunitario-tradicionales habría constituido una defensa muy sugerente frente a la expansión del coronavirus. Al respecto se subrayó, sin ir más lejos, y por ejemplo, que en esas sociedades no había, o tenían una

presencia menor, residencias de ancianos, de tal suerte que viejitas y viejitos viven y mueren en sus hogares, con una carga que recae fundamentalmente —conviene recordarlo— sobre las mujeres. Se señaló también que en esas sociedades las gentes suelen recelar del sistema sanitario y de sus prestaciones, con lo cual habrían asumido una suerte de autoconfinamiento espontáneo mucho más eficiente que los confinamientos oficiales, jerarquizados, autoritarios y represivos. ¿No será que las sociedades avanzadas, con sus parafernalias tecnológicas, se encuentran, paradójicamente, más desprotegidas en determinados ámbitos que aquellas que tendemos a describir como primitivas y atrasadas?

Una visible aceleración

En los últimos años hemos asistido a una visible aceleración de muchos procesos. Empezaré mi recorrido por la pandemia, que demostró que es posible alentar un formidable ejercicio de servidumbre voluntaria de poblaciones enteras. En un segundo escalón, en el otoño de 2021 se hicieron valer varias noticias que daban cuenta de elementos relativamente novedosos: problemas en el suministro de materias primas energéticas, cortocircuitos en muchos procesos económicos, financieros y comerciales, y subidas espectaculares en los costos de transporte de las mercancías. Por no hablar de ese globo sonda que emergió en Austria, en ese mismo otoño, y que señalaba que en adelante las unidades del ejército local se aprestaban a alcanzar una plena autonomía en energía y en agua con la vista puesta en hacer frente a un posible apagón general y acudir en socorro de la población civil. El tercer escalón lo proporcionó la guerra de Ucrania, de difícil engarce en este esquema de análisis. Parece evidente, de cualquier modo, que tras esa guerra hay una disputa relativa a materias primas energéticas cada vez más escasas, probablemente despunta la consolidación de dos líneas de generación del valor —la occidental y la rusochina— y ha quedado demostrado, si falta hacía, que no hay imperio bueno; quien no se haya percatado de las condiciones del juego norteamericano en Ucrania anda muy ciego ante la realidad, de la misma manera que quien piense que hay algún proyecto de justicia y de solidaridad en la Rusia de Putin y en la China de Xi Jinping está también muy fuera del mundo. Tal y como ya lo he señalado, la guerra de Ucrania ha sido elemento fundamental de estímulo, en fin, de un activo proceso planetario de militarización.

Si a principios de 2020, antes del inicio de la pandemia, me hubieran preguntado si creía firmemente en el riesgo de un colapso general del sistema, hubiera respondido que sí, en el buen entendido de que probablemente habría agregado que en razón de mi edad no iba a contemplar ese colapso. Las cosas como van, me veo obligado a modificar, sin embargo, esta última conclusión, y a hacerlo en la convicción de que quienes afirman que el colapso es lo que tenemos ya delante de los ojos no andan muy desencaminados.

El ecofascismo

No es cierto que el capitalismo carezca de respuestas ante el colapso. Ocurre, eso sí, que la que probablemente se halla en ciernes es, en sí misma, una forma de colapso. Me refiero a lo que en determinados circuitos empieza a llamarse ecofascismo. Ya sé que el término resulta moderadamente sorprendente, toda vez que estamos acostumbrados a concluir que el prefijo eco- acompaña siempre a realidades saludables o, al menos, neutras. Bueno será que recuerde, sin embargo, que en el Partido Obrero Alemán Nacional Socialista, el partido de Hitler, operó un activo grupo de presión de vocación ecológica, empeñado en defender la vuelta al mundo rural, en criticar las consecuencias negativas derivadas de la urbanización y de la industrialización, y, llegado el caso, en postular el despliegue de prácticas vegetarianas.

Muchas veces he recomendado la lectura de un libro de un periodista alemán llamado Carl Amery. En la versión castellana la obra se titula Auschwitz. ¿Comienza el siglo XXI? La tesis principal que abraza Amery en esas páginas sugiere que estaríamos muy equivocados si concluyésemos que las políticas que abrazaron los nazis alemanes casi un siglo atrás remiten a un momento histórico singularísimo, coyuntural y, por ello, afortunadamente irrepetible. Amery nos exhorta, antes bien, a estudiar en detalle esas políticas. ¿Por qué? Porque bien pueden reaparecer en los años venideros, no defendidas ahora por ultramarginales grupos neonazis, sino postuladas por algunos de los principales centros de poder político y económico, cada vez más conscientes de la escasez general que se avecina y cada vez más firmemente decididos a preservar esos recursos escasos en unas pocas manos en virtud de un ambicioso y criminal proyecto de darwinismo social militarizado, esto es, de ecofascismo.

En el núcleo de la propuesta ecofascista está, al cabo, la idea de que en el planeta sobra gente. De resultas, se trataría de marginar a quienes sobran —esto ya lo hacen—, en la versión más moderada, o de exterminarlos directamente, en la más dura. No me resisto a afirmar que la pandemia, de la mano de los instrumentos represivos

que a su amparo se desplegaron, aportó a buen seguro datos interesantes en lo que respecta al asentamiento de estrategias represivas de vocación ecofascista. El ejercicio de servidumbre voluntaria al que se entregaron poblaciones enteras —lo he mencionado hace poco— arroja luz sobre la previsible conducta de muchas gentes eventualmente dispuestas a renunciar a privilegios, derechos y libertades para garantizar su presencia en el grupo de los elegidos.

El escenario del ecofascismo

Hay que prestar atención a algunos de los datos que prefiguran el escenario característico del ecofascismo. Lo primero que debo subrayar es que en el transcurso del último cuarto de siglo se han hecho valer varias circunstancias que allanan el camino del proyecto correspondiente. Estoy pensando en los atentados del 11 de septiembre de 2001, con la parafernalia antiterrorista acompañante, en la crisis de 2008, de la mano de la consolidación del capitalismo financiero y bancocrático, o en la pandemia recién mencionada.

Me interesa subrayar, de cualquier manera, que el ecofascismo no debe vincularse, o no debe vincularse en primera instancia, con las propuestas de lo que comúnmente se llama extrema derecha. Remite, antes bien, a la actitud y a los intereses de segmentos importantes de las elites dirigentes, de tal suerte que es perfectamente imaginable que en su diseño se den cita, por ejemplo, liberales y socialdemócratas. Por lo demás, y a diferencia de lo que suele ocurrir con las propuestas de la extrema derecha, el ecofascismo no tiene un carácter negacionista: parte, antes bien, de la certificación del relieve ingente de la cuestión ecológica.

Pareciera, y doy un paso más, como si por detrás lo que se verificase fuese una ampliación del proyecto que los nazis desplegaron en la Europa oriental. Hablo de un proyecto encaminado a germanizar Polonia, Bielorrusia y Ucrania, a través del exterminio, de la expulsión, del traslado de poblaciones, de la expropiación y de diversas formas de limpieza étnica que permitiesen abrir el territorio correspondiente a la llegada de alemanes. En el caso del ecofascismo contemporáneo esa apuesta acarrearía una ampliación sensible del ámbito geográfico de despliegue de las políticas correspondientes.

Ya he llamado la atención, en fin, sobre el hecho de que el ecofascismo, antes que una respuesta ante el colapso, es una forma más de este último. Si por detrás está el designio de reducir sensiblemente el tamaño de la población humana en el planeta,

parece servida la conclusión de que el resultado de ese proyecto no es —lo reitero— sino una forma de colapso, en el buen entendido de que esa manifestación de este último se inspira en códigos diferentes de los propios de un colapso de raíz fundamentalmente ecológica.

¿Ecofascismo o ecofascismos?

Conviene precisar algunos de los rasgos de lo que entiendo que es, o puede ser, el ecofascismo. El primero de esos rasgos aconseja identificar las razones que justificarían la irrupción de este proyecto. Creo que en sustancia son tres: mitigar los costos ingentes derivados del cambio climático, mejorar las cuentas de resultados de un puñado de grandes empresas y reducir los riesgos que afectan al mundo occidental y a su primacía planetaria. El proyecto correspondiente bien puede ver la luz, por lo demás, en el marco de sistemas autoritarios de uno u otro cariz o al amparo de las propias democracias liberales. Al respecto de este último horizonte creo que hay que prestar singular atención al escenario israelí, que es el de una democracia liberal hacia dentro acompañada de una apuesta genocida hacia fuera. La dimensión represiva se antoja, de cualquier modo, decisiva en la configuración de un proyecto que debe permitir la selección de quiénes deben salvarse, el acallamiento de las disidencias que puedan presentarse, el aprovechamiento de las posibilidades que se abren al calor de los conflictos, el fortalecimiento de las prestaciones del sistema carcelario, la militarización de escuelas y medios de incomunicación, y, en fin, el despliegue de formas inéditas de control como las vinculadas con lo que ha dado en llamarse videovigilancia.

En lo que respecta a la población, aunque ya he apuntado dos horizontes posibles —la marginación y el exterminio de las poblaciones sobrantes—, no conviene descartar un tercero que cobraría cuerpo al amparo de las consecuencias previsibles de un colapso general. Si este último, y aceptemos la metáfora, acarreará un regreso a muchas de las condiciones tecnológicas características del siglo XIX, la consecuencia parece servida en la forma de un empleo, conforme a criterios que recuerdan a los de la esclavitud tradicional, de una mano de obra humana que recuperará buena parte del peso perdido. En la trastienda se revelarán las reglas del intercambio desigual, bien conocidas desde tiempo atrás al amparo del juego colonial. Pienso en la supeditación de los recursos a los intereses del colonizador, en la apropiación de las materias primas locales, en la expansión de los proyectos extractivistas, en la

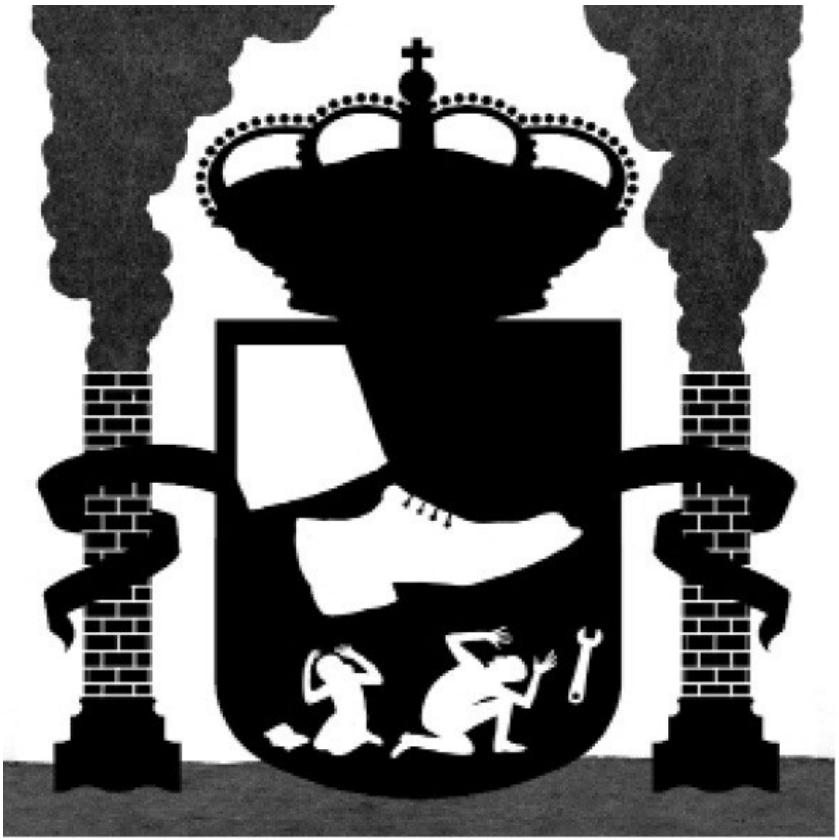
explotación de la mano de obra indígena y en la supresión de las economías autóctonas en provecho de otras volcadas al servicio de las metrópolis. Si alguien piensa que lo anterior es un ejercicio de imaginación desbordante, me veré obligado a recordar lo ocurrido en los tres últimos cuartos de siglo en Palestina, en la forma de expulsiones, acoso, explotación, ocupación, muros, militarización, ahogamiento económico, arrogancia, criminalización del agredido, violación de todas las normas legales, expansión de las cárceles, tortura, asesinatos, robo de recursos, racismo y apoyo no ocultado a lo colonización occidental. En una única palabra: genocidio.

Tiene sentido, por lo demás, que plantee una disyuntiva entre los términos ecofascismo y ecofascismos. El primero, en singular, remitiría a un proyecto de naturaleza global en el que se darían cita elites del Norte y del Sur, norteamericanos y chinos, liberales y socialdemócratas. Aunque el panorama contemporáneo invita a restar crédito a este horizonte, bien pueden cambiar las cosas rápidamente. La otra perspectiva, la de ecofascismos en plural, nos habla de fórmulas que surgirían al calor de los Estados-nación y de los proyectos imperiales eventualmente acompañantes. Este es el horizonte que parece más hacedero en un momento como el presente.

En lo que respecta a otra materia importante, la de la relación entre mujeres y ecofascismo, parece que este último está llamado a exacerbar los problemas vinculados con la violencia, el trabajo y la deuda al amparo de una proliferación de las más diversas manifestaciones de la primera: la física, la sexual, la emocional, la económica y la ideológica. El concepto de capitalismo gore desarrollado por Sayak Valencia viene como anillo al dedo para retratar el escenario que me ocupa.

Remataré estas consideraciones con el recordatorio de una excelsa paradoja: al abrigo del ecofascismo quienes son los mayores responsables del colapso que probablemente se avecina serán quienes procuren castigar a quienes menos responsabilidad arrastran al respecto. Bueno será que recuerde que el cambio climático, provocado fundamentalmente por las potencias del Norte, tiene sus consecuencias más dramáticas en el Sur planetario, que es por añadidura el origen principal de las migraciones

correspondientes. Entre 1850 y 2000 los países del Norte del planeta aportaron un 19 por ciento de la población al tiempo que protagonizaban, sin embargo, un 73 por ciento de las emisiones de CO_2. En 2014 Estados Unidos era responsable de un 27 por ciento de las emisiones acumuladas de este último, por un 25 por ciento de la Unión Europea, un 11 por ciento de China y un 8 por ciento de Rusia.



Disputas terminológicas

En el epílogo a la tercera edición de mi libro Ecofascismo incluí algunas apreciaciones sobre la idoneidad del término en cuestión. Las recojo aquí no sin antes señalar que a mi entender las más de las veces las quejas expresadas al respecto no impugnan el concepto aun cuando recelen de su concreción verbal.

La primera de esas quejas señala que es preferible hablar sin más de fascismo, de tal forma que el prefijo eco- sobraría. Aunque esta manera de ver las cosas tiene su interés, desde mi punto de vista olvida, o al menos esquiva, la dimensión ecológica específica que correspondería al fenómeno objeto de consideración. Creo, por añadidura, que la expansión del concepto de ecofascismo puede permitir que muchos antifascistas presten atención singularizada —a mi entender comúnmente no lo hacen— a esa dimensión de la que hablo, que en modo alguno niega las restantes que forman parte del acervo del fascismo de siempre.

La segunda queja recuerda lo que, por otra parte, se antoja innegable: durante un tiempo el adjetivo ecofascista fue empleado, casi en exclusiva, por gentes que, situadas en la derecha política, a su amparo deseaban afear la conducta de muchos ecologistas empeñados en establecer normas severas encaminadas a proteger el medio natural. Me parece que inmediatamente se hace evidente que el empleo de ese adjetivo tal y como se revela aquí devuelve la pelota al adversario y, mal que bien, viene a sugerir que los ecofascistas son, o pueden ser, por acción o por omisión, algunos de quienes utilizaban el adjetivo como fácil descalificación mediática.

Una tercera queja, o crítica, sugiere que el término ecofascismo es en exceso duro y dificulta una comunicación suave, tranquila y fluida de ideas. La réplica en este caso es sencilla: lo que es dura es la realidad que ese término pretende retratar. Esto aparte, lo suyo es que recuerde que en los últimos años han salido adelante, cierto que no sin controversias, vocablos que también recibían el calificativo de duros, como es el caso del que se refiere a la perspectiva del decrecimiento o del que anuncia un más que posible

colapso.

Hay, en cuarto lugar, gentes que parecen pensar que existen palabras puras y limpias que retratan realidades que exhiben la misma condición, de tal manera que de estas últimas nada malo puede decirse. Entre esas palabras estarían las encabezadas por el prefijo eco- antes mencionado. Creo que en esta obra he aportado pruebas que dan cuenta de usos nada benignos de la ecología, como el que asumieron determinados segmentos del aparato de poder nacionalsocialista en Alemania (no quiero olvidar, eso sí, que son muchas las disputas relativas a las eventuales diferencias de enfoque y de valores que rodearían a la ecología y al ecologismo). El argumento que gloso ahora me trae a la memoria algunos usos esencialistas de la palabra nacionalismo —por detrás de ella no habría sino virtudes— o, por qué no, y me refiero a algo que ocurre en el mundo anarquista/libertario, la inferencia de que la autogestión es siempre un proceso saludable, incluso cuando —cierto es que no se trata de un horizonte frecuente— la propuesta correspondiente es defendida interesadamente por determinado empresariado de vocación innovadora. Al fin y al cabo, y desde cierta perspectiva, tras asumir que aunque es razonable concluir que el ecologismo a duras penas puede ser fascista, habrá que admitir al tiempo, sin embargo, que el fascismo sí puede exhibir una dimensión ecológica.

No quiero olvidar, en un quinto escalón, que no faltan los colegas que, especializados en áreas de conocimiento muy precisas, no desdeñan el buen sentido de las teorizaciones que se vinculan con el vocablo ecofascismo aun cuando sostienen que este último no es afortunado. Aunque —reitero el argumento— no hay ningún término perfecto para retratar nada, lo suyo sería que estos colegas se esforzasen en perfilar alguno alternativo al de ecofascismo, tanto más cuanto que parecen partir de la certeza de que el fenómeno objeto de consideración no tiene precisamente un relieve menor.

Me permito incluir aquí, en fin, en sexto y último lugar, lo que entiendo que en los hechos es una humorada. Alguien me dijo un buen día que al hablar de ecofascismo no estaba haciendo otra cosa que dar ideas al enemigo. Sabido es que cada mañana, nada más levantarse, Bill Gates y Elon Musk, antes de lavarse la cara, acuden

presurosos a leer lo que he colgado en Facebook y en Twitter. La condición de Gates y de Musk es, en cualquier caso, muy diferente de la de aquel detractor que adujo que en los tiempos que corren despunta un desafortunado abuso en el empleo de los términos fascismo y fascista. Comoquiera que yo le preguntase si al formular ese comentario estaba pensando también en mis consideraciones sobre el ecofascismo y que mi interlocutor no dudase en responder afirmativamente, interpelado de nuevo confesó que no tenía conocimiento alguno del perfil preciso de esas consideraciones. Ojo con los expertos en abusos.

Tres consejos

Me permito transmitir al lector tres consejos. El primero sugiere la conveniencia de que de vez en cuando se tome la molestia de ponerse las gafas del colapso. Y de hacerlo a efectos de calibrar las consecuencias de este en términos de la vida cotidiana o en lo que respecta a las grandes tesituras planetarias. Propongo un ejemplo que da cuenta de las posibles ventajas derivadas de esa práctica: quien escribe estas líneas creció en la idea de que la gran tragedia de la vida económica rural gallega era el minifundio, el hecho de que la propiedad de la tierra esté tan fragmentada que las explotaciones a duras penas dan para vivir. No deseo ignorar en modo alguno que el minifundio estuvo en el origen de la emigración de muchos gallegos. Pero debo subrayar que en el escenario del colapso se convierte, no sin paradoja, en una bendición, en la medida en que es la antítesis del monocultivo: quien tiene una leira, una pequeña explotación, coloca en ella patatas, tomates, grelos, nabiza, cebollas y repollo. Hace unos años presenté uno de mis libros, Iberia vaciada, en Jaén, en Andalucía. Me permití preguntar a mis amigos y amigas jienenses qué es lo que iban a comer en el escenario del colapso: ¿aceitunas? Debo subrayar que el debate correspondiente no es para dentro de 30 o 50 años: tiene que estar ya sobre la mesa. Y nunca mejor dicho.

Va la segunda de esas recomendaciones. Cuando hablo de estas materias por ahí adelante procuro subrayar la conveniencia de desarrollar estudios serios y multidisciplinares en lo que hace a las consecuencias previsibles del colapso en el lugar —un pueblo, una comarca, una región— en el que me encuentro. Esos estudios pueden ser muy reveladores y llamar la atención sobre elementos a los que hoy no dedicamos mayor tiempo. Si una ciudad que se encuentra en una encrucijada de caminos, que cuenta con superficies agrícolas importantes a su alrededor, que disfruta de agua en abundancia y que tiene un carácter más bien vetusto y tradicional depende de manera visible, sin embargo, de la industria del automóvil es harto difícil que su colapso pueda ser razonablemente llevadero.

Me hago eco de la tercera y última circunstancia. Voy a partir de la certeza de que muchos de los conceptos que desde tiempo atrás nos han servido para ordenar nuestros conocimientos y nos han otorgado una aparente comprensión del mundo en el que estamos van a dejar de sernos útiles. De resultas, nos vamos a ver en la obligación de buscar otros nuevos en condiciones que no son precisamente las mejores. La búsqueda de esos nuevos conceptos será singularmente urgente cuando tengamos que enfrentarnos, por ejemplo, al tecnooptimismo imperante. Este último marca muchas percepciones que dan por descontado que aparecerán nuevas tecnologías que nos permitirán resolver todos nuestros problemas sin explicar al tiempo de dónde va a salir la energía que permitirá poner en funcionamiento esas tecnologías.

Las crisis del capitalismo terminal

Hace unos años se publicó en Francia un libro en cuyo propio título el autor subrayaba las semejanzas existentes entre la crisis de 1929 y la de los últimos tiempos. A buen seguro que cuando el responsable de ese texto echaba mano de tal comparación en modo alguno deseaba transmitirnos un mensaje tranquilizador. No olvidemos que la crisis de 1929 estuvo en el origen del asentamiento de los fascismos en la Europa del decenio siguiente, como estuvo en el origen —si así lo queremos— de la Segunda Guerra Mundial.

Y, sin embargo, y al menos en una de sus dimensiones importantes, la comparación se queda coja. ¿Por qué? Nos hemos acostumbrado a hablar de la crisis en singular para identificar la vertiente financiera de esta última y estamos olvidando a menudo que en la trastienda hay otras crisis, ahora en plural. ¿En qué estoy pensando? En el cambio climático, una realidad que está ya ahí y que no tiene ninguna consecuencia saludable; en el encarecimiento inevitable, en el medio y en el largo plazo, de los precios de la mayoría de las materias primas que empleamos; en un escenario social extremadamente delicado; en la degradación de la situación de tantas mujeres; en la explosión demográfica que afecta a regiones enteras; en la prosecución del expolio de los recursos humanos y materiales de los países pobres; en el espasmo imperial que se revela en Estados Unidos y en otros lugares, o, y por dejarlo ahí, en las muy diversas secuelas que está llamada a dejar la pandemia que se hizo valer en 2020. Si cada una de esas crisis es inquietante por sí sola, la combinación de todas ellas resulta literalmente explosiva.

Los últimos decenios se han caracterizado por una formidable expansión del proyecto neoliberal. A su amparo, y en virtud de la llamada desregulación, han ido desapareciendo las normas que en el pasado permitieron ejercer algún tipo de control sobre los capitales y en la Europa occidental facilitaron el asentamiento, tras la Segunda Guerra Mundial, de los llamados Estados del bienestar. Gracias a estos, y siempre dentro del juego capitalista, se posibilitó

en muchos países de la Europa occidental la consolidación de determinados derechos sociales, laborales y sindicales. El auge neoliberal a partir del decenio de 1980 se tradujo, sin embargo, en agresiones frontales contra los Estados del bienestar. No solo eso: permitió, con el paso del tiempo, y en el marco general de la globalización, la consolidación de prácticas especulativas y el desvío en provecho de estas últimas de buena parte de los recursos que antes, y mal que bien, alimentaban la producción y los servicios.

Las reglas de este juego macabro, que ha conducido a un visible empeoramiento de la situación de muchas personas en el Norte rico, han sido abrazadas también por fuerzas políticas de cariz socialdemócrata. La distinción entre neoliberales y socialdemócratas bebió inicialmente de la idea de que para los primeros debía cancelarse todo tipo de intervención pública en la economía, o poco menos, mientras para los segundos, en la línea de los Estados del bienestar, había que preservar determinadas intervenciones encaminadas a garantizar derechos básicos y a corregir los excesos mayores del capitalismo. Semejante distinción ha ido diluyéndose, sin embargo, en la nada en provecho de proyectos de cariz claramente neoliberal. A tono con lo que he señalado unas líneas más arriba, en los últimos tiempos hemos visto cómo gobiernos formalmente socialdemócratas —así, algunos de los españoles— procedieron a reducir el gasto público en sanidad y en educación, no porque ese gasto fuese injustificadamente alto, sino para hacer frente a los desmanes generados por la especulación y la desregulación.

En este escenario, y vuelvo al principio, tiene sentido que me pregunte qué respuestas ha suscitado, en los últimos años, la crisis múltiple antes descrita. Distinguiré tres.

1. La primera se ha revelado entre los gobiernos occidentales sin excepción, sea cual sea su orientación, neoliberal, liberal o socialdemócrata. Tiene su principal reflejo en los programas de rescate de instituciones financieras en crisis desplegados por todos esos gobiernos. En la esencia de esos programas está la idea, lamentable, de que quienes con sus operaciones especulativas causaron la crisis de 2008 deben verse ayudados con recursos

sustraídos, a través de los impuestos y de los recortes en salarios y pensiones, a quienes están padeciendo los efectos de esa crisis. Parece como si, para hacer frente a la crisis, se reflotasen los mismos mecanismos que nos han conducido a ella, en un impulso descaradamente neoliberal que en este caso, no sin paradoja, reclama el empleo de los recursos públicos al servicio de quienes antes decían rechazarlos orgullosamente.

Los sucesivos gobiernos españoles, sin ir más lejos, no dudaron en reducir el gasto público en sanidad y en educación, en congelar los salarios de los funcionarios y en modificar el régimen de las pensiones, mientras destinaban sumas millonarias a sanear cajas de ahorros al borde de la quiebra, amparaban amnistías fiscales, suprimían un impuesto —el del patrimonio— que gravaba ante todo a las rentas altas, subían otro —el del valor añadido— que no muestra ninguna vocación igualitaria y a duras penas luchaban contra el fraude fiscal y contra la evasión de capitales. Al margen de todo ello, mientras nuestros gobernantes mantienen en pie gigantescas inversiones en trenes de alta velocidad y en autopistas, harían bien en explicarnos, por ejemplo, quiénes podrán utilizar estas últimas dentro de un tiempo, cuando el litro de gasolina cueste 4, 6 u 8 euros. Muchas de estas dimensiones están llamadas a reaparecer, hoy, al calor del proceso de militarización al que asistimos.

2. La segunda respuesta ha cobrado cuerpo en el seno de las fuerzas de izquierda que rechazan el modelo neoliberal pero no parecen tomar nota de la hondura de la crisis ecológica que nos atenaza. Esta respuesta se asienta ante todo en una defensa de los Estados del bienestar y parece interpretar que el capitalismo es un sistema todavía recuperable siempre y cuando, claro, vuelva a la regulación del pasado. Semejante demanda, que pide regresar a la situación anterior a la crisis, resulta un tanto ingenua: el capitalismo parece haber seguido con firmeza otro camino —con el apoyo, ya señalado, de gobiernos formalmente socialdemócratas— y más bien se inclina por acabar con la mayoría de los elementos de los Estados del bienestar. La respuesta que me ocupa ignora, por lo demás, que estos últimos configuran una fórmula que solo ha adquirido peso en el Norte desarrollado y esquivan que, en el marco general de la crisis ecológica, la sola defensa de esos Estados, sin cambios

sustanciales en las reglas del juego, es inviable. Y es que cada vez se acumulan más datos para concluir que lo que está en crisis no es el capitalismo desregulado, sino el capitalismo en sí mismo, regulado o desregulado.

Nunca se subrayará lo suficiente, por otra parte, que los Estados del bienestar, al margen de configurar una forma de organización económica y social exclusiva del capitalismo, dificultan hasta extremos inimaginables el despliegue de prácticas de autogestión desde la base social, beben de la filosofía mortecina de la socialdemocracia y del sindicalismo de pacto, no han venido a liberar, como anunciaban, a tantas mujeres que son hoy víctimas de una doble o de una triple explotación, no muestran ninguna actitud solidaria para con los habitantes de los países del Sur y, en fin, no parecen exhibir ninguna conciencia clara de los retos que impone en sus diferentes manifestaciones la crisis ecológica.

3. La tercera respuesta, en suma, en la que se insertan muchos de los defensores del decrecimiento, parte de la certeza de que el capitalismo —como señalé en un capítulo anterior— se halla inmerso en una irremediable corrosión interna, de tal suerte que aspirar a su reforma en provecho de criterios más civilizados carece de sentido. Y carece de sentido tanto porque no es esa la intención de quienes dirigen el sistema actual como porque, aunque lo fuera, la crisis ecológica dibuja imperativos irrenunciables. Así las cosas, en esta posición se encuentran quienes reclaman salir con urgencia del capitalismo y quienes, conscientes de la debilidad de los movimientos contestatarios, prefieren esperar, sin más, que el colapso del sistema abra los ojos de muchos. Los primeros, y acaso una parte de los segundos, se inclinan por defender, de cualquier modo, una combinación de las luchas sociales y anticoloniales de siempre, por un lado, y de un combate ecológico orientado a garantizar en plenitud las posibilidades al alcance de las generaciones venideras, por el otro. En tal sentido, su proyecto no tiene el cariz institucional que muestra el que ofrece la izquierda tradicional —no aspira a recuperar o a reformar instituciones—, sino que se propone generar autogestionariamente espacios de autonomía en un escenario de demanda expresa de la aplicación de los frenos de emergencia, de cuestionamiento abierto de las formas de propiedad características del capitalismo y de defensa franca de

una radical redistribución de la riqueza al amparo de fórmulas de carácter colectivo.

Sobre el término decrecimiento

Se ha discutido mucho sobre si el término decrecimiento es el adecuado para describir lo que tengo entre manos en esta obra. Admitiré desde el principio —ya lo he hecho páginas atrás— que no hay ningún término perfecto, y que el de decrecimiento arrastra sus problemas. Bastará con recordar al respecto que en muchos ámbitos la palabra crecimiento tiene una dimensión claramente saludable —hablamos, por ejemplo, de crecimiento personal y atribuimos a esta expresión un sentido manifiestamente positivo—, por lo que a menudo resulta difícil entender que otorguemos esa misma dimensión a un vocablo, decrecimiento, que es por muchos conceptos su contrario.

Dicho lo anterior, hay que señalar, sin embargo, que ninguna de las opciones alternativas que hasta hoy se han manejado para sustituir a la palabra decrecimiento ha tenido éxito. Si no han prosperado términos como acrecimiento, con el paso del tiempo nos hemos visto obligados a prescindir, por su enorme ambigüedad, de conceptos como el que habla de crecimiento sostenible (o de desarrollo sostenible). Alguien dirá que, al fin y al cabo, lo que tiene relieve no es, con todo, la palabra que empleemos sino el acuerdo con respecto al proyecto de fondo. Es verdad. Pero importa subrayar que la palabra decrecimiento tiene un imprevisto atractivo que, al menos a título provisional, aconseja poner el acento en la necesidad de mantenerla. Son muchos los activistas del movimiento ecologista de siempre que reconocen abiertamente que el empleo de ese término ha permitido multiplicar de manera sensible el número de los asistentes a los actos públicos que organizan. Entiéndase bien lo que esto significa: esos activistas llevan muchos años hablando, en los hechos, de lo mismo, pero solo una vez que han decidido vincular sus observaciones con el decrecimiento han conseguido romper fronteras en apariencia infranqueables. Admitiré, eso sí, que ello puede deberse, no solo al atractivo del proyecto correspondiente, sino, antes bien, al hecho evidente de que la crisis en curso ha convertido este último en una opción sugerente cuando antes no lo era tanto.

Tal vez una de las virtudes del término decrecimiento es la que nace de su condición abiertamente provocadora: si por todas partes se nos dice que, en el terreno de la economía, tenemos que crecer —con resultados las más de las veces nefastos—, los decrecentistas se inclinan orgullosamente por reivindicar, de manera franca, lo contrario. Si así se quiere, con esa palabra ha sucedido algo similar a lo que ha ocurrido con la pareja antiglobalización/ alterglobalización. Son muchas las personas que han preferido, con claridad, el primero de esos dos términos por considerar que da cuenta de una voluntad de confrontación radical con la globalización capitalista que no es fácil apreciar, en cambio, de la mano del vocablo alterglobalización, una palabra, por lo demás, de difícil comprensión inmediata.

El atractivo del proyecto del decrecimiento —no hablo ahora del término, sino de lo que retrata— radica tal vez en dos circunstancias de sentido muy diferente. Mientras la primera nos recuerda esa dimensión provocadora y confrontacional que he señalado unas líneas más arriba, la segunda llama la atención, en cambio, sobre el hecho de que la filosofía decrecentista remite a percepciones y conductas que en realidad todo el mundo lleva dentro de la cabeza. Cualquiera puede proponer ejemplos de su vida cotidiana que nos emplazan ante formas de pensar y actuar muy próximas a las reivindicadas por los teóricos del decrecimiento. Así las cosas, a lo provocador y lo confrontacional se suman la proximidad y la comprensión espontánea.

Defensa de los libros

El lector, o la lectora, tiene derecho a preguntarse si este objeto que se encuentra en sus manos, este libro, se ajusta mal que bien a las ideas que se han defendido en sus páginas. A primera vista es un objeto de consumo más que, por añadidura, y en su elaboración, reclama el concurso de materias primas —ante todo papel— que no precisamente nos sobran.

Encuentro en un texto francés de clara perspectiva decrecentista —la obra de Philippe Lahille titulada Vivre simplement pour vivre mieux— una defensa cabal de los libros que no está de más que retome aquí. Lahille nos recuerda, por lo pronto, que los libros son comúnmente portadores de cultura y razonablemente baratos. Se trata, en segundo término, de productos ecológicamente sostenibles: una vez se ha utilizado por vez primera el papel, con frecuencia procedente de bosques en los que se aplican procedimientos serios que garantizan la perdurabilidad, no hay que asumir operación alguna para mantenerlo ni el uso posterior exige el empleo de otra energía que la de la cabeza que reflexiona. Tienen, en otro terreno, una duración casi eterna y configuran, en ese sentido, un buen legado para las generaciones venideras. Por si todo lo anterior fuese poco, son fácilmente transportables y felizmente intercambiables. Que quede dicho.

Bibliografía, en castellano,

sobre decrecimiento y materias afines

Acosta, Alberto (2013): El buen vivir, Icaria, Barcelona.

Acosta, Alberto y Brand, Ulrich (2017): Salidas del laberinto capitalista: decrecimiento y postextractivismo, Icaria, Barcelona.

Amery, Carl (2002): Auschwitz, ¿comienza el siglo xxi? Hitler como precursor, Turner-Fondo de Cultura Económica, Madrid-México.

Aragón, Victoria (2022): Ecofeminismo y decrecimiento, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Bardi, Ugo (2022): Antes del colapso. Una guía para el otro lado del crecimiento, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Bayon, Denis; Flipo, Fabrice y Schneider, François (2011): Decrecimiento: 10 preguntas para comprenderlo y debatirlo, El Viejo Topo, Barcelona.

Biehl, Janet y Staudenmaier, Peter (2019): Ecofascismo, Virus, Barcelona.

Cacciari, Paolo (2010): Decrecimiento o barbarie, Icaria, Barcelona.

Carrasco, Cristina y otras (2011): El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Casal Lodeiro, Manuel (2016): La izquierda ante el colapso de la civilización industrial, La Oveja Roja, Madrid.

— (2024): Las verdades incómodas de la transición energética, El Viejo Topo, Barcelona.

Castoriadis, Cornelius (2006): Una sociedad a la deriva, Katz, Madrid.

Castro, Carlos de (2020): Reencontrando a Gaia, Del Genal, Málaga.

Cuesta, José Alberto (2017): Decrecer para sobrevivir, El viejo Topo, Barcelona.

Cheynet, Vincent (2009): Objetivo: decrecimiento, Leqtor, Barcelona.

D'alisa, Giacomo; Demaria, Federico y Kallis, Giorgos (dirs.) (2015): Decrecimiento: vocabulario para una nueva era, Icaria, Barcelona.

Diamond, Jared (2006): Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen, Debate, Madrid.

Díez Gutiérrez, Enrique Javier (2024): Pedagogía del decrecimiento, Octaedro, Barcelona.

Enríquez, José María y Pando, María de la Paz (2017): Sostenibilidad y decrecimiento. Una crítica de la (sin)razón consumista, UNED, Madrid.

Fernández Durán, Ramón y González Reyes, Luis (2014): En la espiral de la energía (dos volúmenes), Libros en Acción, Madrid.

Francesch, Joan Domènech (2009): Elogio de la educación lenta, Graó, Barcelona.

Franquesa, Jaume (2023): Molinos y gigantes. La lucha por la dignidad. La soberanía energética y la transición ecológica, Errata Naturae, Madrid.

Gadrey, Jean; Marcellesi, Florent y Barragué, Borja (2013): Adiós al crecimiento. Vivir bien en un mundo solidario y sostenible, El Viejo Topo, Barcelona.

García Camarero, Julio (2009): El crecimiento mata y genera crisis terminal, Los Libros de la Catarata, Madrid.

— (2010): El decrecimiento feliz y el desarrollo humano, Los Libros de la Catarata, Madrid.

— (2013): El crecimiento mesurado y transitorio en el Sur, Los

Libros de la Catarata, Madrid.

— (2015): El decrecimiento infeliz, Los Libros de la Catarata, Madrid.

— (2017): Manifiesto de la transición hacia el decrecimiento feliz, Los Libros de la Catarata, Madrid.

— (2019): Ciudadanos y 'ruralanos', Los Libros de la Catarata, Madrid.

Georgescu-Roegen, Nicolas (2007): Ensayos bioeconómicos. Antología, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Gómez Gil, Carlos y González Parada, José Ramón (2022): El debate sobre el antropoceno en la crisis ecosocial, Universitat, Alicante.

González Reyes, Luis y Almazán, Adrián (2023): Decrecimiento: del qué al cómo, Icaria, Barcelona.

Gorz, André (2008): Crítica de la razón productivista. Antología, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Hamilton, Clive (2006): El fetiche del crecimiento, Laetoli, Pamplona.

Heinberg, Richard (2014): El final del crecimiento, El Viejo Topo, Barcelona.

Hickel, Jason (2023): Menos es más. Cómo el decrecimiento salvará el mundo, Capitán Swing, Madrid.

Illich, Ivan (1975): La convivencialidad, Barral, Barcelona.

Izquierdo, Jaime (2019): La ciudad agropolitana. La aldea cosmopolita, Krk, Oviedo.

Kallis, Giorgos (2021): Límites. Ecología y libertad, Arcadia, Barcelona.

Kallis, Giorgos y otros (2022): A favor del decrecimiento, Icaria, Barcelona.

Kolbert, Elizabeth (2008): La catástrofe que viene, Planeta, Barcelona.

Lahille, Philippe (2011): La simplicidad voluntaria en 130 consejos prácticos, Octaedro, Madrid.

Latouche, Serge (2007): La otra África, Asociación Cultural OOZEBAP, Barcelona.

— (2007): Sobrevivir al desarrollo, Icaria, Barcelona.

— (2009): La apuesta por el decrecimiento, Icaria, Barcelona.

— (2009): Pequeño tratado del decrecimiento sereno, Icaria, Barcelona.

— (2012): Salir de la sociedad de consumo, Octaedro, Barcelona.

— (2012): La sociedad de la abundancia frugal, Icaria, Barcelona.

— (2014): Límite, Adriana Hidalgo, Buenos Aires.

— (2014): Hecho para tirar. La irracionalidad de la obsolescencia programada, Octaedro, Barcelona.

— (2023): Introducción al decrecimiento, Popular, Madrid.

— (2023): Trabajar menos, trabajar de otra manera o no trabajar en absoluto, El Viejo Topo, Barcelona.

Lepesant, Michel (2025). Política(s) del decrecimiento, Popular, Madrid.

Levy, Joel (2007): El día del juicio final, Martínez Roca, Madrid.

Liegey, Vicent (2014): Proyecto decrecimiento, Icaria, Barcelona.

Lluch, Enrique (2012): Más allá del decrecimiento, PPC, Madrid.

Löwy, Michael (2012): Ecosocialismo, Biblioteca Nueva, Madrid.

Lynas, Mark (2014): Seis grados. El futuro de un planeta más cálido, Librooks, Barcelona.

Martínez Alier, Joan (2005): El ecologismo de los pobres, Icaria, Barcelona.

Max-Neef, Manfred (2007): La dimensión perdida, Nordan, Montevideo.

Monbiot, George (2008): Calor. Cómo parar el calentamiento global, RBA, Barcelona.

Monsangini, Giorgio (2012): Decrecimiento y justicia Norte-Sur. O cómo evitar que el Norte Global condene a la humanidad al colapso, Icaria, Barcelona.

Ojeda López, José Luis (2015): Decrecer para crecer: caminando hacia el decrecimiento, Recolectores Urbanos, Madrid.

Puleo, Alicia (2019): Claves ecofeministas, Plaza y Valdés, Madrid.

Rabhi, Pierre (2013): Hacia la sobriedad feliz, Errata Naturae, Madrid.

Ridoux, Nicolas (2009): Menos es más. Introducción a la filosofía del decrecimiento, Los Libros del Lince, Barcelona.

Río, Juan del (2015): Guía del movimiento de transición, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Rist, Gilbert (2002): El desarrollo: historia de una creencia occidental, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Ruddiman, William F. (2008): Los tres jinetes del cambio climático, Turner, Madrid.

Saito, Kohei (2022): El capital en la era del antropoceno, Sine Qua Non, Barcelona.

Sempere, Joaquim (2009): Mejor con menos: necesidades, explosión consumista y crisis ecológica, Crítica, Barcelona.

Solnit, Rebecca (2020): Un paraíso en el infierno. Las extraordinarias comunidades que surgen en el desastre, Capitán Swing, Madrid.

Tanuro, Daniel (2011): El imposible capitalismo verde, La Oveja Roja, Madrid.

Trainer, Ted (2017): La vía de la simplicidad, Trotta, Madrid.

Turiel, Antonio (2020): Petrocalipsis, Alfabeto, Madrid.

— (2022): Sin energía, Alfabeto, Madrid.

— (2024): El futuro de Europa, Destino, Barcelona.

Valero, Alicia; Valero, Antonio y Calvo, Guiomar (2021): Thanatia. Límites materiales de la transición energética, Universidad de Zaragoza, Zaragoza.

Valladares, Fernando (2023): La recivilización, Destino, Barcelona.

VV. AA. (2008): "Decrecimiento sostenible", monográfico de Ecología política (nº 35).

VV. AA. (2008): "¿Dónde están los límites de nuestras necesidades?", monográfico de Papeles de relaciones ecosociales y cambio global (nº 102).

VV. AA. (2009): Antología de textos de los Amigos de Ludd. Muturreko burutazioak/Biblioteca Social Hermanos Quero, Bilbao/ Granada.

VV. AA. (2010): Decrecimientos. Sobre lo que hay que cambiar en la vida cotidiana, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Weisman, Alan (2007): El mundo sin nosotros, Debate, Barcelona.

Zerzan, John (2016): El crepúsculo de las máquinas, Los Libros de la Catarata, Madrid.